

# CUADERNOS DE HISTORIA

## *Antología de la Historia Colonial de los Estados Unidos*

### *Tomo 2*



YUM KAX

*a Confectio ner*



CHLAC

Universidad de Costa Rica  
Facultad de Ciencias Sociales  
Escuela de Historia y Geografía

*a Smith*



*a Taylor*



ITZAMNA

# CUADERNOS DE HISTORIA

## *Antología de la Historia Colonial de los Estados Unidos*

*Tomo 2 .*



Universidad de Costa Rica  
Facultad de Ciencias Sociales  
Escuela de Historia y Geografía



*a Taylor*



25

# MEMORIAS DE HISTORIA

Historia de la República  
de los Estados Unidos

Tomos I y II



Universidad de Costa Rica  
Facultad de Ciencias Sociales  
Escuela de Historia y Geografía



ANTOLOGIA DE LA HISTORIA COLONIAL DE LOS ESTADOS UNIDOS: II

Carol Ruth Berkin, LA MUJER EN ESTADOS UNIDOS COLONIAL..... 1

Peter Gay, EL RENACIMIENTO DEL SIGLO XVIII.....28

Barbara Welter, EL CULTO DE LA VERDADERA FEMINIDAD: 1820-1869.....36

Richard C. Wade, LA SOCIEDAD URBANA EN LA FRONTERA, 1790-1815.....59

STATE OF NEW YORK

.....

.....

.....

.....

ton

LA MUJER EN ESTADOS UNIDOS COLONIAL \*

Carol Ruth Berkin

INTRODUCCION

A medida que las mujeres se hicieron más conscientes de sí mismas como individuos y como un grupo distinto dentro de la sociedad, también sintieron más curiosidad acerca de su pasado colectivo. Pero la historia escrita que encontraron les dijo muy poco. Presenta, si no es una conspiración de silencio acerca de las mujeres, al menos un continuo pecado de omisión. En las descripciones tradicionales del pasado donde aparecen las mujeres, ellas surgen como accesorios del mundo masculino que ha sido registrado, como actores secundarios, vistas sólo en sus papeles asignados por el hombre de esposa, madre, hija o concubina. La historia narrada de esta manera ocurre más bien alrededor de ellas más que con ellas.

Por necesidad entonces, las mujeres han empezado a escribir sobre su pasado. Su meta principal es el conocimiento de sí mismas más que su vanagloria. Ninguna investigación correcta de la historia de las mujeres o ninguna reconstrucción del pasado como se desarrolló con las mujeres, será un intento de encontrar un matriarcado en un mundo patriarcal. Poca de la principal teoría social ha sido concebida por las mujeres, ninguna investigación nueva de nuestro pasado norteamericano, por ejemplo, sostendría las pirámides de poder y mando sobre sus cabezas, mostrando a las mujeres como la fuerza dominante en la toma de decisiones políticas, económicas o sociales.

Pero el conocimiento de si mismas es más fácilmente aceptado en la actualidad como una pretensión legítima, tanto de los grupos subordinados de la sociedad, como de los grupos dominantes. Hay por lo tanto una historia para ser escrita de cómo y por qué las mujeres llegaron a desempeñar un papel subordinado en la sociedad, de cuál fue ese papel, su dinámica interior, así como su contribución a la sociedad masculina, cómo fue justificado y mantenido ese papel y que desafíos se le hicieron.

\* De Carol Ruth Berkin, Within the Conjuror's Circle: Women in Colonial America (General Learning Press: Morristown, N.J., 1974), pp.1-15.

## LA IDEOLOGIA DE LA SUBORDINACION

La historia de la mujer norteamericana colonial no es una crónica que trascienda más allá del acontecimiento. Su historia, si bien es notable por sus muchas variaciones en el tema, concuerda con la de la mayoría de las mujeres de las sociedades patriarcales de Europa. Esta mujer norteamericana, no menos que sus hermanas inglesas, fue parte de una estructura social que la encerró en una posición subordinada dentro de su sociedad. Su unidad económica y social básica fue la familia encabezada por el padre y esposo. Las unidades más grandes de la comunidad y la colonia fueron correspondientemente dominios masculinos.

Tal sistema patriarcal tenía siglos de existencia cuando empezó la historia colonial norteamericana, y en justificación o explicación de este patriarcado los colonos y sus hermanos ingleses tuvieron a la mano suposiciones consagradas acerca del "correcto ordenamiento de las cosas". Estas suposiciones entrelazadas como un todo constituyeron la ideología de subordinación de las mujeres que prevaleció en la Madre Patria y en el Nuevo Mundo a lo largo de los siglos XVII y XVIII. Esta ideología eliminaba la posibilidad de debate sobre la "cuestión de la mujer" al declarar el destino de la mujer, su naturaleza y su propio lugar en la sociedad como cosas de hecho, no de discusión. Quizás, por esta razón, la historia de las mujeres en los Estados Unidos coloniales debería comenzar con un examen de esta ideología.

La certeza que caracterizó a las manifestaciones sobre las mujeres se apoyaba sobre todo en la revelación divina. Y la declaración más explícita de Dios fue hallada en la narración bíblica de la creación. La interpretación tradicional situaba en la historia del Génesis, una explicación para la superioridad genérica del hombre sobre todos los otros animales y una explicación para la superioridad de Adán sobre Eva. Fue el obsequio de un alma, a través de la cual el hombre disfrutaba de una relación directa y consciente con su creador, lo que lo colocaba aparte de sus criaturas compañeras en el Edén. La mujer también participaba de esa dádiva de superioridad. Sin embargo, a diferencia de la creación de él, la de ella no provenía de la voluntad de Dios. Fue por causa de Adán y salido de su mismo cuerpo que Dios hizo a Eva. La mujer por esta razón debía su existencia al hombre y a su necesidad de compañía. Particularmente la relación de su alma con Dios era menos directa que la del hombre: la mujer alababa a su creador cumpliendo su propósito como compañera o auxiliar para el hombre. Muchos siglos después de la creación, el poeta inglés Milton expresó esta diferencia básica en los destinos humanos declarando: "El sólo para Dios, Ella para Dios en él" (Milton, 1669, Libro IV, renglón 294). La certeza de la subordinación de la mujer al hombre también se apoyó sobre su papel en el destierro del Paraíso. El mandamiento divino de obediencia a su esposo fue "la multa que fue impuesta sobre la primera desobediencia de la mujer a Dios..." (The Ladies Calling 1673, p. 191).

Si la Biblia reveló los destinos humanos, la naturaleza también ofreció sus propias leyes perceptibles sobre la relación apropiada entre hombres y mujeres. La anatomía fue considerada como el determinante natural del destino y la fuerza superior del hombre, y la debilidad física de la mujer eran las repercusiones naturales de los designios sobrenaturales. Tales diferencias físicas obvias no eran, sin embargo, las únicas manifestaciones de la naturaleza en la subordina-

ción. Para el hombre europeo del siglo XVII la naturaleza circundaba la psicología así como la fisiología. Los rasgos de la personalidad fueron considerados como fenómenos de la naturaleza y como características físicas y se creyó que eran innatos en el individuo en vez de moldeados por la sociedad. En sus esfuerzos por entender la "naturaleza humana" los hombres del siglo XVII aplicaron modelos de pensamiento teológico. El puritanismo inglés, por ejemplo, (y sus vástagos norteamericanos en particular) concibió la simetría como el principio organizado del mundo: dicotomías infinitas, opuestas que se atraen unas a otras, se juntan para formar el todo (Morgan, 1966). En efecto, todas las características de la personalidad estaban divididas en dos partes produciendo apareamientos complementarios como fuerte-débil, racional-emocional, temerario-apacible. Estas características innatas y de dicotomía no estaban, sin embargo, distribuidas en hombres y mujeres al azar. En lugar de ello, se guían un patrón basado en el sexo, un patrón ajustado a las divisiones bíblicas y fisiológicas antes señaladas. Las mujeres evidenciaban estar natural y permanentemente dotadas con las características pasiva o débiles de cada apareamiento.

En resumen, Dios ha decretado destinos separados y la naturaleza provee apropiadamente de dones separados para los sexos. Fue de estos destinos separados que se originó una división de la actividad en la sociedad en dos esferas mutuamente excluyentes pero complementarias: para las mujeres el círculo doméstico; para los hombres la esfera más amplia de la organización y dirección de la sociedad. Estas esferas eran complementarias no equiparables, inquebrantables pero mutuamente provechosas en su exclusividad.

A través del tiempo, se esperaba que las leyes de la sociedad y las costumbres pudieran definir o aclarar los detalles de las dos esferas. Este proceso, sin embargo, no era responsable de la subordinación de la mujer ni de las diferencias de habilidades o intereses manifiestos en los dos sexos. Tales leyes humanas simplemente se ajustaban a mandatos divinos y naturales. De esta manera, los ingleses del siglo XVII podían explicar la exclusión de la mujer de los derechos políticos y legales en estos términos: "la razón porque las mujeres no tienen poder en el Parlamento, porque ellas no hacen leyes ni aprueban ni revocan ninguna es su pecado original..." (Calhoun 1945, p. 42).

El patriarcado colonial norteamericano tomó a la vez la realidad y la ideología de su organización social de su Madre Patria. De ahí que la unidad básica organizadora de la nueva sociedad como en la antigua, fue la familia. Y dentro de la familia -en los papeles de esposa, madre e hija- una mujer cumplía sus obligaciones domésticas. Pero las circunstancias norteamericanas revisaron, reformaron y con frecuencia aumentaron las particularidades tradicionales de la esfera de la mujer. Aunque su subordinación se mantuvo constante, su esfera real de actividades aceptables y aún de las actividades femeninas, se ampliaron y algunas veces traspasaron las fronteras de la vida doméstica. Las condiciones de las regiones fronterizas de los Estados Unidos del siglo diecisiete, la escasez de trabajadores entrenados y aún operarios no especializados, y la escasez de mujeres en la sociedad colonial reformaron la naturaleza del papel auxiliar. La historia de la mujer colonial es la historia de la sustitución y cambio de las particularidades del papel de la mujer, su esfera de actividades

ampliándose y contrayéndose a medida que los hombres que dirigían su mundo, construían el de ellos.

#### LA IMPORTANCIA DE LAS MUJERES: MADRE Y AMA DE CASA

El mundo colohial inglés fue un mundo masculino en virtud de los números. No había mujeres en los grupos originales de pobladores de Jamestown y si bien ninguna otra colonia siguió este ejemplo de exclusión de Virginia, la proporción de mujeres y hombres permaneció desequilibrada por más de un siglo y medio. En 1708 la población de Carolina del Norte tenía 148 hombres por cada 100 mujeres, en Maryland en vísperas de la Revolución los hombres seguían excediendo en un 13% el número de mujeres (Degler 1959). Observadores del acontecer colonial escribieron de esta escasez como una bendición para el sexo femenino. Un caballero de Maryland fue tan lejos como para declarar a Estados Unidos colonial "paraíso para mujeres" (Degler 1959, p.58) Esa opinión admitió un examen. Estados Unidos colonial tal vez fue un paraíso para las mujeres que buscaban matrimonio. Había sin embargo, mucho menos entusiasmo por las mujeres como colonos independientes. Aún en las colonias como Massachusetts, donde se otorgaban terrenos a mujeres solteras inmigrantes, los líderes en vez de alentar ese medio de sustento independiente, lo desalentaron (Earle 1962). Lo que los colonos norteamericanos deseaban y activamente buscaron, eran esposas.

Los hombres de Jamestown reflejan el ansia norteamericana por el matrimonio. Estas solteras efectivamente importaron sus novias por barcadas, sin verlas anticipadamente. En esa agitada colonia, las únicas ganancias obtenidas en el año 1619 fueron las de los navegantes empresarios que embarcaron para Virginia muchachas jóvenes elegibles, y de allí las vendían en matrimonio en ochenta libras de tabaco por cabeza (Earle 1962). En otras colonias, los hombres solteros cortejaban ansiosamente a sus vecinas elegibles. Ni la fealdad ni la falta de inteligencia, ni aún la pobreza, disminuyeron las existencias de muchachas en el mercado matrimonial. Su misma presencia en el Nuevo Mundo les garantizaba una oferta de matrimonio (Smith 1970).

El deseo de esposas de los colonos reflejó algo más que la necesidad humana de compañía. La mayoría de los novios en espera eran agricultores, y un hombre para administrar una finca de propio sustento, necesitaba de las habilidades domésticas tradicionales que se podían esperar de una mujer. El agricultor podía asignar a su esposa las responsabilidades del procesamiento de lo que producía su trabajo en el campo y en el bosque. De esta manera en Virginia, y en todas las otras comunidades agrícolas de los tempranos Estados Unidos, las mujeres como esposas eran necesarias para transformar los hogares de los finqueros en fábricas domésticas de tiempo completo, donde las materias primas se convertían en bienes esenciales para la supervivencia.

Si, en tal caso, Estados Unidos colonial fue un "paraíso" para la novia elegible y dispuesto, también fue una tierra de obligaciones domésticas constantes y agotadoras para la esposa. Sus actividades requerían algo más que tiempo; para sus tareas eran necesarias la fuerza, la destreza y una capacidad para la improvisación. Los utensilios de cocina eran toscos y pesados (Demos 1971);

el espacio para trabajar en la casa era restringido; y todas las exigencias del proceso de cocinar o de limpieza debían ser satisfechas por el ama de casa antes de que ella pudiera completar la tarea o tener lista la comida. En el curso del día cocinaba, adobaba y preservaba la comida que ingresaba a su hogar. Ella preparaba la lana, la hilaba, tejía el hilo para hacer tela y remendaba la ropa que ella misma hacía. Fabricaba jabón, candelas y hacía el trabajo doméstico necesario para mantener su hogar-fábrica en disposición de trabajar. Al mismo tiempo, la esposa colonial atendía las necesidades diarias de su esposo y de su familia.

"El trabajo de mujer" en este establecimiento colonial fue físico y difícil. Pero ningún criterio social clasificó como poco femenino la actividad física. En la casa de la finca, la feminidad se derivó de una aceptación placentera del papel de ayudante y del cumplimiento de sus muchas obligaciones domésticas, no de un modo de conducta dentro de ese papel doméstico. La mujer débil o perezosa tuvo menos estima para el colono del siglo XVII que la que tendría su continua soltería, tampoco sería apreciada por el pobre de la ciudad o por el colono de la frontera del siglo siguiente.

Como esposa, la mujer de los Estados Unidos colonial sirvió para una segunda y aún más básica función. Como lo expuso un historiador del período, la principal obligación de la mujer colonial parece haber sido la de poblar el país (Douglas 1966). En términos más personales se contaba con ella para darle una familia al colono. Y en razón de que los niños eran una ayuda importante en el éxito de la empresa agrícola, se deseaban familias grandes.

La alta mortalidad infantil hizo más difícil de cumplir la obligación de la esposa. Los embarazos continuos eran su único antídoto para la atención médica insuficiente que llenaba los cementerios coloniales con pequeñas tumbas. De este modo el embarazo y el alumbramiento fueron un ciclo en el cual algunas mujeres ocuparon la mayor parte de su vida matrimonial. Su lenguaje era abundante en el vocabulario del nacimiento y el dar a luz era un proceso suficientemente regular y repetitivo para muchas familias en las cuales se reconocía en almohadas, ropa de cama y otros accesorios especiales acumulados para la labor de parto (Sprevill 1938).

Las madres coloniales así como sus niños frecuentemente morían en el alumbramiento, víctimas de los riesgos de los partos en las casas y de las limitaciones físicas de muchos embarazos. Los niños supervivientes vivían a la sombra de la muerte de los hermanos. Las madres, como lo señala la historiadora Julia Sprevill, a menudo carecieron de la energía física y emocional que ellas pudieron desear para la atención de los supervivientes (1938). Las mujeres coloniales, sin embargo, parecieron aceptar su situación con resignación. La maternidad se creyó que era el propósito fundamental de la mujer y la muerte en el parto era "la voluntad de la Providencia".

LA EDUCACION DE LAS MUJERES: INSTRUCCION PARA SER UN "ORNAMENTO DE SION"

La importancia para los colonos del papel de la mujer -como esposa y como madre- explica en gran parte las presiones formales e informales sobre las mujeres para que contrajeran matrimonio. Esposa y madre fueron las identidades alabadas por los líderes de la comunidad como las más anheladas para las mujeres, especialmente por la jerarquía religiosa. Los principales ministros, como el clérigo de Massachusetts Cotton Mather, consecuentemente declaraban que la mujer casada sería "el ornamento de Sión más recompensado" (Mather 1692). Y las mujeres solteras fueron estimuladas, por sus líderes religiosos, para demostrar su virtud dedicando sus años de soltería a la preparación para el matrimonio y la maternidad. De este modo, el aprendizaje de las habilidades de la economía doméstica fue elevado de una necesidad a una virtud y los años de soltería no tuvieron otro sentido que el de ser un período de entrenamiento para el matrimonio y la maternidad.

En razón de que la mujer a través del matrimonio y la maternidad alcanzaba un status social positivo, a la que se rehusaba al matrimonio o lo abandonaba se le confería un status fuertemente negativo. La desaprobación social aumentaba en intensidad a lo largo del tiempo: una mujer soltera sobre la edad de los veinte años podía ser vista con una compasiva mezcla de alarma y lástima pero esa compasión se convertía en burla con el paso de años adicionales de soltería. Las solteras de Nueva Inglaterra de treinta años, por ejemplo, eran clasificadas abiertamente "Thornbacks" (solteronas) un criterio sobre su deseabilidad asignada groseramente (Calhoun 1945).

Quizá lo que dio verdadera persuasión a las presiones sociales sobre las mujeres fue la realidad legal y económica que reflejaron. La mujer colonial promedio tuvo opciones limitadas. Pocas alternativas viables, si las hubo, estuvieron disponibles para eximirla del matrimonio. Las prohibiciones legales y consuetudinarias contra el propio sustento, hicieron la soltería un estado no deseado y tal vez fue el menosprecio al futuro de "thornback" lo que hizo audaces las censuras. La mayor parte de las mujeres solteras esperaban vivir como dependientes permanentes en los hogares de sus hermanos o hermanas. Y en estos hogares se esperaba que realizaran la mayoría de las tareas domésticas que de otra manera ellas hubieran realizado como esposas en sus propios hogares. Si bien no había independencia de los deberes domésticos, el matrimonio al menos daba a la mujer su dominio sobre el cual ella podía gobernar. (2)

Fuera que ella finalmente escogiera el matrimonio o la soltería, la niñez de la mujer colonial estuvo destinada a la preparación para el matrimonio. Dentro del hogar de su madre ella aprendía las habilidades femeninas de la cocina, la costura y la limpieza. Pero su educación también se enfocó sobre la conducta y la actitud. En breve fue instruída en las virtudes femeninas tan bien como en las habilidades femeninas. Cotton Mather catalogó las virtudes propias para la mujer de Nueva Inglaterra: modestia, silencio, laboriosidad, humildad, frugalidad, discreción y obediencia (1692). Pero las muchachas de Nueva York y Virginia, no su peditadas a la influencia puritana de Mather, tuvieron recargadas a ellas las mismas virtudes.

Se dio poca importancia a la educación académica o regular de la muchacha colonial.

Pocas mujeres de Virginia a principios del siglo XVII sabían leer y escribir (Sprevill 1938). En Nueva Inglaterra, donde fue tradicional un sistema de escuelas públicas, a las mujeres les fue mejor que sus contrapartes sureñas y probablemente muchas fueron instruídas para leer, escribir y sumar. Finalmente la posición económica y social de la familia contó mucho en las probabilidades de una hija de alcanzar habilidades académicas. En las familias adineradas las hijas algunas veces recibieron de los tutores de sus hermanos lecciones elementales de geografía, aritmética y aún de latín. La regla de la ignorancia formal tuvo sus excepciones, por supuesto, y mujeres como Anne Bradstreet y Anne Hutchinson, ambas de Massachusetts, fueron tan bien educadas como sus contemporáneos varones. Sin embargo su educación fue obsequio de unos padres instruídos, sus éxitos académicos fueron tributos de relaciones familiares especiales no de prioridades educacionales coloniales.

La negación de la educación formal para las muchachas no se apoyaba únicamente sobre su aparente no aplicación en su vida futura. La verdad fue que la sociedad colonial juzgó a las mujeres como naturalmente incompatibles para la educación intelectual. Mientras que a varias mujeres se les permitió y a algunas se les alentó en la edad adulta, para conocer a fondo las habilidades matemáticas prácticas para los balances de presupuestos y llevar los libros de sus esposos (Morgan, 1966), se afirmaba que el cerebro femenino era demasiado débil para soportar los esfuerzos del pensamiento lógico o abstracto (Calhoun 1835). Se argumentaba que las mujeres tampoco podían soportar la reflexión prolongada. Estas suposiciones sobre la debilidad constitucional fueron ratificadas a satisfacción de los líderes comunitarios caso tras caso. Por ejemplo en Massachusetts, el gobernador John Winthrop atribuyó un caso de trastorno mental de una mujer a la excesiva lectura de libros. Sobre la condición de la mujer Winthrop ofreció este post mortem:

Si ella hubo atendido sus asuntos familiares y como tales cosas pertenecen a las mujeres y no se apartan de su camino y el llamado a entrometerse en cosas tales como las que son propias de los hombres, ella tuvo que ocultar su ingenio y debía haberlo perfeccionado útil y honorablemente en el lugar en que Dios la colocó. (Winthrop 1908, II, 225).

De una mujer intelectualmente presuntuosa se pensó que era una mujer que había ido más allá de las fronteras naturales y tales mujeres en su mayoría eran predeciblemente perturbadoras para la sociedad. Por ejemplo cuando una mujer puritana produjo un libro sobre teología ella fue inmediatamente exhibida por haber caído en una herejía. Su propio hermano la censuró públicamente declarando: "Tu impresión de un libro, fuera de la costumbre de tu sexo, huele fétidamente" (Morgan 1966, p. 44).

Tal vez el ejemplo más notable de semejante mujer presuntuosa fue Anne Hutchinson, que llegó a la colonia de la Bahía de Massachusetts en 1636. Anne Hutchinson estaba en sus cuarentas, era casada y madre de catorce hijos. Pero en su juventud ella había sido educada en más que en cocina y costura. Su padre le dio la instrucción de un hijo y como cualquier puritana educada, ella era su -

til en la discusión de la teología calvinista. Ella mostró en el debate teológico todo lo que la comunidad puritana admiraba: inteligencia, agilidad mental, un estilo provocador y sobre todo una lógica inflexible. Si Anne Hutchinson hubiera sido hombre bien hubiera podido encontrar su trabajo hacia el ministerio. Pero el liderazgo de la iglesia estaba cerrado para su sexo. En efecto, sobre las mujeres se imponía una "regla de silencio" mientras estaban en la iglesia. Pero la señora Hutchinson era una teóloga, y para su gozo, encontró en Massachusetts que su interés en la teología, sino su habilidad interpretativa fue igualada por sus vecinos de Boston. Estos puritanos pronto se congregaron en el hogar Hutchinson para disfrutar del "ligero ingenio y espíritu" de Anne. Su sala de estar se convirtió, como lo expresó el historiador Kai Erickson, en "especie de salón teológico" donde el sermón del ministro estaba abierto a la discusión y para la crítica, con creces (Erickson 1966, p. 77).

La arremetida de las críticas de la señora Hutchinson fue directamente al corazón de la autoridad ministerial. En una sociedad que creía que las buenas obras o la conducta moral no eran una garantía de salvación, Anne Hutchinson desafió la santidad de los mismos clérigos locales. Aunque ellos podían ser realmente hombres morales ella admitía que no la persuadían de que estuvieran entre los salvados. ¿Si ellos como ella temía, no podían ciertamente ser contados entre los elegidos de Dios, qué autoridad legítima podían disfrutar sobre la vida religiosa de la comunidad?

Aunque las credenciales de los ministros religiosos estuvieran en orden, la señora Hutchinson no estaba segura de que los verdaderos predestinados santos de Massachusetts (de los cuales sabía que era uno de ellos) necesitaron alguna iglesia terrenal o en modo alguno, autoridades eclesiásticas. Ella preguntaba en sus discusiones de los domingos en la tarde ¿para qué propósito servía la iglesia terrenal a las almas en comunión directa con Dios?

Las preguntas que planteó Anne Hutchinson eran básicas pero no eran nuevas. Los ministros puritanos como defensores de la iglesia como institución, las habían tratado antes y las habían puesto al lado, pero no definitivamente. Tampoco esas preguntas eran puramente teológicas en el Massachusetts de 1636 porque allí toda acción política era legitimada por las autoridades religiosas. De manera que el renacimiento del debate por Anne Hutchinson, también fue molesto y peligroso para el gobierno colonial. En efecto, cuando los líderes coloniales entraron en acción para silenciar a Anne Hutchinson no la acusaron de herejía sino de sedición. Cerca de un año después de que ella elevó su desafío, había sido enjuiciada, se le encontró "inconveniente para nuestra sociedad" y se le exilió de la colonia (Erickson 1966).

La valentía de Anne Hutchinson no fue común. De manera más característica las mujeres que mostraban talentos poco corrientes, inteligencia o compromisos con causas religiosas o seculares adoptaron una posición defensiva. Cuando la poetisa Anne Bradstreet publicó su trabajo, pidió tolerancia por su irrupción en los dominios masculinos. En "El Prólogo" a su primer volumen de poesía cuidadosamente rindió homenaje a la superioridad masculina:

... Yo soy detestable para cada lengua sutil,  
que dice a mi mano le corresponde mejor una aguja.

Todos desprecian la pluma de los poetas, yo debo  
 de esta manera ofender  
 Por tal era que ellos lanzan sobre los juicios femeninos:  
 si lo que demuestra no se anticipa  
 Ellos dirían que fue robado o bien fue por casualidad  
 Pero seguro los antiguos griegos fueron mucho más benignos  
 o de nuestro sexo, por que ellos inventaron éstas nueve,  
 Calíope hizo poesía  
 De igual manera entre el resto situaron las artes divinas  
 Pero ese frágil nudo pronto lo desataron  
 Los griegos no hicieron nada pero actuaron deslealmente y  
 mintieron  
 Dejemosalos griegos ser griegos y a las mujeres lo que ellas son  
 Los hombres tienen prioridad y aún sobresalen  
 Es al menos inútil injustamente intentar la guerra  
 Los hombres pueden ahacerlos mejor y las mujeres lo saben bien  
 Superioridad en cada uno y todo es vuestra  
 Sin embargo concedan algún pequeño reconocimiento de la nuestra...

(Bradstreet 1650, p.4)

No obstante que uno de los poemas de Anne Bradstreet increpó a los ingleses al recordar que una mujer llamada Elizabeth, los gobernó en otro tiempo, la mayor parte de su trabajo fue dulcemente lírico, romántico y ortodoxo en el punto de vista.

Se hizo poco esfuerzo por conciliar la realidad de una Anne Bradstreet o de una Anne Hutchinson con las suposiciones sobre la insuficiencia intelectual femenina. La mujer educada e intelectualmente fuerte permaneció como una irregularidad dentro de su cultura y no estuvo exenta de las obligaciones domésticas de su sexo.

#### LA ELECCION DE UN ESPOSO: LAS REGLAS Y SUS EXCEPCIONES

Enseñada como hija en las habilidades domésticas, instruída en las pasivas virtudes femeninas, desestimulada en la actividad intelectual, alentada para esperar su cumplimiento final en el matrimonio y la maternidad, la mujer colonial promedio, llevó una vida con un centro de actividad limitada. Y a pesar de que su es poso sería la figura central de su vida, ella tuvo poca participación formal en su elección. Las mujeres animosas importadas a Jamestown pudieron haber elegido libremente en los ansiosos pretendientes, pero las muchachas coloniales de las familias respetables y adineradas con frecuencia aceptaron matrimonios hechos pa ra ellas más que por ellas.

Esta exclusión de la mujer de la selección de su esposo fue una consecuencia lógica de las nociones del matrimonio de los siglos XVII y XVIII. El matrimonio no sólo daba al hombre su ayudante doméstico y su compañera emocional, como institución legal, operó como un medio para la nueva repartición y protección de la riqueza entre dos familias. De manera que entre las adineradas y las que estaban en camino a la prosperidad, fue un asunto económico.

No se hizo ningún intento para ocultar esa cualidad financiera del matrimonio entre los adinerados. Se reconocía que la riqueza contaba más que la belleza en una esposa y los hombres no se avergonzaban de tratar el matrimonio como un medio para apuntalar o hacer sus fortunas. El diario de un hombre tan distinguido como el juez Samuel Sewall de Massachusetts, ofrece una evidencia franca de la sagacidad del caballero colonial en los negocios maritales. (Sewall, 1927).

Las gestiones prematrimoniales, en tales circunstancias fueron grandemente interesadas en la transferencia y la garantía de la riqueza y tales gestiones necesitaban el acuerdo legal de los adultos: el padre y el yerno en perspectiva. Mirado desde su punto de vista más frío, semejante matrimonio fue un medio sofisticado de cambio en el cual la norma no era tanto la moneda como su vehículo.

Es difícil medir cuan esmeradamente la realidad se ajustó a este modelo. Informalmente las hijas favoritas o amadas bien pudieron haber sido elegidas por el hombre con quien negoció sus padres. "Entendimientos" entre los enamorados pudieron haber precedido e impulsado esas discusiones exclusivamente masculinas del contrato. Sin embargo la autoridad formal nunca fue abandonado por los hombres y aún entre las sociedades puritanas de Nueva Inglaterra, ningún matrimonio respetable tuvo lugar sin el consentimiento del padre. (3).

La conservación de la autoridad formal puede haber reflejado el anhelo de los padres de contrarrestar uniones no deseadas por razones de clase más que de carácter personal. Aún dentro de la cultura puritana que tenía como obligación a Dios el amor entre el esposo y la esposa, se dio énfasis a la compatibilidad económica y social como una principal consideración para un matrimonio exitoso. Los ministros puritanos estuvieron atentos para predicar que la igualdad de posición social era el factor más importante en la elección de un compañero. Por ejemplo, en 1670 un ministro de Boston recordaba a los asistentes a una boda que "la felicidad de la vida del matrimonio consistía mucho en que las personas igualmente enlazadas se unieran en un santo vínculo... allí debía haber adecuada conveniencia para esta condición de igualdad en el nacimiento, educación y religión" (Morgan 1966, p.55).

Tal vez en aquel tiempo la libertad más grande de las mujeres para escoger, existió entre las pobres porque en sus matrimonios poco valor material se transfería o absorbía y no había barreras de clase que superar.

ABSORCION LEGAL EN EL MATRIMONIO: LA MUJER PROTEGIDA

Cualquiera que hubiera sido el proceso de adquisición de sus esposas, cualquiera la base de su matrimonio, de las mujeres una vez casadas se esperaba que demostraran completa devoción a sus esposos. Se les mostraban modelos de esposas ideales de hombres reales y de la fantasía, mujeres invariablemente dóciles y humildes quienes como la señora R..., fueron elogiadas porque "el jacinto no siguió al sol más gustosamente que ella la voluntad de su esposo" (Calhoun 1945, p. 86). De la esposa verdaderamente perfecta no habría demasiado que decir, ya que William Habington lo hizo: ella miraba a su esposo "como los magos encima del círculo, más allá del cual sólo está la muerte y el infierno, y en él imagina el paraíso circunscrito (Spruill 1938, p. 164).

Este "círculo mágico" doméstico fue descrito por la ley tal como por el mandamiento. Los esposos escaparon a semejantes limitaciones de identidad por los derechos legales y políticos otorgados en la edad adulta, y que les daban identidades independientes de esposo y padre. Tradicionalmente estos derechos fueron negados a la mujer y el matrimonio mismo sellaba su exclusión de la mayoría de ellos. No existió en realidad ninguna ceremonia de transición de la niña a miembro adulto de la sociedad para las mujeres, no obstante la estructura política y legal de los tempranos Estados Unidos, menos sofisticada y más pragmática, hizo que la esposa colonial fuera un poco menos la eterna niña que fue su hermana inglesa.

En Inglaterra la absorción legal de la mujer en el matrimonio fue impresionantemente completa. En 1632 un estudio inglés de las leyes comparó el matrimonio con el surgimiento de un pequeño arroyo y de un río más importante: "el pobre riachuelo pierde su nombre, es llevado y retransportado con el nuevo asociado, no tiene ningún dominio, no posee nada..." (Spruill 1938, p. 340).

De igual manera fue absorbida la mujer. Su herencia, sus posesiones, aún sus artículos personales por ley se hacían de él. Después del matrimonio ella no poseía ninguna propiedad ni podía adquirir ninguna a través de la compra. Los beneficios de su trabajo pertenecían a su esposo.

Como en todas las reglas, en ésta hubo excepciones. En los siglos XVI y XVII, los hombres adinerados parecieron ansiosos por asegurar que su riqueza pasara a sus herederos de sangre. Estos hombres convenían contratos prenupciales que ponían fuera del alcance del esposo la parte de la riqueza que la hija llevó al matrimonio. La tierra o el dinero se conservaba en fideicomiso para ella y sus hijos. Pero este contrato prenupcial fue un recurso de los ricos, las mujeres ordinarias fueron dejadas en total dependencia de sus esposos (Morris 1930; Goodsell 1934).

Ricas o pobres, todas las mujeres compartieron la exclusión de los derechos políticos o legales en general, lo cual verdaderamente limitó su vida en el matrimonio. Una mujer casada no podía iniciar un juicio o ser enjuiciada. No podía hacer contratos o firmar escrituras. Si ella quebrantaba la ley su esposo era legalmente responsable. Aún las deudas en las que incurría eran de él, no de ella (Spruill 1938). Su responsabilidad por ella le daba autoridad sobre ella y los esposos actuaban conforme a sus derechos legales cuando imponían castigos físicos a sus esposas. Muchas relaciones fueron moderadas por el respeto y el afecto pe-

ro la autoridad del esposo hizo de esta cordialidad sólo su iniciativa.

A las esposas coloniales les fue mejor que a sus hermanas inglesas a causa de que en las colonias se desarrolló una política general sobre el matrimonio a través del tiempo que estuvo basada, como lo ha señalado el profesor Richard B. Morris, en el valor social reconocido de multiplicador de la población (1930). Esta política dio a las mujeres cierta ventaja y autoridad en las condiciones dentro de sus matrimonios. El trato de la esposa se convirtió cada vez más en un asunto público más que privado. La escasez de mujeres y su valor para las nuevas colonias, ganaron para ellas garantías legales de cierta protección física dentro del matrimonio. La codificación más temprana de las leyes de Massachusetts, el Cuerpo de Libertades de 1641 aseguró que "cada mujer casada estaría libre de castigos corporales de su esposo a menos que sea en defensa propia de una agresión de ella..." (Calhoun 1945, p. 93). Las autoridades sureñas también tuvieron cuidado de limitar la autoridad absoluta del hombre sobre su esposa. A pesar de que el castigo fue permitido ninguna esposa podía ser golpeada hasta el punto de causarle lesiones permanentes o la muerte (Spruill 1938).

Las autoridades coloniales también extendieron su jurisdicción sobre los abusos maritales. Las cortes ordenaron cohabitación en el matrimonio, sin embargo, tradicionalmente el abandono no había sido materia de decisión judicial.

La política colonial que favoreció el matrimonio fructífero, interesantemente produjo cambios impresionantes en la ley de divorcio. En Nueva Inglaterra por ejemplo, concedió a las mujeres así como a los hombres, el derecho a pedir el divorcio. Los motivos principales fueron incesto, bigamia, abandono, "impureza criminal" (sodomía) y esterilidad masculina (Morgan 1966). Todos esos "pecados" legales minaban la estabilidad de la unidad familiar dentro de la sociedad y es el hecho que explica el cambio en la ley de divorcio. Las autoridades civiles y religiosas deseaban situaciones de estabilidad y la liberación de las leyes de divorcio, no contradecía esa meta como primeramente podría parecer. Los legisladores de Nueva Inglaterra dieron a las mujeres la autoridad para iniciar trámites de divorcio para facilitar la disolución de matrimonios fracasados y que pudieron ocurrir segundos matrimonios exitosos (Morris 1930).

Cierta cantidad de seguridad económica fue confiada a la esposa colonial a través de la adopción y difusión del artificio del contrato de las clases altas inglesas. Entre las clases adineradas y las clases medias coloniales se redactaron no sólo acuerdos prematrimoniales sino también contratos postmatrimoniales. Los nuevos contratos postnupciales fueron usualmente una forma de acuerdo de separación que aseguraba a la esposa separada cierto apoyo financiero (Morris 1930).

Si la ley colonial hizo a la mujer menos impotente dentro de su matrimonio, hubo también algunas indicaciones sobre que poderes legales limitados dentro de la sociedad le iban a ser conferidos a ella. La mayoría de esos poderes estuvieron centrados sobre la transferencia de propiedades llevadas por ella al matrimonio. En un esfuerzo por facilitar la venta y la compra de tierras, varias colonias pasaron por alto los complicados manejos legales necesarios en la ley inglesa para exonerar la propiedad en custodia y permitieron a la esposa simplemente firmar

la escritura con su esposo (Morris 1930). Algunas colonias fueron más lejos y concedieron a la esposa la condición de "mujer sola" (que se discute después) de modo que en ausencia de su esposo ella misma pudiera formalizar la escritura (Morris 1930). Semejantes innovaciones legales, sin embargo, parecen haber sido concebidas para ayudar a los esposos en sus transacciones de negocios más que para aumentar los derechos de las mujeres. Y muchos cambios prometedores demostraron ser de naturaleza temporal. Por ejemplo en los tiempos iniciales del establecimiento colonial a una esposa se le permitió representar en la corte los intereses de su esposo ausente. Fue una concesión práctica en un área donde no había abogados profesionales para sustituir a un hombre en trámites legales que consumían tiempo. Pero este "derecho" no sobrevivió su utilidad práctica, fue derogado tan fácilmente como fue instituido (Morris 1930).

### LA VIUDA Y LA SOLTERA COLONIALES: LOS DERECHOS DE LA "MUJER SOLA"

A pesar de que mejoraron las condiciones dentro del matrimonio y fue permitido cierta identidad legal limitada y específica, la ley no menos que la ideología, ató a la esposa dentro del "círculo mágico". Fue sólo la ausencia total de un esposo la que liberó a la mujer colonial de la restricción.

La existencia de viudas y solteras obligó a idear provisiones legales especiales para adaptar las circunstancias. Estas eran mujeres que no estaban bajo la protección y cuidado de un hombre, su condición fue reconocida en la ley como la de "mujer sola" más que como "mujer protegida". Por lo tanto la necesidad fue adaptada por la ley y la viuda y la soltera fueron reconocidas para que actuaran como individuos legales en el mundo de competencia fuera del hogar. En resumen la posición de "mujer sola" otorgó a la mujer los derechos legales negados a ella por innecesarios en el matrimonio. Ella podía comprar y vender propiedades, hacer contratos valederos, plantear juicios y ser juzgada.

La disposición de "mujer sola" sirvió a la comunidad en general así como a la mujer individual que se le otorgó esta posición privilegiada. Primero, la "mujer sola" eliminó la carga de un grupo improductivo, dependiente sobre los hombros del público. También liberó y canalizó hacia la sociedad habilidades y talentos necesarios en la economía colonial: a través de la "mujer sola" la fuerza femenina proveyó de bienes y servicios cuando hubo escasez de fuerza masculina (4). Finalmente en casos donde la viuda o la soltera no fue menesterosa, sino que tenía una herencia de su esposo o padre, la disposición de la "mujer sola" tuvo también otro valor social práctico.

La economía colonial era una economía en desarrollo, dependiente del flujo del capital. Semejante economía no podía darse el lujo de ver herencias congeladas fuera del mercado. A una mujer soltera o viuda debían serle dados los poderes legales necesarios para emplear la fortuna de su esposo o padre, no sólo para su bien y el de los herederos de su esposo, sino también para el bienestar económico de la comunidad (Morris 1930). El dinero que tenían las mujeres fue vertido así en la economía. Las viudas coloniales invirtieron en tierras, empresas de negocios y empresas comerciales como barcos (Earle 1962). Ordinariamente las mujeres no dirigieron estas empresas sino que simplemente ayudaron a financiarlas. Sin embargo hubo mujeres que administraron sus propios intereses especulativos, sus negocios o sus propias empresas profesionales (Dexter 1924; Earle 1962).

La mayor parte de las mujeres que hicieron sus fortunas en los negocios empezaron con un generoso y próspero esposo o padre. Por ejemplo cuando murió el neoyorkino Peter de Vries, dejó a su esposa, Margaret Hardenbroeck de Vries, una propiedad considerable. Margaret empleando los poderes otorgados a ella como "mujer sola" vendió esta propiedad e invirtió su dinero en barcos. La viuda de Vries resultó más que una inversionista sensata, fue también una mujer de negocios innovadora. Reconociendo la importancia de la ciudad de Nueva York como un centro comercial estableció la primera línea de buques entre Europa y Estados Unidos. Margaret Hardenbroeck de Vries para supervisar su negocio a menudo hizo ella misma el viaje transatlántico sirviendo como sobrecargo del paquebote.

Con su floreciente línea de paquebotes, Margaret se casó por segunda vez. Pero al hacerlo no fue obligada a ceder la fortuna de Vries, que ella había hecho. Una viuda podía pedir un contrato prenupcial con su nuevo esposo el cual le garantizaba la posesión de su propia riqueza. Tampoco su nuevo esposo, Frederick Philipse, hizo ningún esfuerzo para poner fin a las actividades de negocios de Margaret. Así Margaret Hardenbroeck de Vries Philipse continuó sus operaciones bajo la condición de "mujer sola" y hasta ayudó a su esposo en la inversión de su propia fortuna (Dexter 1924).

La mayoría de las mujeres coloniales de negocios no fueron tan independientes como Margaret Philipse. Estas mujeres participaron en el mundo de los negocios en busca de medios de vida. La mayor parte se inclinaron hacia ocupaciones que convirtieron sus tareas domésticas en habilidades comerciales. Típica de esta clase de empresa fue la transformación del manejo de una casa en el manejo de una hostería. Una viuda con una casa espaciosa empezó su carrera como dueña de hostería simplemente abriendo su hogar a los viajeros. En su "Penacho de Plumas" o su "Ancla Azul" ella desempeñó la rutina doméstica familiar de hacer camas, barrer y cocinar para huéspedes que pagaban, mientras empleaba un hombre para supervisar el bar de la hostería (Dexter 1924).

En el siglo XVIII las viudas ampliaron las actividades hacia cafés así como tabernas y fondas. Diseñados según los cafés ingleses, esos fueron establecimientos "para el entretenimiento de los caballeros, el beneficio del comercio y el despacho de los negocios", en resumen, sitios de reunión y oficinas o locales de comerciantes, abogados y magnates navieros de Boston, Nueva York, Filadelfia o Charlestown (Dexter 1924).

Muchas mujeres simplemente comerciaban una habilidad doméstica particular. Los periódicos coloniales incluían anuncios de modistas, costureras, teñidoras de sedas, almidoneras y lavanderas, En el sur había nodrizas para contratar. Hubo entre estas mujeres empresarias, especialistas como "Mary Morcomb, fabricante de mantas de Londres" (Dexter 1924, p. 42). Algunas como Jane Moreland complacían gustos refinados ofreciendo a las mujeres de Filadelfia, agasajos gastronómicos como "embutido, salchichón blanco y negro, tripas y patas de vaca, así como encurtido de lengua de oveja..." (Dexter 1924, pp. 46-47). Algunas como Mary Bannister, complacían la credulidad humana. Ella hizo su fortuna con "quack medicines" (medicamentos engañosos), ofreciendo "gotas del antídoto de Venecia" como cura para 101 males. Y otras complacían la vanidad humana. Entre ellas una señora Edwards que ofrecía para la venta:

Una admirable loción embellecedora para manos cara, y cuello que hace la piel suave, lisa y rolliza, así mismo quita lo rojizo, las pecas, las quemaduras del sol o los barros y cura la picazón, tiña, salpullido, caspa y otros como las deformidades en la cara y la piel (completamente libre de cualidades corrosivas) además lleve una exquisita belleza con unguento para labios y polvo para dientes, todos muy baratos (Dexter 1924, p. 71).

Muchas de estas mujeres de negocios coloniales fueron en efecto recién llegadas a la colonia desde Inglaterra y bien pudieron haber sido solteras más que viudas. Las solteras autóctonas prefirieron como medio de vida el tomar a su cargo la escuela, sin embargo sólo fueron accesibles para ellas las escuelas elementales donde se enseñaban habilidades rudimentarias. Las famosas escuelas de Latín y las academias universitarias preparatorias de Nueva Inglaterra permanecieron fuera del alcance de la mujer maestra. Para fines del siglo XVII los internados para muchachas fueron la mejor oportunidad para ello. La administración de un internado, al igual que la de una hostería, le permitió a la mujer hacer lucrativas sus obligaciones domésticas familiares. Estas escuelas tuvieron mucha publicidad. Un anuncio típico aparecido en el Boston Gazette de mayo 24, 1736 anunciaba que "la señora Sara Todd ya había abierto una escuela para enseñar lectura y cálculo a mujeres jóvenes... en la misma casa se hospedaban damas jóvenes y se enseñaba toda clase de costura" (Dexter 1924, p. 90).

Pero no todas las mujeres estuvieron atadas por sus experiencias domésticas. Las viudas coloniales probaron su destreza en el mundo mercantil como tenderas, vendedoras de tabaco, de vino, de libros, propietarias de ferreterías y almacenes de mercancías generales. Tal vez más sorprendentes fueron las mujeres herreros, hojalateros, zapateras, carpinteros de navíos, curtidoras, carniceras y hasta armeros. Estas mujeres raramente empezaron los negocios por sí mismas, en lugar de ello la mayoría tomó el lugar de su esposo a su muerte. Ellas heredaron su profesión poco usual en vez de escogerla.

A pesar de las amplias libertades que concedió "la mujer sola" esa continuó como una posición prudentemente limitada. A la mujer sola "aporte en la sociedad" no se le permitió la expresión política: ningún derecho político se le dio por ser dueña de propiedades o por la acumulación de riquezas, como si se hizo con los hombres. Ella como sus hermanas casadas, vivió en una sociedad configuradas por las decisiones de los hombres.

La mayoría de las mujeres casadas no tuvieron un marco de referencia significativo para percibir la discriminación política: fue simplemente una en un sinnúmero de factores el que creó y aseguró su dependencia. Pero la mujer en las relaciones del mundo mercantil estuvo en posición de percibir la relación entre el poder político y el económico. Ella sintió inmediata y directamente los efectos de las decisiones legislativas sobre sus empresas, fuera en materia de tarifas de impuestos, política de tierras o la ubicación de un nuevo camino o muelle. Fue solo de ella que razonablemente se esperó que podría originarse alguna oposición a las normas políticas. Pero estas pocas mujeres que desafiaron su exclusión no lo hicieron en nombre de todo su sexo. Actuaron como individuos o como los grupos con

intereses económicos especiales que eran. Sin embargo, la respuesta a sus demandas estuvo basada en el sexo. Si bien ellas no pidieron derechos políticos como mujeres, ellos les fueron negados en referencia a su sexo.

Una de las mujeres que hizo tal demanda de derechos políticos fue Margaret Brent, quien se estableció en Maryland con sus hermanas y hermanos en 1638. Margaret y su hermana Mary Brent, ambas solteras, compraron tierra en Maryland, fiaron a otros colonos y construyeron casas para ellas. Margaret Brent pronto se estableció como una especuladora de tierras sobresaliente, como astuta mujer de negocios y como competente abogado, sirviendo en las cortes como apoderado de su hermano. Su éxito por supuesto no fue el paso de la pobreza a la riqueza. Ella llegó a la colonia con una riqueza considerable y tuvo conexiones envidiables como amiga (y probablemente pariente) de Lord Baltimore, el fundador de la colonia. Sus talentos con todo fueron notables y ganaron para ella el respeto de los principales habitantes de Maryland, como el gobernador Leonard Calvert. Calvert, en efecto, la designó como única albacea de su vasta fortuna después de su muerte.

Margaret Brent pudo no haber dudado de sus habilidades para manejar semejante responsabilidad, pero en sus esfuerzos por administrar los intereses de Calvert se encontró con obstáculos. La política legislativa sobre tierras afectaba las posesiones de Calvert pero Margaret Brent no podía participar en las decisiones cruciales para los intereses de Calvert. Para corregir esta situación apeló ante la Asamblea colonial en enero 21, 1647-48:

Vino la señora Margaret Brent y solicitó tener un voto en la Cámara y voz, porque en la última Corte de 3 de enero fue ordenado que la dicha señora Brent fuera considerada y recibida como abogado del señor Calvert.

El gobernador rechazó el que la dicha señora Brent pudiera tener voto en la Cámara y ella protestó contra todos los procedimientos de la presente Asamblea a menos que ella pueda estar presente y tener el voto antes dicho (Earle 1962, pp.45-46).

Sus protestas fueron en vano. Y solo una década después del desafío no exitoso de Margaret Brent, un decreto de Maryland puso fin al derecho de las mujeres para representar a un cliente en una corte legal (Morris 1930).

Las mujeres basaron sus demandas por los derechos políticos en el acatamiento satisfactorio de las calificaciones tradicionales de propiedad o riqueza, no sobre ningún interés por nociones radicales de sufragio universal. Por ejemplo, cuando las mujeres comerciantes de Nueva York pidieron un remedio para sus quejas en 1733 formularon su apelación así:

Nosotras viudas de esta ciudad hemos tenido una reunión, como nuestro caso es algo lamentable, rogamos a usted darle lugar en su periódico semanal, a lo que se debe remediar. Nosotras somos amas de casa, pagamos nuestros impuestos, llevamos adelante el comercio y la mayoría de nosotras somos comerciantes y como en alguna medida contribuimos al sostenimiento del gobierno no nosotros debemos tener derecho a algunos de los placeres de ese.

(Morris 1930, pp. 133-134. Smith 1970, p. 54).

No se hicieron concesiones a estas mujeres comerciantes y contribuyentes de impuestos. El principio de la exclusión política basada en el sexo sobrevivió a todos los otros incluyendo la propiedad y clase.

#### LAS MUJERES NO LIBRES EN EL MUNDO COLONIAL: SIRVIENTAS POR CONTRATO Y ESCLAVAS

Hubo muchas mujeres bajo coacciones diferentes de las de ama de casa o mujer de negocios coloniales. Para la sirvienta blanca por contrato esas fueron el resultado de un acuerdo legal temporal; para la mujer negra esclava fueron realidades permanentes.

El historiador Richard Hofstadter calcula que las sirvientas por contrato integraron por lo menos la mitad de la inmigración blanca a Estados Unidos colonial (Hofstadter 1973). Estas colonizadoras, imposibilitadas para pagar el costo del viaje transatlántico y de su propio sustento en el nuevo mundo, vendieron su única posesión, su fuerza de trabajo por un período de cuatro a siete años, a cambio de los costos del viaje y la manutención. Aunque había muchos más hombres que se contrataron como sirvientes, pero en todas partes de las colonias en las casas y las fincas se disfrutó del trabajo doméstico de sirvientas femeninas. Tal vez la característica más notable del contrato de la mujer fue la de las expectativas contrarias que ponía sobre ellas. En un medio de matrimonio y fecundidad se le mandaba el celibato. Su valor para su patrono o su señora descansaba sobre su capacidad de trabajo y la incapacidad producida por el embarazo fue interpretada como un rompimiento del contrato. La servidumbre legal de una mujer contratada podía prolongarse si su maternidad interfería con el cumplimiento de sus obligaciones.

Para la sirvienta cuyo patrono fuera el padre de su hijo, las leyes coloniales de ilegitimidad fueron una forma original de doble peligro. La amenaza de castigo físico por parte de su patrono colgaba sobre su cabeza si ella revelaba su paternidad, y al mismo tiempo las cortes le otorgaban al amo años adicionales de servicio si ella no hablaba. Cuando en 1692 los legisladores coloniales de Virginia admitieron la situación injusta de la sirvienta, ella consiguió poco con la reforma a la ley. La pena del aumento de servicios se mantuvo, sin embargo los dos años adicionales de trabajo fueron a beneficio de la iglesia parroquial en vez de otorgarlos a su culpable patrono (Spruill 1938).

Una vez libre de su contrato la sirvienta blanca estuvo supeditada a las leyes y la ideología de la sociedad de la que formó parte.

Las mujeres negras esclavas fueron como su contraparte masculina sobre todo otra propiedad. Si las leyes del matrimonio y de contrato restringieron la identidad legal y política de las mujeres, la institución de la esclavitud también quitó mucho de la identidad humana de sus víctimas. Muchas de las divisiones sociales trazadas en la sociedad blanca entre la conducta y el trato de los sexos, desapareció en un sistema que hizo de los hombres y mujeres, posesiones más que personas. De esta manera la mujer esclava del sur disfrutó de una irónica emancipación de la ideología de las esferas separadas: por ejemplo ella podía ser enviada a trabajar en los campos, a pesar de que las leyes que regían a las sir-

vientes blancas siguieron la costumbre social y prohibieron el uso de mujeres en tareas no domésticas o "masculinas" (Jordan 1969).

En los campos la feminidad no impuso distinción legal o práctica en el trato. Su jornada laboral al igual que la de los hombres, era desde la salida del sol hasta el ocaso. Sólo el embarazo alteró las exigencias sobre el trabajo esclavo.

Sin embargo las realidades de las diferencias entre los sexos se registraban en la contabilidad de la esclavitud. Las mujeres que trabajaban en el campo valían menos que los hombres en el mercado porque su productividad era más baja. No obstante el valor -o precio- de una mujer aumentaba si era capaz de cumplir en el área más especializada de la maternidad. Anuncios como el siguiente fueron comunes en los periódicos coloniales: "Pat -con un hijo- renca de un lado y excelente mujer reproductora" (Mullin 1972, pp. 8-9).

Dentro de la subcultura esclava los papeles tradicionales del hombre y la mujer surgidos de la organización de la unidad familiar no pudieron ser mantenidos completamente. La mujer esclava cumplió las tareas domésticas -coser, remendar, preparar las comidas, cuidar los niños- pero dentro de la esclavitud no fue posible el intercambio básico de sustento y protección masculina por obediencia y ayuda femenina (Lerner 1972). La completa dependencia de todos los esclavos respecto al dueño de la plantación, invalidó la función social del matrimonio y de la unidad familiar.

La familia como institución legal y social, fue en sí misma incompatible con las exigencias de la esclavitud. Por ejemplo la norma de la monogamia, dominante en el matrimonio blanco, pudo resultar opuesta a la rentabilidad de la reproducción de esclavos. El sentido de obligación de los padres hacia el hijo, también enfatizado en la sociedad blanca libre, pudo actuar como un obstáculo en un sistema en el cual la distribución lucrativa de los recursos frecuentemente llevó a la venta de los padres o del hijo.

La naturaleza de las relaciones entre los hombres y mujeres estuvo determinada en última instancia por el amo. A menudo los acuerdos resultantes reflejaron la selección arbitraria del amo de ciertas costumbres de la sociedad blanca. En muchos casos los "matrimonios" esclavos fueron aprobados y alentados y los dueños con frecuencia actuaron como guardianes de la moralidad, interfiriendo en la vida doméstica de los esclavos con castigos por peleas, infidelidad o por abuso físico del uno al otro (Mullin 1972). Estos matrimonios esclavos incorporaron de ese modo los aspectos "morales" de la institución blanca pero carecieron de su función legal y social. (5).

Así como los esclavos dependieron de sus dueños para la configuración de sus propias relaciones sexuales también dependieron de ellos para configurar las relaciones sexuales con la sociedad blanca. No obstante que el matrimonio entre miembros de razas diferentes fue prohibido alrededor de 1700 en la mayoría de las colonias del Sur (Jordan 1969) no lo fueron las relaciones sexuales. Los amos que castigaban a sus esclavas por infidelidad marital aparentemente no vieron contradicción moral en exigir sumisión a las esclavas negras. El mestizaje difundido, casi institucionalizado, en el sur fue señalado por los mismos personajes coloniales. "Se habla del goce de una mujer negra o mulata casi como una cosa común",

comentó el bostoniano Josiah Quincy, en una visita a Charlestown, Carolina del Sur. "No había disgusto, delicadeza o vergüenza acerca del asunto" (Jordan 1969 p. 145). El historiador Gerald Mullin señala que los dueños de esclavos indudablemente conocieron mejor a las esclavas que a los hombres. Las descripciones de las esclavas fugitivas, con frecuencia, revelaron, un íntimo conocimiento anatómico, mencionaban una gran cicatriz "tan larga como un dedo arriba de su pecho" o "Milley con ojos verdes y pechos muy grandes" (Mullin 1972, p. 104).

Con frecuencia la sexualidad fue la única arma de resistencia efectiva a su esclavitud que tuvo la mujer esclava. Las mujeres negras fugitivas incapaces de sobrevivir solas en el mundo exterior, cambiaban libertades sexuales por la libertad de la esclavitud. Ellas se escapaban con hombres blancos o en la época revolucionaria dejaron la plantación para "refugiarse" en las barracas de las tropas (Mullin 1972). Aún para las negras libertas la relación sexual dependiente con un hombre blanco a menudo fue la mejor de las limitadas opciones en la sociedad sureña. Para ella la independencia económica sólo fue posible a través del empleo como costurera o nodriza (Lerner 1972).

Los pocos ejemplos registrados en los cuales fueron alentados los logros individuales o el desarrollo personal en las esclavas, ocurrieron dentro de la esclavitud doméstica de Nueva Inglaterra. Allí se llenaron las escasas filas de poetas y autoras negras y a mujeres como Lucy Ferry de Deerfield, Massachusetts o Phyllis Wheatley de Boston, se les dio la oportunidad de expresarse por sí mismas. Pocas esclavas recibieron la atención especial otorgada a Phyllis Wheatley, pocas tuvieron una dueña como la señora Wheatley que enseñó a leer y escribir inglés y latín a una niña africana de siete años, que estimuló su creatividad y trató a esta esclava como una hija más que como una sirvienta (Dannett 1964). De modo que siguen siendo pocas las descripciones sobre las vidas individuales de las mujeres coloniales negras.

#### LA ANGLIZACION DE ESTADOS UNIDOS: NUEVAS IDEAS SOBRE LA FEMINIDAD Y UN LLAMADO PARA LA EDUCACION DE LAS MUJERES

Conforme maduraron las colonias norteamericanas tuvo lugar un proceso que el historiador John Murrin ha llamado de "anglización". Este fue un movimiento a veces consciente, a veces no, hacia la uniformidad de las leyes y costumbres con respecto a la Madre Patria. El proceso ha sido trazado más claramente en los sistemas legales coloniales, que fueron flexibles y adaptables a las circunstancias locales, pero que se hicieron más rígidas y menos individualistas conforme fueron dirigidos en conformidad con la ley inglesa (Murrin 1966; Morris 1931). Pero la anglización se reflejó también en la insistencia entre las clases acomodadas por imitar a los ingleses de clase social superior (Smith 1970) Nuevas actitudes y estilos sociales de la Madre Patria empezaron a configurar la vida de las clases altas y medias norteamericanas. Sin embargo a menudo la brecha entre las realidades inglesas y las norteamericanas hizo imperfecta la imitación colonial.

En la Inglaterra del siglo XVII las costumbres y la moral habían experimentado una revolución y una renovación no menos drástica que sus contrapartes políticas.

Si el estilo social de mediados del siglo fue establecido por el sombrío régimen puritano, la vuelta al gobierno real en 1660 anunció una época en la cual la frivolidad se erigió como una forma de arte. La moralidad como se define convencionalmente, fue sacrificada por el placer y una alegre decadencia se estableció en las clases altas inglesas.

El elemento principal en este nuevo estilo de vida fue el énfasis sobre el ocio y las actividades no productivas entre las mujeres. Las mujeres inglesas adineradas rechazaron cualquier actividad provechosa, finalizando de esta manera la participación en la administración de sus fortunas, que fue el modelo para las mujeres de negocios coloniales como Margaret Philipse y Margaret Brent. A diferencia de los "ornamentos" del Reverendo Cotton Mather -mujeres que practicaban las virtudes recomendadas de frugalidad y laboriosidad- estas mujeres se convirtieron en "ornamentos" decorativos, útiles sólo para exhibirse y para los placeres. Su apariencia exterior reflejó los nuevos valores en los peinados exagerados, las amplias faldas con armazón de alambre, las cinturas ajustadas apretadamente que limitaban los movimientos para mostrar belleza.

Por cerca de una década se había montado una modesta campaña para poner freno a estas extravagancias de la Restauración. Varios libros escritos antes del cambio de siglo estuvieron dirigidos a esta crisis en la moralidad. Sus autores pidieron a las mujeres que volvieran no a sus actividades productivas sino a su papel de líderes morales de la sociedad. Esta súplica fue basada en la renovación de un corolario de la ideología tradicional de subordinación de la mujer al hombre. Se argumentó entonces como se había hecho antes por líderes tan prestigiosos como Cotton Mather que uno de los resultados privilegiados de la pasividad, sumisión y de la necesidad del hábito de la obediencia de las mujeres, fue la gran receptividad de su sexo para la religiosidad y la moralidad, que fluían de la sincera obligación de la fe. Las mujeres comprendidas dentro del papel de su misión fueron elevadas de esta manera a la posición favorable de líderes morales de la sociedad.

Se asumió que todas las mujeres compartían la afinidad básica por la virtud o la moralidad porque no se hizo ningún esfuerzo por distinguir el condicionamiento social de la capacidad innata. Aunque fuera innata la capacidad, la realización efectiva de su potencial requería entrenamiento. Parecía que la mujer debía prepararse ella misma para recibir esa gracia especial. Se ordenó una conducta virtuosa como la mejor preparación para el desarrollo de la verdadera virtud dentro de la mujer. Así los folletos de moralidad de finales del siglo XVII en gran parte fueron libros de "como hacerlo", que instruían a la mujer en cómo desarrollar y emplear sus dones de sumisión, pasividad, obediencia y compasión, a través del perfeccionamiento de cierto patrón de pensamiento y estilo de conducta. Se supuso que la ostentación de la virtud incitaría la virtud real que florecería dentro de ella y su virtud alentaría la imitación de los hombres alrededor de ella.

Estos folletos de moralidad fueron ampliamente leídos en las colonias a pesar de que hablaban de un problema social que no era realmente crucial en la cultura norteamericana. La sociedad norteamericana quedó muy rezagada en la carrera hacia la decadencia porque los ricos coloniales no pudieron igualar las extravagancias

inglesas. Con todo, estos libros tuvieron gran impacto en Estados Unidos y su acogida no fue solamente un caso de una cura adoptada antes de que ocurra el contrario.

Estos libros hablaron para la audiencia colonial porque su tema fue interpretado a través de la experiencia norteamericana. Los autores ingleses exhortaron al regreso a la virtud como un antídoto contra la decadencia. Pero los colonos encontraron posible leer en el énfasis que los autores daban a la pasividad y docilidad una invitación para cambiar la conducta femenina, inculta pero eficiente, por una más refinada, la conducta de "una dama" apropiada para las clases adineradas. Así los colonos aprovecharon los libros en la dirección exactamente opuesta a la que intentaron sus autores. Aún no decadentes, los norteamericanos prósperos pusieron atención al llamado de buenos modales. Dieron por supuestos muchas de las virtudes que los autores adoptaron y centraron su atención en el llamado por un estilo de conducta más que en su propósito moral. Esos colonos no volvieron su atención hacia los argumentos filosóficos sino hacia los libros de etiqueta como The Ladies Calling (1720); no fue el elogio de la modestia como virtud suprema lo que instruyó a los lectores norteamericanos sino su explicación de cómo una voz queda -"como la imaginaria música celestial, dulce y encantadora, pero no para ser escuchada en la distancia"- proclamaría esa virtud. (The Ladies Calling 1720, pp.6-7). La pasividad, la sensibilidad y especialmente la delicadeza fueron los componentes de una costumbre entonces aceptable entre los colonos acomodados: costumbre que les ayudaría a situarse aparte de los vecinos más pobres. La ociosa pero graciosa esposa que produjo esa costumbre serviría para realzar el propio éxito del esposo colonial.

Si bien los folletos de moralidad sirvieron principalmente como libros de etiqueta para la nueva mujer colonial, señalaron el camino para algunas tendencias radicales en el pensamiento inglés.

La idea central de libros como The Ladies Calling después de todo fue la de que la conducta de las mujeres era un asunto de aprendizaje más que de inclinación natural. La esmerada etiqueta y la disciplina moral prescrita en esos libros para las mujeres no tuvo sentido hasta que los autores de tales folletos reconocieron este punto. Mientras que ellos tuvieron cuidado de enfatizar que el aprendizaje fue ideado sólo para hacer fructificar ciertas tendencias "naturales" en el sexo femenino, su suposición original era que la educación y no la naturaleza de terminaba la conducta exclusiva del sexo.

Las implicaciones de esta suposición tal vez fueron vagamente comprendidas por los que la llevaron hacia adelante. Si un buen programa de enseñanza fue la garantía para producir las líderes morales que necesitaba la sociedad, la ausencia entonces de tal programa o un programa negativo debieron contar mucho en la frivolidad e inmoralidad que mostró la generación de mujeres de la post-Restauración. Así mismo las actividades productivas de los hombres, sus talentos y habilidades superiores podían ser explicados en alguna medida por su entrenamiento o educación. El autor de The Ladies Calling en el final reflexivamente concluyó: "Los hombres tienen cultivados y mejorados sus intereses por la educación... y si las mujeres tuvieran la misma ventaja yo no me atrevo a decirlo pero ellas produjeron buenos resultados de esa...(prefacio)

Si en efecto la educación o el entrenamiento conformaba la conducta humana y si la mujer había sido privada de un aprendizaje positivo ¿cuál sería su probabilidad si, por ejemplo, ella iba a recibir la educación reservada para el hombre? ¿Era esa desigualdad de talento también un resultado de la desigualdad del aprendizaje? Pero si el autor de The Ladies Calling levantó esta tapa de la Caja de Pandora de las relaciones entre los sexos, rápidamente él mismo la cerró de nuevo herméticamente. Solo ocasionalmente alguien siguió su conclusión lógica sobre la idea de que la educación no la naturaleza determinaba el producto humano. Por ejemplo la educadora del siglo XVIII Mary Astell argumentó que los sexos eran iguales en habilidades y que sólo la privación y represión mantenían a la mujer en su posición subordinada. Pero aún Astell rechazó el permitir que ese descurrimiento de la igualdad de las posibilidades humanas interfiriera con los destinos apropiados de los sexos respectivos. El cumplimiento último de la mujer continuó siendo biológicamente como madre y socialmente como esposa. (Benson 1935). Ni la sociedad inglesa ni la norteamericana estuvieron dispuestas a tratar de resolver estas preguntas de primer orden en las relaciones de los sexos. La idea de desigualdad como un resultado de la educación fue perdida, eclipsada por el entusiasta movimiento por aplicar su deducción aceptable: las mujeres podían y debían ser educadas mejor para que pudieran ser mejores ayudantes en el matrimonio. Se adoptó la educación formal para las mujeres con lectura, escritura, aritmética y teología, dadas en dosis no tan fuertes como para perturbar la desigualdad entre los sexos, pero lo suficiente para ayudarlas a desempeñar más satisfactoriamente sus diversas obligaciones como esposa y madre. La educación para la mujer fue apoyada no en nombre de su propio desarrollo individual sino como un medio para hacerla una compañera más compatible con su esposo y una madre mejor para sus hijos.

En los años siguientes la educación fue adoptada como una medida correctiva para todos los vicios femeninos. La educación fue considerada como un preventivo contra la maldad. Si las ociosas manos de las ricas no podían ser empleadas adecuadamente por más tiempo en el trabajo de la casa entonces sus ociosas mentes serían empleadas en el aprendizaje. En resumen, conforme disminuía el trabajo físico de la esfera doméstica y fuera del hogar se separaba de las actividades de ayudante, aumentó el énfasis puesto sobre el estilo y la actitud femenina, ambas para ser aprendidas de los libros.

Los defensores de la educación de la mujer fueron fácilmente recibidos por los colonos del siglo XVIII. Entre los reformadores ingleses ilustrados más populares estuvo la señora Eliza Haywood cuyas novelas y revista Female Spectator popularizaron las ideas de los tratados sobre educación. Ciertamente la novela probó ser el instrumento más eficaz de enseñanza. Las mujeres norteamericanas, como sus hermanas inglesas, encontraron modelos de feminidad para ellas mismas en las páginas de los libros de Richardson y de la señora Haywood. Tales novelistas mostraban una sensibilidad a la incompatibilidad potencial de la educación y la conducta sumisa; y para compensar cualquier intrepidez que pudieran desatar la educación, ellos hacían a sus hercinas criaturas sumisas quienes se sometían a las circunstancias así como a los hombres con resignación propia de una mujer. Al final la belleza (estilo) y la bondad (actitud) de la heroína la salvaban, no su destreza o inteligencia. Y como justa recompensa ella inevitablemente después vivía feliz (Benson 1935).

Así a principios del siglo XVIII el énfasis fue sobre la educación como una herramienta para asegurar mujeres femeninas, mujeres cuyas actitudes y estilo personales, las hicieran buenas esposas y madres, más que para cualquier utilidad real. Semejante contexto para la educación no amenazaba con una alteración radical de las relaciones entre hombres y mujeres. Sin embargo hubo algunos que siguieron temiendo que la educación fuera una amenaza para esa relación. Fueron estos pensadores conservadores del segundo cuarto del siglo XVIII quienes replantearon las preguntas sobre la naturaleza y la educación para que ellas pudieran finalizar.

Las principales voces del contraataque conservador fueron el Reverendo James Fordyce y el doctor John Gregory. A través de sus escritos ambos hombres esperaban firmemente restablecer la supremacía de la dotación física más que intelectual en el orden de la relación sexual. Lo esencial en sus argumentos fue que las mujeres eran inferiores a los hombres y dependientes de ellos por su debilidad física. Esta inferioridad física fue el factor determinante para la conducta de la mujer, como un ser débil su supervivencia en el mundo dependía de su habilidad para adquirir protección masculina. Por lo tanto la mujer debía cultivar, como la necesidad más básica, la conducta que activara el impulso de protección en los hombres. Timidez, delicadeza, devoción, dulzura en los modales y la voz, la ostentación de estas cualidades más que un ágil ingenio o una mente bien instruida despertaban ese impulso. Era cierto que una mujer podía llegar a ser intelectualmente igual que el hombre (a pesar de que Fordyce tenía dudas de su resultado) pero al hacerlo ponía en peligro su existencia. Fordyce instó a las damas: "Ustedes mismas permitirán que la guerra, el comercio, la política, los ejercicios de fuerza y de destreza, la filosofía abstracta y todas las ciencias oscuras sean más adecuadamente esfera de acción de los hombres..." Pero en caso de que las damas no permitieran esto agregó como una advertencia: "estas mujeres masculinas que tratan de convencerlas de compartir cualquier parte de esa esfera igualmente con nosotros, no comprenden sus verdaderos intereses" (Spruill 1938, p. 221). La "mujer masculina" educada, si no era algo anormal era altamente peligrosa para la supervivencia de su sexo.

Lo que Fordyce y Gregory desarrollaron fue una explicación teleológica para la relación tradicional en los sexos. Su oposición a la educación de la mujer en otra cosa que no fueran las artes femeninas de deleite para los hombres, descansó sobre la convicción de que la conducta independiente resultante en la mujer educada atrofiaría el instinto protector vital del hombre.

Ambos autores encontraron un público receptivo entre los norteamericanos acomodados. Pero no es probable que el interés norteamericano compartiera la visión inglesa de pesadilla de un rompimiento en la relación sexual establecida. La sociedad norteamericana había sobrevivido intacta a la conducta independiente de las mujeres de negocios y de las esposas pioneras. Fordyce y Gregory escribieron libros que fueron valorados como lo había sido The Ladies Calling, en sus abundantes descripciones de la conducta que producía "exquisita sensibilidad y delicadeza" Fueron estas descripciones, las cuales, imitadas en la vida diaria, ayudaron en el refinamiento de la dama colonial.

## LA REVOLUCION NORTEAMERICANA: UNA SUSPENSION DE LA "EXQUISITA DELICADEZA"

Irónicamente fué el empuje de la independencia nacional lo que trastornó este nuevo patrón de buenos modales, con su completa separación de las mujeres de la vida pública o de los asuntos serios. La participación de las mujeres en la protesta política, una participación que una vez más extendió las fronteras de su círculo doméstico, fue valiosa para los organizadores radicales de la protesta norteamericana. El fervor activo, no la tímida modestia, se convirtió en la mayor virtud de la compañera en los Estados Unidos prerrevolucionarios.

La emergencia de la lucha política pareció suspender las reglas de conducta cuidadosamente establecidas. Las mujeres fueron llamadas a mirar fuera de su círculo familiar inmediato, a tomar una posición en los asuntos políticos y hasta a organizar ellas mismas sus propias protestas. Cuando a principios de la década de 1770 las mujeres de Filadelfia y Boston anunciaron su organización en asociaciones para prohibir el té, editores de periódicos coloniales simpatizantes con ellas, encomiaron a las mujeres para que tuvieran iniciativa y coraje. No se hizo ninguna mención a una conducta inapropiada. Sin embargo, los conservadores ingleses que encontraban las actitudes tradicionales acordes con sus posiciones políticas ridiculizaron las organizaciones de las mujeres como campos de conducta anormal, no femenina (Benson 1935.)

Durante la guerra misma la mayor parte de las mujeres patriotas hicieron sacrificios por el interés nacional en conformidad con las líneas tradicionales. Permanecieron en sus hogares tejiendo medias, paños, y vendajes para los soldados. Así mismo hubo mujeres que organizaron campañas para recoger fondos y recolectas de puerta en puerta a través de las calles de Filadelfia o Nueva York. Claramente estas actividades fuera del hogar desafiaron las convenciones del siglo sobre la exquisita delicadeza y la tímida modestia (Douglas 1966).

Para otras mujeres la división estricta de papeles pareció romperse completamente y tomaron las armas en la lucha. Algunas lo hicieron como individuos: mujeres como Deborah Samson, quien disfrazada como hombre se enlistó en el ejército de Washington y tomó un lugar en el frente (Douglas 1966). Pero la mayoría de las mujeres que pelearon no habían llegado a la guerra como individuos. Ellas llegaron como esposas fieles. Se habían incorporado al séquito del ejército como cocineras o enfermeras, desempeñando sus tareas domésticas en una guarnición del ejército. Cuando esas "Molly Pitchers" tomaron las armas fue para reemplazar un esposo-soldado que había sido muerto o herido en presencia de su esposa. Esta participación militar de "Molly Pitchers" no fue un mito nacido de los recuerdos de lo postguerra: los registros del Congreso Continental testifican la realidad de las mujeres combatientes. El gobierno otorgó pensiones a mujeres soldados como Margaret Corbin, "herida y lesionada en el ataque al fuerte Washington mientras ella heroicamente ocupó el puesto de su esposo" (Ellét 1969, pp. 123-124).

Con el fin de la guerra cesaron las actividades políticas y militares de las mujeres y las mujeres soldado y organizadoras comunales regresaron a sus asuntos estrechamente definidos como femeninos o a los domésticos. No pareció que la doctrina revolucionaria de la libertad individual alteraría la posición de la mujer en la nueva nación.

NOTAS

- (1) Existe un debate entre los demógrafos modernos sobre el número de niños nacidos de la mujer promedio y sobre la tasa de mortalidad de las madres y los niños. Mientras los historiadores de principios de este siglo estimaron que el típico grupo familiar superviviente incluía diez o doce niños (Spruill 1938), John Demos recientemente ha juzgado inexacto ese número para áreas de Nueva Inglaterra. Sus hallazgos para la colonia de Plymouth (Demos 1965) muestran que el promedio de la familia superviviente era considerablemente más bajo.
- (2) El privilegio de la "mujer sola", que se discute después, desahogó esta dependencia para algunas solteras. Después de por ahí de 1670 las solteras de Nueva Inglaterra pudieron hacerse cargo de las escuelas en lugar de depender completamente de la caridad de los parientes. Sin embargo es dudoso que muchas pudieran tener medios suficientes para vivir solas en casas independientes. El ser huésped de los parientes siguió imponiendo la carga de las tareas domésticas sobre las maestras de escuela (Dexter 1924).
- (3) Los padres puritanos permitieron a sus hijos considerable libertad para escoger a través del noviazgo y el patrón de ese fue bastante liberal. Las costumbres peculiares de Nueva Inglaterra, tales como "bundling" (el envolver), ayudaron a la joven a hacer su escogencia. Al estar juntos en una cama calentada con carbón, la pareja envuelta gozaba de un noviazgo más íntimo que la mayoría. Las muchachas puritanas indudablemente conocían mejor a sus nuevos esposos que las otras novias coloniales, especialmente desde que se hizo usual en Nueva Inglaterra permitir las relaciones sexuales prematrimoniales en parejas formalmente comprometidas (Smith 1970).
- (4) Esta cualidad sustitutiva puede ser vista más claramente si trazamos el rumbo de la madurez de la economía. Así conforme madura la economía se reducen las actividades de la mujer sola. Por ejemplo, un lento proceso de profesionalización en varios campos de servicio previamente abierto a las mujeres, tendió a la exclusión. Las mujeres trabajadoras llenaron sus filas cuando esas carreras eran de baja condición y no requerían educación formal o habilidades técnicas. Pero las carreras mejores, como la de leyes y la de afluencia de hombres que acompañaban ese campo, hizo imposible para las mujeres el competir, aún si la ley no se los impedía. En muchos casos no era necesario declarar la exclusión basada en el sexo, era suficiente establecer reglas de instrucción que las otras discriminaciones basadas en el sexo, hacían imposible que las mujeres las cumplieran. Así la Asociación de Abogados de Massachusetts, exigía un grado universitario o en casos especiales un prolongado aprendizaje, con uno de sus miembros. Las mujeres obstaculizadas, primero por la ley y luego por la costumbre, fueron eliminadas así de la profesión (Wroth y Zobel 1965).
- (5) En las colonias del norte la subcultura esclava se ajustó más estrechamente a la sociedad blanca en la cual fue integrada más difusamente. Las leyes y las costumbres referentes al matrimonio estuvieron vigentes para los negros así como para los blancos y los esclavos de Nueva Inglaterra fueron obligados a casarse de acuerdo con las reglas de la cultura predominante. Los bandos matrimoniales fueron leídos públicamente o publicados, se esperó fidelidad marital y los matrimonios fueron inscritos en los registros civiles (Greene 1966).

BIBLIOGRAFIA

- Mary Sumner Benson, Women in Eighteenth Century America: A Study of Opinion and Social Usage. Columbia University Press, 1935.
- Anne Bradstreet, "The Prologue", The Tenth Muse Lately Sprung Up in America. Impreso por Stephen Browtell, Londres, 1650.
- Arthur W. Calhoun, A Social History of the American Family from Colonial Times to the Present, Volumen I. Barnes y Noble, 1945.
- Sylvia Dannett, Profiles of Negro Womanhood, Volumen I, 1619-1900. Educational Heritage Inc., Negro Heritage Library, 1964.
- Carl Degler, Out of Our Past: The Forces that Shaped Modern America. Harper Colophon, 1959.
- John Demos, "Notes on Plymouth Colony" William and Mary Quarterly, 3a. serie, 1965, 264-286.
- John Demos, A Little Commonwealth: Family Life in Plymouth Colony. Oxford University Press, 1971.
- Elizabeth Dexter, Colonial Women of Affairs: A Study of Women in Business and the Professions in America Before 1776. Houghton Mifflin, 1924.
- Emily Douglas, Remember the Ladies: The Story of the Great Women Who helped Shape America, Putnam's, 1966.
- Alice Morse Earle, Colonial Dames and Good Wives. Frederick Ungar, 1962.
- Elizabeth F. Ellet, The Women of the American Revolution, Volumen I, Haskell House, 1969.
- Kai T. Erikson, Wayward Puritans: A Study in the Sociology of Deviance. John Wiley e hijos, 1966.
- Willystine Goodsell, A History of Marriage and the Family. Macmillan, 1934.
- Lorenzo G. Greene, The Negro in Colonial New England, 1620-1776. Kennekat 1966.
- Richard Hofstadter, America at 1750: A Social Portrait, Vintage, 1973.
- James K. Hosmer, et., John Winthrop, Winthrop's Journal, "History of New England, 1630-1649", Volumen II, Scribner hijos 1908.
- Winthrop Jordan, White Over Black, Pelican 1969.

- Cotton Mather, Ornaments for the Daughters of Zion. Samuel Phillips, 1692.
- John Milton, Paradise Lost. S. Simmons, Londres, 1669.
- Edmund S. Morgan, The Puritan Family, Religion and Domestic Relations in Seventeenth Century New England. Harper and Row, 1966.
- Richard B. Morris, Studies in the History of American Law. Columbia University Press, 1930.
- Richard B. Morris, "Legalism versus Revolutionary Doctrine in New England" New England Quarterly, 1931. 4: 195-205.
- Gerald W. Mullin, Flight and Rebellion, Slave Resistance in Eighteenth Century Virginia. Oxford University Press, 1972.
- John Murrin, "Anglicizing an American Colony: The Transformation of Provincial Massachusetts". Disertación doctoral inédita. Universidad de Yale, 1966.
- Page Smith, Daughters of the Promised Land. Little, Brown, 1970.
- Julia Cherry Spruill, Women's Life and Work in the Southern Colonies, University of North Carolina Press, 1938.
- The Ladies Calling, in Two Parts, Printed at the Theater, Oxford, Inglaterra, 1720.
- Max Van Doren, ed., Samuel Sewall's Diary. Macy - Marius, 1927.
- L. Kinvin Wroth, Hiller B. Zobel, eds. Legal Papers of John Adams, Volumen I. Harvard University Press, 1965.

PG/vch.

30-1-81.

EL RENACIMIENTO DEL SIGLO XVIII

PETER GAY

(Nació en Berlín, Alemania. Llegó a los Estados Unidos en 1941 y se doctoró en filosofía en la Universidad de Columbia en la que ahora da la cátedra de William R. Sheperd de Historia. Entre las obras de que es autor, citaremos Voltaire's Politics: The Poetas Realist y The Party of Humanity: Essays in the French Enlightenment).

I

Comparar el Renacimiento del siglo XVIII en los Estados Unidos y en Europa tiene sus grandes riesgos, no porque no tengan nada en común (es mucho lo que si tienen), sino porque no obedecen al mismo orden lógico. El renacimiento, materia de este capítulo, fue una gran revolución que acabó dominando el pensar del mundo occidental durante el siglo XVIII. Fue resultado de la interacción de conceptos y acontecimientos, invenciones y esperanzas; su materia prima dio el triunfo a la ciencia newtoniana, notables inventos y adelantos en las técnicas industriales y agrícolas, la pérdida generalizada del fervor religioso y un auge, proporcional a esa pérdida, de la religión "razonable", un papel más y más atrevido del espíritu crítico dentro de los viejos misterios de la Iglesia y el Estado (que por siglos habían estado más allá de la crítica) y un nuevo sentido de confianza en el poder del hombre sobre su destino terrenal. En muchos aspectos y materias, los philosophes, entre otros los de las colonias inglesas de América, integraron y organizaron estos acontecimientos y adelantos en el seno de una filosofía coherente a la que convirtieron, finalmente, en un conjunto de exigencias, en un programa político completo.

En esta tarea, cada parte desempeñó su papel; cada parte fue a la vez algo único unido a las demás, como los miembros de una familia. El renacimiento norteamericano en ese siglo fue un miembro así, prominente, pero no de primera fila, dentro de la familia del renacer occidental de ese siglo; se le puede comparar muy adecuadamente con otros individuos no muy destacados de esa familia, por ejemplo, el ginebrino o el escocés.

A pesar de todo, el tradicional proceder de comparar el dieciochismo norteamericano con el de Europa, ha persistido en las dos grandes escuelas norteamericanas de pensamiento: la que considera el renacimiento norteamericano en ese siglo un mito pernicioso y la que lo ve como una realidad gloriosa. Ha persistido porque estas dos escuelas de historiadores, a pesar de todas sus diferencias, tienen en común una admiración genérica por lo que yo llamo los philosophes norteamericanos, los intelectuales políticos que llevaron a la guerra de independencia, que la racionalizaron, que redactaron la Constitución norteamericana y que gobernaron el recién nacido país. Para la primera escuela, Franklin, Jefferson y sus colegas son tan prácticos que no necesitan de teorías ni de conceptos para llevar su nave, con instinto pristino por

entre las traicioneras rocas de las ideologías europeas; la segunda escuela ve a Franklin, Jefferson y sus seguidores como pensadores, sí, pero de mente realista tan firme que pudieron desechar las fantasías de los teóricos europeos.

Una y otra de estas interpretaciones equivocan la relación entre teoría y práctica, entre concepto y experiencia, y lo que es peor, la relación entre Estados Unidos y Europa, ambas son consecuencia directa de tratar de enfundar la variada experiencia europea en una unidad especiosa. Cada movimiento renacentista local, fuera norteamericano, francés o lombardo, generaba, transformaba y se hacía eco de ciertos conceptos y los modificaba mediante su experiencia particular. El ser práctico, que con frecuencia los norteamericanos creen que es cualidad exclusiva de ellos, no es más que un concepto, que por cierto tiene una larga y honorable historia. Fue precisamente a semejanza de los philosophes de Francia e Inglaterra y siguiendo su ejemplo, como los philosophes norteamericanos adquirieron su respeto por el espíritu práctico, tras una lectura atenta de los clásicos romanos. En particular, Cicerón fue para todos los philosophes de todas partes un modelo del estata pensante: fue el filósofo de la política. Además, los norteamericanos aprendieron a estimar el espíritu práctico estudiando los ataques que a la metafísica y a lo que se llamaba burlescamente "sistematización" lanzaron Locke y Newton, justificaron Hume y Condillac y popularizaron Voltaire y d'Alambert. Como los otros philosophes, los norteamericanos sacaron parte de su respeto por el espíritu práctico del hecho de ser hombres prácticos, y también, y en mucha mayor medida, del hecho de ser lectores. Pero lo que les dio sus rasgos distintivos no fue el ser realistas (en tanto que sus colegas ingleses y franceses eran soñadores), sino el que su experiencia particular les enseñara lecciones bien diferentes de las que la experiencia enseñaba a los philosophes de Escocia, Francia o Milán. Por fortuna para los norteamericanos, ellos tuvieron a su favor el haber ganado una revolución, lo que les valió un público fijo a sus ideas. Franklin no fue más empírico que, por ejemplo, Voltaire. Turgot fue un pensador político tan vigoroso como Jefferson, sobre todo si tomamos en cuenta las proclamas revolucionarias, comprometedoras y visionarias de Jefferson. John Adams, crítico cáustico como el que más del optimismo utópico, consideró a Turgot, junto con Price y Mably, como hombre de "experiencia en la cosa pública y muy enterado respecto a la naturaleza del hombre, las necesidades de la sociedad y la ciencia del gobierno". Las relaciones de los philosophes con su Estado y su sociedad variaron de país a país; pero las diferencias no fueron respecto a grados de condición práctica, sino de poder. En tanto que en Europa los intereses creados se arreglaron para derrotar, absorber o incluso para acceder en parte a las exigencias de los philosophes, en los Estados Unidos, los philosophes acabaron siendo los intereses creados; se vieron obligados a ser prácticos: su buena fortuna los obligó a poner a prueba sus ideas en la cruda realidad.

No es pues de sorprender que procedieran en la mayoría de los terrenos en la misma forma que sus colegas europeos. Si hubo en Europa alguien que tuviera fama de utópico fue Condorcet; en su Essay on the Progress of the Human Mind, que escribió entre 1793 y 1794 escondiéndose de los jacobinos, predijo un futuro en que el adelanto de las ciencias naturales y el auge de las ciencias sociales traerían a todos los hombres una existencia envidiable, en la que habría una igualdad bastante avanzada, altos niveles de vida y una existencia prolongada indefinidamente, y libre de la ansiedad y de la enfermedad. Entre los norteamericanos se hizo de buen tono ridiculizar las ingenuas esperanzas de Condorcet, si bien Jefferson, entre -

otros, manifestó estar de acuerdo con la fe de Condorcet en la perfectibilidad humana. Sin embargo, Benjamín Franklin, que es sinónimo de realismo, aceptó y de hecho anticipó la brillante imagen del futuro de Condorcet. "Los rápidos progresos que la verdadera ciencia hace actualmente -escribió a Priestley en 1780- me hacen lamentarme de haber nacido tan pronto. Es imposible imaginar las cimas a que llegará en un milenio el poderío del hombre sobre la materia. Quizá llegue a poderse quitar la gravedad a grandes masas de materia y darles una impesantez absoluta, lo cual las hará fácilmente transportables. Quizá las labores agrícolas requieran menos esfuerzo y rindan el doble; se prevendrán o curarán las enfermedades, incluso la vejez, y nuestras vidas se prolongarán indefinidamente, incluso más allá de los términos antediluvianos". Pero también vio un terreno en que el hombre mostraba un escasísimo progreso: "Ojalá que la ciencia moral progresara igualmente, de tal suerte que el hombre dejara de ser lobo para sus semejantes y que aprendiera al fin, lo que hoy se llama tan impropriamente humanidad;" Esta preocupación, esta distinción entre el progreso material y moral fue lo usual entre los philosophes escoceses, franceses y alemanes; fue también una de las preocupaciones profundas de Condorcet: ni el utopismo francés fue tan candoroso, ni el realismo norteamericano tan escéptico como se suele suponer. Sostener, como lo hace Adrienne Koch, que "el renacer francés del siglo XVIII, con todos sus brillantísimos logros y su rico despliegue de doctrinas y dogmas no conoció la dirección sagaz y flexible que fue común en las altas esferas de poder de la revolución norteamericana y en los años de la Confederación y de la República Constitucional que siguieron", es subestimar tanto lo que los philosophes de todo el mundo occidental tuvieron en común, como las oportunidades que los philosophes norteamericanos tuvieron para hacer gala de su sagacidad.

## II

Dado que la única medida del renacer norteamericano en el siglo XVIII fue su preparación para la revolución, la Revolución, y lo que hizo con la Revolución, su pretensión de ocupar un destacado lugar histórico debe descansar y fundarse en los decenios de 1760, 1770 1780. Con toda propiedad, Koch fija el renacer dieciochista norteamericano de 1765 a 1815. Sin embargo, para 1765, los philosophes, de Edimburgo a Milán, de Londres a Berlín, habían ya terminado la estructura de los conceptos científicos, estéticos, sociales, regligiosos y políticos que constituyeron el renacimiento dieciochista. En la construcción de estos conceptos y digase lo que se quiera de la reputación de Franklin, los colonos norteamericanos no tuvieron la menor parte; durante este período, los norteamericanos no eran sólo consumidores que dependían en gran medida y casi exclusivamente de lo que les llegara de ultramar. Claro que no todo era dependencia, pues al igual que otros philosophes, nos norteamericanos desarrollaron un estilo intelectual propio de ellos con sólo atender a los acontecimientos domésticos que tenían lugar en Boston o Filadelfia o Richmond o en la frontera que estaba por ese entonces muy cerca. Pero del mismo modo que los puritanos norteamericanos habían dado forma a sus conceptos siguiendo el curso de los acontecimientos y la evolución del pensar entre los disidentes ingleses, así también los philosophes norteamericanos, que en su mayoría eran jóvenes poco antes de 1765, aprendieron de un puñado de pensadores europeos.

Esta dependencia se puede seguir en sus detalles debido a que los norteamericanos nunca trataron de ocultarla. Benjamín Franklin inspiró su estilo en el Spectator

de Addison, se internó en el deísmo leyendo la controversia religiosa de Inglaterra, perfeccionó sus conocimientos científicos estudiando a los newtonianos ingleses; atribuyó ese retorno al humanitarismo, a haber leído los Essays to Do Good de Cotton Mather, pero no bien acaba de hacerlo, reduce esta concesión al orgullo local, mencionando casi al mismo tiempo el Essay on Projects de Defoe, John Adams, aunque desdenoso del "optimismo ingenuo" de Helvetius y Rousseau, desarrolló su teoría de la revolución legal leyendo atentamente los estudios jurídicos de Grocio, Pufendorf, Barbeyrac y otros juristas europeos, dio forma a su punto de vista político estudiando con detenimiento a Harrington, Locke, Montesquieu y otros teóricos políticos europeos y se lanzó a la búsqueda de una teoría adecuada de la naturaleza humana analizando los escritos de Hutcheson, Ferguson, Bolingbroke y de otros filósofos europeos. Además aprovechó a fondo -y mucho es lo que se ha aprovechado después de él- sus desacuerdos con los "soñadores" europeos, aunque a él lo que más le interesaba era desarrollar su propio pensamiento de oposición; amén de que aunque rechazó a algunos philosophes europeos, lo hizo en nombre y con la ayuda de otros philosophes también europeos. Jefferson se apoyó generosamente en Europa, la observación de Adams, maliciosa en su intención, de que Jefferson "se embecía llanamente de la filosofía, religión, ciencia y política francesas" no más que inexacta es incompleta: Jefferson abrió su intelecto a su experiencia en Virginia y abrevó en el pensador inglés, no sólo en el francés; pero más ampliamente en los modelos literarios ingleses que en los franceses. Es un hecho bien conocido que llamó a Bacon, Newton, y Locke su "trinidad de los tres más grandes hombres que ha habido en el mundo" -trinidad que, nosotros observamos, no es simplemente de europeos, sino que fue venerada por los europeos: fue esa precisamente la trinidad adorada por Voltaire, d'Alambert, Hume, Lichtenberg y Kant. Jefferson fue, como los philosophes ingleses, francófilo; también fue, como los philosophes franceses y alemanes, un anglomaniaco.. En cambio, el pensamiento político de Madison es inexplicable si no se le refiere al dieciochismo escocés y a las ideas políticas de Montesquieu. Madison fue, como Franklin, un discípulo de Addison y se hizo eco de la anglo manía de Voltaire usando las palabras mismas de Voltaire, Alexander Hamilton se nos aparece un poco aislado de este grupo debido a su admiración por la monarquía y (si hemos de creer a Jefferson) por la que sentía por Julio César; pero dejó perfectamente claro que había tomado sus principios políticos de fuentes tan irrecusablemente europeas como Grocio, Pufendorf, Locke y Montesquieu: hacía gala de abjurar según era de moda en Europa, del más censurable de los teóricos europeos, Hobbes. La retórica de Hamilton, y creo yo que también su programa político, fue el del dieciochismo europeo: algunas palabras tiernas como "razón" y "humanidad" realzan no como simples floreros sus más vigorosas declaraciones.

Y lo que es ciertos de estos gigantes lo es también de otras figuras menos famosas; como ha observado Bernard Bailyn, los radicales norteamericanos, que a partir de 1760 empezaron a preguntarse en voz alta si las colonias continuarían viviendo bajo la tiranía de una Inglaterra corrupta, tomaron sus argumentaciones casi exclusivamente de Europa, Jonathan Mayhew, James Otis, John Dickinson y otros más, entregaban conceptos en sus folletos y opúsculos y hubo veces en que plagiaron largos pasajes de philosophes escoceses, ingleses, franceses y milaneses, de abogados ordinarios ingleses y sobre todo de republicanos ingleses de los siglos XVII y XVIII, como Milton, Harrington, Sidney, Trenchard, Gordon y también de ese prelado latitudinario, el obispo Hoadley, tan difamado y tan tenido en menos. Fue sin duda algu-

na este grupo el que representó, junto con su cohorte de seguidores, a los ojos de los rebeldes norteamericanos el summum de la perspicacia política. Era innegable que Inglaterra tenía la mejor constitución que el hombre había podido hacer, la constitución mixta, y si la rebelión se hacía imprescindible era debido a que Inglaterra se estaba alejando de tan gloriosa institución; era evidente que había que salvar a Inglaterra de sí misma. En resumen, no hay la menor duda: en la formación del dieciochismo norteamericano, los pensadores europeos jugaron un papel decisivo; los philosophes norteamericanos fueron sus discípulos, buenos y sencillos.

Suele suceder que los discípulos apliquen sus lecciones una generación más tarde, de lo cual resulta que sus mejores obras parezcan consumados anacronismos. Eso fue lo que ocurrió en el dieciochismo norteamericano: la Declaración de Independencia, que sería siempre su más famosa producción, es, desde el punto de vista filosófico, un residuo de argumentaciones y conceptos que ya estaban perdiendo respetabilidad. Cuando los pensadores europeos volvían ya sus ojos al utilitarismo, la declaración insistían en emplear la lógica de la ley natural: como todo el mundo lo sabe, justificó la separación de poderes apelando a las "leyes de la naturaleza" y a la "naturaleza de Dios" así como a verdades "axiomáticas". Pero en 1776, Hume, Helvetius, Beccaria y Bentham había arrojado ya muchas y muy serias dudas sobre la posibilidad de descubrir las leyes morales de la Naturaleza: habían hecho a un lado a Dios, incluso al Dios de la Naturaleza: y habían negado que hubiera verdades evidentes por sí mismas fuera de las matemáticas. La Ley natural y los derechos naturales siguieron siendo buenos gritos de batalla: Tom Paine y Condorcet los usaron hasta el último y lo mismo hicieron los autores de la Declaración Francesa de los Derechos del Hombre. Las ideas políticas de Locke -al menos como aparecen simplificadas- por sus apresurados lectores- siguieron siendo útiles, mucho después de haber sido destrozadas por la crítica. La declaración de la Independencia, productos de un discípulo, es una manifestación de esa utilidad que se desentiende de esa crítica.

### III

No quiero hacer aquí la apología de la Declaración de la Independencia, sino más bien describir la relación entre el pensar norteamericano y el inglés, escocés y francés. Después de todo, la declaración fue un documento político más bien que filosófico, y dentro de usos propios términos tuvo un éxito inigualado. Fue clara, circunstancial, digna y persuasiva. Fue aún más que eso: la Declaración de la Independencia señaló un cambio en el dieciochismo norteamericano que de consumidor pasó a ser productor, de importador pasó a ser exportador; este cambio se hizo evidente en el decenio de 1770. Lo primero que aportó el dieciochismo norteamericano fue a sí mismo. Los Estados Unidos se convirtieron para los europeos en un modelo de esperanza, en la prueba viviente y vivificadora de que al hombre le era posible desenvolverse y de que la razón y la humanidad podrían gobernar y no los simples principios críticos. La América era, no había la menor duda, un modelo que señalaba en dos diferentes direcciones a la vez; los admiradores de la simplicidad primitiva se referían a ella y también lo hacían los admiradores de la civilización refinada. Fue esta dualidad el secreto del éxito enorme de Benjamín Franklin como propagandista de la causa norteamericana; parecía englobar las virtudes de la naturaleza y los triunfos del civilismo: era, o más bien, dentro de su sutileza goza

ba fingiendo ser, el filósofo salvaje. David Hume, que no era primitivista ni dado a los excesos de la lisonja, se manifestó agrado ante esta mercadería exportada por el dieciochismo norteamericano. "América nos ha enviado infinidad de cosas buenas -escribió a Franklin- oro, plata, azúcar, tabaco, indigo, etc., pero sin duda es usted el primer gran hombre de letras por quienes estamos en deuda con ella". John Addams, que no simpatizaba mucho con Franklin, se sintió entre divertido e indignado cuando descubrió en París en 1779 que a Franklin se le tenía por un genio universal, "otro Voltaire y Hume", así como el "gran filósofo y el gran legislador de América", amén de un gran ingenio. Esos fueron los títulos que Adams se sintió obligado a disputar: sin embargo, el tributo que Europa rindió a Franklin fue algo más que un tributo personal: fue la expresión de las grandes esperanzas de que los conceptos e ideas del dieciochismo pudieran convertirse en realidad. Y posteriormente, cuando las colonias americanas ganaron su independencia, pasaron las pruebas de los primeros años y dejaron atrás el localismo en el seno de esa magnífica institución que es la Constitución de los Estados Unidos, se vio que el mito que encarnaba Franklin tenía bastante sustancia.

No tardaron los philosophes norteamericanos en celebrar su sagacidad política: en particular Madison, al ver hacia atrás, solía describir el "experimento" norteamericano como un "ejemplo de un sistema libre" y expresaba su confianza de que el sistema sería "más que un rayo de luz que alejara de un mal puerto, un piloto que llevara a buen puerto". En su país se había construido una "gran maquinaria política" a resultas de la cual todo el "Mundo Civilizado" había descubierto las bendiciones del "Gobierno Representativo". Es incuestionable, insistía, que los Estados Unidos son el "taller de la libertad", y que el pueblo de los Estados Unidos "tiene el gran mérito de haber establecido un sistema de gobierno basado en los derechos humanos y de haberle dado una forma sin precedente": era algo totalmente nuevo, un modelo construido sin seguir ningún modelo previo. Y a pesar de que John Adams tenía poca confianza en la naturaleza humana, y a pesar de que su ideología política se alejaba más y más de la igualdad y de la libertad y se acercaba a planes de control social, se sintió obligado a admitir que el logro había sido magnífico: "Los últimos veinticinco años del siglo pasado -escribió en 1815- y los primeros quince de éste, pueden muy bien recibir el nombre de la época de las revoluciones y de las constituciones. Empezamos el baile..."

Sin participar del todo en ella, podemos entender las razones de esta autofelicitación: si bien los Estados Unidos empezaron el baile, las figuras y los giros de él los habían diseñado los escoceses, ingleses y franceses. Estas vanaglorias tienen su razón de ser: el papel histórico de los recién formados Estados Unidos parecía ser el de laboratorio para los conceptos dieciochistas. Precisamente, a partir de este punto la tarea de la historia comparativa se hace complicadísima: se necesita de mucho trabajo para determinar cuánto debieron las ideas políticas de la joven república a los conceptos e ideas del dieciochismo, cuánto a la improvisación del momento, y cuánto a las ideas y teorías de sólida administración que cualquier hombre sensato de ese siglo hubiera aplicado con o sin dieciochismo. Es un hecho que las colonias fueron terreno fértil para las ideas del dieciochismo europeo: un largo período de paz y nuevas condiciones de trabajo habían dado a los colonos experiencias en autogobierno, cooperación pacífica y movilidad de clases que no se conocían en Europa. "La mayor parte de la legislación que defendieron los philosophes de Europa -ha dicho Félix Gilbert-, se ha hecho realidad en los Estados Unidos: "hubo algunas batallas que los philosophes norteamericanos no necesitaron librar o

ba fingiendo ser, el filósofo escocés David Hume, que no era primitivista ni dado a los excesos de la lisonjería, manifestó agrado ante esta mercadería exportada por el dieciochismo norteamericano. "América nos ha enviado infinidad de cosas buenas -escribió a Franklin- plata, azúcar, tabaco, indigo, etc., pero sin duda es usted el primer gran proveedor de letras por quienes estamos en deuda con ella". John Adams, que no simpatizó mucho con Franklin, se sintió entre divertido e indignado cuando descubrió en 1779 que a Franklin se le tenía por un genio universal, "otro Voltaire", así como el "gran filósofo y el gran legislador de América", amén de un gran ingenio. Esos fueron los títulos que Adams se sintió obligado a disputar. Sin embargo, el tributo que Europa rindió a Franklin fue algo más que un tributo formal: fue la expresión de las grandes esperanzas de que los conceptos e ideas del dieciochismo pudieran convertirse en realidad. Y posteriormente, cuando las colonias americanas ganaron su independencia, pasaron las pruebas de los primeros años: dejaron atrás el localismo en el seno de esa magnífica institución que es la Constitución de los Estados Unidos, se vio que el mito que encarnaba Franklin tenía bastante sustancia.

No tardaron los filósofos norteamericanos en celebrar su sagacidad política: en particular Madison, al referirse a atrás, solía describir el "experimento" norteamericano como un "ejemplo de un sistema libre" y expresaba su confianza de que el sistema sería "más que un rayo de luz que alejara de un mal puerto, un piloto que llevara a buen puerto". En su país se había construido una "gran maquinaria política" a resultas de la cual todo el "Mundo Civilizado" había descubierto las bendiciones del "Gobierno Representativo". Es incuestionable, insistía, que los Estados Unidos son el "taller de la libertad", y que el pueblo de los Estados Unidos "tiene el gran mérito de haber establecido un sistema de gobierno basado en los derechos humanos y de haberle dado una forma sin precedente": era algo totalmente nuevo, un modelo construido sin seguir ningún modelo previo. Y a pesar de que John Adams tenía poca confianza en la naturaleza humana, y a pesar de que su ideología política se alejaba más y más de la igualdad y de la libertad y se acercaba a planes de control social, se sintió obligado a admitir que el logro había sido magnífico: "Los últimos veinticinco años del siglo pasado -escribió en 1815- y los primeros quince de éste, pueden muy bien recibir el nombre de la época de las revoluciones y de las constituciones. Empezamos el baile..."

Sin participar del todo en ella, podemos entender las razones de esta autofelicitación: si bien los Estados Unidos empezaron el baile, las figuras y los giros de él los habían diseñado los escoceses, ingleses y franceses. Estas vanaglorias tienen su razón de ser: el papel histórico de los recién formados Estados Unidos parecía ser el de laboratorio para los conceptos dieciochistas. Precisamente, a partir de este punto la tarea de la historia comparativa se hace complicadísima: se necesita de mucho trabajo para determinar cuánto debieron las ideas políticas de la joven república a los conceptos e ideas del dieciochismo, cuánto a la improvisación del momento, y cuánto a las ideas y teorías de sólida administración que cualquier hombre sensato de ese siglo hubiera aplicado con o sin dieciochismo. Es un hecho que las colonias fueron terreno fértil para las ideas del dieciochismo europeo: un largo período de paz y nuevas condiciones de trabajo habían dado a los colonos experiencias en autogobierno, cooperación pacífica y movilidad de clases que no se conocían en Europa. "La mayor parte de la legislación que defendieron los philosophes de Europa -ha dicho Félix Gilbert-, se ha hecho realidad en los Estados Unidos: hubo algunas batallas que los philosophes norteamericanos no necesitaron librar o

bien que pelearon con grandes probabilidades de ganar. Esto sigue siendo cierto aún si nos vemos obligados a admitir con escépticos como Leonard Levy, que bajo la presión de los acontecimientos, dentro de la enorme confusión intelectual y esa especie de indefensión que el creer en la propia ganancia, suele producir, los norteamericanos se portaron mejor como philophes que como estadistas.

Pero, ¿en dónde radica la calidad característica del dieciochismo norteamericano? A mi entender radica en lo que me gustaría llamar su "racionalismo pragmático". Paradójicamente, esta cualidad ha sido oscurecida por el criterio de ciertos grupos norteamericanos contra la Revolución Francesa y posteriormente por los historiadores que asociaron equivocadamente a los norteamericanos con Burke. Los principales philosophes norteamericanos rechazaron de hecho el principio cardinal del conservadurismo de Burke: que las constituciones crecen, no se hacen. Para John Adams el pensamiento político fue siempre una "ciencia divina" y tuvo la certeza de que los hombres descubrirían siempre los "principios de la arquitectura política". Previno que esa arquitectura era un arte o misterio muy difícil de aprender y mucho más difícil de practicar", pero que los norteamericanos lo habían aprendido y practicado, por lo que en principio no era algo imposible. Los autores de Federalist Papers (este documento es para mí más característico del dieciochismo norteamericano que la Declaración de Independencia) distinguieron entre esquemas políticos utópicos y maquinaria política sensata pero nunca pusieron en duda que el estado podía llegar a ser un venturoso mecanismo que promoviera la libertad a la vez que reprimiera la anarquía de la pasión. A la frase favorita de Madison, "experimento político", debemos darle todo su valor; así como los hombres aprenden de la historia -que es como si dejáramos un registro de los experimentos venturosos y desastrosos-, así también pueden aprender de la experiencia real, del mismo modo que el físico aprende en el laboratorio. La frecuencia con que se dan las malas máquinas y lo difícil que es idear máquinas buenas no desanimó a los philosophes norteamericanos de tratar de ser newtonianos de la ciencia política -precisamente lo que Burke había denunciado como locura suprema e impía. Fue esta ciega confianza en la cooperación de la razón con la experiencia -confianza que Madison y Adams compartieron con Voltaire y Kant- lo que produjo el ciego optimismo de los philosophes norteamericanos que compartieron ampliamente con sus colegas de Europa. Se trata de un optimismo en que perdura o se incorpora una apreciación no muy generosa de la naturaleza humana. Mucho, demasiado a mi entender, se ha deducido del pesimismo calvinista u hobbesiano de los padres fundadores. Al igual que la mayoría de los philosophes de Europa, los padres fundadores sostenían que la pasión es despiadada y carente de dirección y que el pueblo, guiado por la pasión, carece de la sapiencia política para que pueda hacer funcionar debidamente la maquinaria política. Así pues, las instituciones son el superego público y su fin es restringir la voluntad apasionada para guiarla por cauces constructivos. La ciencia de la libertad exige represión, en bien de la libertad misma; la mezcla de elementos constitucionales, el equilibrio de las fuerzas políticas (conceptos tomados de la teoría política clásica, de la moderna sociología política y de la fantasía newtoniana) sería, según los padres fundadores, el método que se proporcionaría la conveniente mezcla de libertad y control. Su optimismo se basaba en su convicción de que el país era en esencia un experimento: el racionalismo pragmático y el optimismo exagerado son dos aspectos del mismo principio. John Adams expresó con particular acierto esta conjunción en una comunicación que escribió al conde Sarsfield en 1786: "Ha sido siempre mi obsesión ver surgir en los Estados Unidos un imperio de libertad y un

si no en talento intelectual al menos en grado oficial". Por lo tanto, como argumentaba Charles Elliott en The Ladies' Repository, ella debe someterse a él al menos en consideración del buen orden".<sup>36</sup> En The Ladies' Companion se citaba a una joven esposa diciendo con aprobación que no pensaba que la mujer debe "sentir y actuar por si misma" porque "cuando, cerca de Dios, su esposo no es tribunal en el cual apelan su corazón e intelecto- es roto el tazón dorado del afecto".<sup>37</sup> Las mujeres eran advertidas de que si alteraban esta cualidad alteraban el orden del universo.

The Young Lady's Book resumió la necesidad de las virtudes pasivas en las vidas de sus lectoras: "Sin embargo, es cierto que en cualquier situación de la vida en que esté colocada una mujer desde su cuna hasta su tumba, son exigidos de ella, un espíritu de obediencia y sumisión, docilidad de carácter y humildad de mente".<sup>38</sup>

La mujer entendía su posición si fue de la clase correcta de mujer, una verdadera mujer. "Ella se siente débil y tímida. Necesita un protector", manifestó George Burnap, en sus conferencias sobre The Sphere and Duties of Woman. "Ella es dependiente hasta cierto punto. Pide sabiduría, constancia, firmeza, perseverancia y está dispuesta a retribuirlo todo con la entrega del tesoro completo de sus cariños. La mujer menosprecia en el hombre todos sus rasgos excepto un corazón cariñoso. Es suficiente que ella sea femenina y débil; no desea que exista otra como ella".<sup>39</sup> O dicho aún más enfáticamente por Mrs. Sandford: "Una mujer realmente sensible siente su dependencia. Ella hace lo que puede, pero está consciente de su inferioridad y por lo tanto agradecida por el apoyo".<sup>40</sup>

No obstante, Mrs. Sigourney, aseguró a las señoritas que a pesar de que estaban separadas, ellas eran iguales. Esta diferencia de sexos no implicó inferioridad, porque era parte del mismo orden de la naturaleza establecida por El "que le ordena al roble encarar la furia de la tempestad y la flor alpina inclina su mejilla en el seno de las nieves perpetuas".<sup>41</sup> El Dr. Meigs tuvo una analogía diferente para considerar el mismo punto, contrastando la anatomía del Apolo de Belvedere (ilustrando el principio masculino) con la de la Venus de Médici (ilustrando el principio femenino). "La mujer" dijo el médico, con una especie de galantería clínica. "tiene una cabeza casi demasiado pequeña para el intelecto pero justo lo bastante grande para el amor".<sup>42</sup>

Este mismo amor debía ser pasivo y responsivo. "El amor en el corazón de una mujer" escribió Mrs. Farrar, "debe participar grandemente de la naturaleza de la gratitud. Ella debe amar, porque ella ya es amada por una persona que merece su consideración".<sup>43</sup>

La mujer debía trabajar en silencio, inadvertida como la Lucy del poeta Wordsworth. Sin embargo, "trabajando como la naturaleza, en secreto" su amor va más allá, al mundo "para regular sus latidos y mandar fuera de su corazón, en un flujo puro y templado, la corriente que da vida".<sup>44</sup> Ella estaba para trabajar solo por puro afecto, sin pensar en el dinero o la ambición. Un poema de Felicia Hemans, "Woman and Fame" muy citado en varios libros de regalo concluye con una renuncia animosa al don de la fama:

¡Fuera! para mí, la mujer trae flores  
fragantes de la primavera del afecto.<sup>45</sup>

"El verdadero genio femenino", dijo Grace Greenwood (Sara Jane Clark) "es siempre tímido, indeciso y adheridamente dependiente; una niñez perpetua". Y aconsejaba a las damas letradas en un ensayo sobre "The Intellectual Woman" (la mujer intelectual)

tual) -no pisoteen las flores mientras anhelan las estrellas".<sup>46</sup> La esposa que o cultaba sus propios talentos para trabajar por su esposo era elogiada como un ejemplo de una verdadera mujer. En Women of Worth: A Book for Girls, Mrs. Ann Floxman, una artista prometedora fue alabada porque se dedicó a alentar el talento de su esposo y a ayudarle en su ardua carrera".<sup>47</sup>

El consejo de Caroline Gilman para la novia pretendió establecer este orden característico desde el principio del matrimonio: "Oh, novia joven y hermosa vigila bien los primeros momentos cuando tu voluntad está en pugna con la de él, a quien Dios y la sociedad le han dado dominio. Respete sus deseos aun cuando no respete sus opiniones".<sup>48</sup>

La esposa perfecta de Mrs. Gilman en Recollections of a Southern Matron da cuenta que "los tres hilos de oro con los cuales está tejida la felicidad doméstica" son "reprimir la respuesta áspera, confesar una falta y detenerse en medio de la defensa propia (con razón o sin ella), tierna sumisión". La mujer podía hacerlo, aunque era difícil, porque en su corazón sabía que era correcto y así podía permitirse ser indulgente, aun una bagatela condescendiente. "Los hombres no son irrazonables" afirmó Mrs. Gilman, "Sus dificultades se encuentran en que no entienden la naturaleza moral y física de nuestro sexo. Ellos con frecuencia hieren por medio de la ignorancia y se sorprenden de haber ofendido". Las esposas eran aconsejadas para hacer lo mejor para reformar a los hombres, pero si no podían, para rendirse con gracia. "Si algún hábito suyo me molesta, le hablo de él una o dos veces. calmadamente, luego lo tolero calladamente".<sup>49</sup>

Una esposa debía ocuparse "solo de los asuntos domésticos -esperar hasta que su esposo le confiara aquellos de una gran importancia- y no dar su consejo hasta que él se lo pida", aconsejó The Lady's Token. En todo momento ella debía comportarse en una forma propia de una mujer, que no tenía "otras armas más que la apacibilidad". Así que "si el es abusivo, nunca replique".<sup>50</sup> Un Young Lady's Guide to the Harmonious Development of a Christian Character sugirió que las mujeres debían "llegar a ser como niñas pequeñas" y "evitar un espíritu problemático".<sup>51</sup> The Mother's Assistant and Young Lady's Friend enumeró "Conciliar siempre" como el primer precepto en las "Reglas para la felicidad conyugal y doméstica". Es poca la admiración en que estas mismas reglas terminaron con la máxima sucinta "No esperes demasiado".<sup>52</sup>

Como madre, o como esposa, a la mujer se le exigió someterse a su destino. En Letters to Mothers Mrs. Sigourney suspiró: "El esfuerzo continuo de nuestro sexo debe ser soportar con una mente paciente, los males y angustias que pueden ser asignadas a nosotras... Parece, ciertamente, que se espera de nosotras; ya que las virtudes pasivas y constantes están más inmediatamente dentro de nuestra esfera". De estas pruebas "la más dura fue la de soportar con sumisión la pérdida de los hijos", pero la invencible Mrs. Sigourney encontró fuerza y para susurrar a la madre afligida: "El Señor ama a una donadora alegre".<sup>53</sup> The Ladies' Parlor Companion en "A Submissive Mother" estuvo completamente de acuerdo en que una madre que había enterrado a dos hijos y estaba amamantando a un bebé agonizante, vió a su único hijo restante "probablemente escaldado a muerte". Entregando el niño para que muera en los brazos de una amiga, ella se sometió en dulce sumisión a un doble golpe". Pero el niño "sobrevivió por la bondad de Dios y la madre aprendió a decir 'Hágase tu voluntad'".<sup>54</sup>

La mujer entonces, aceptó la sumisión a su suerte en todos sus papeles. Era una suerte que ella no había escogido o merecido. Como dijo Godey's la mujer es obligada a aceptar la lección de la sumisión". Sin comentario o crítica el autor afirma que "callar bajo el sufrimiento parece el gran mandato que ella tiene que obedecer".<sup>55</sup> George Burnap se refirió a la vida de una mujer como "una serie de emociones reprimidas".

midas".<sup>56</sup> Ella fue, como dijo Emerson, más vulnerable, más débil y más mortal que el hombre".<sup>57</sup> La muerte de una mujer bella, apreciada en la novelística, representó a la mujer como una víctima inocente sufriendo sin dolor, demasiado pura y buena para este mundo pero demasiado débil y pasiva para resistir sus fuerzas malignas.<sup>58</sup> El mejor refugio para semejante criatura delicada era el calor y la seguridad de su hogar.

El lugar de la verdadera mujer era incuestionablemente su propio hogar -como hija, hermana pero sobre todo como esposa y madre. Por consiguiente entre las virtudes, la domesticidad era la más apreciada por las revistas de mujeres. "Como está constituida la sociedad", escribió Mrs. S. E. Farley, en "Domestic and Social Claims on Woman", "la verdadera dignidad y belleza del carácter femenino parece consistir en el correcto entendimiento y desempeño constante y alegre de sus obligaciones sociales y familiares".<sup>59</sup> Las Sagradas Escrituras reforzaban la presión social: "San Pablo sabía lo que era mejor para las mujeres cuando les aconsejó ser domésticas", dijo Mrs. Sandford. "Hay tranquilidad en el hogar; hay algo sedante en las obligaciones que comprimen el hogar. Proporcionan seguridad no solo del mundo sino de las decepciones y dolores de toda clase".<sup>60</sup>

Desde su hogar la mujer desempeñaba su gran tarea de devolver a los hombres a Dios. The Young Ladies' Class Book estaba seguro que "el hogar doméstico es el gran guardián de la sociedad contra los excesos de las pasiones humanas".<sup>61</sup> The Lady at Home (La mujer en el hogar) expresó sus convicciones en su título mismo y concluyó que "aún si nosotros no podemos reformar el mundo en un momento, podemos empezar el trabajo reformándonos nosotras y a nuestras familias. Es la misión de la mujer. No se le permite mostrar fuera de su pequeño círculo familiar los medios para producir reformas morales y sociales, pero empieza en el hogar".<sup>62</sup>

Se tuvo por deber que el hogar fuera un lugar placentero, de manera que los hermanos, esposos e hijos no irían a otra parte a buscar un rato agradable. Se esperaba que la mujer dispensara comodidad y alegría. Escribiendo la biografía de Margaret Mercer (una verdadera mujer en todo respecto) su biógrafo menciona: "Ella nunca olvidó que la esfera peculiar de la mujer es contribuir a la comodidad y promover la felicidad, primero que aquellos relacionados estrechamente con ella y luego de aquellos que por la Providencia de Dios están colocados en un estado de dependencia de ella".<sup>63</sup> Muchos otros ensayos en periódicos femeninos mostraron a la mujer como confortadora: "La mujer, la mejor amiga del hombre", "La mujer, el beneficio social más grande", "La mujer, un ser para regresar a casa", "La esposa: fuente de comodidad y la primera de la alegría".<sup>64</sup>

Una de las funciones más importantes de la mujer como confortadora fue su papel como enfermera. Su propia salud probablemente, aunque lamentablemente, fue delicada.<sup>65</sup> Muchos hogares tuvieron "pequeñas víctimas", aquellos niños pálidos que se consumían hacia muertes piadosas. Y había otras enfermedades de la juventud y la ancianidad, graves y leves, suficientes para darle experiencia en enfermería a la mujer norteamericana del siglo XIX. El cuarto del enfermo requería del uso de sus más altas cualidades de paciencia, compasión y bondad así como de sus artes de ama de casa. Ella pudo así cumplir con su doble función femenina -belleza y utilidad-

Los libros de recetas de cocina del período ofrecen fórmulas para gotas de cordial, unguentos para pezones adoloridos, remedios para el hipo y la tos, píldoras y bebidas refrescantes para la fiebre conjuntamente con recetas de bizcocho de pasas, rosquillas, cabeza de ternero estofada y vino de grosella.<sup>66</sup> The Ladies' New Book of Cookery opinó "que la comida preparada por la clase de mano de una esposa, madre, hermana, amiga" sabe mejor y tiene un "poder restaurativo que el dinero no puede comprar".<sup>67</sup>

Un capítulo de The Young Lady's Friend estaba dedicado al privilegio de la mujer como "espíritu asistente en el lecho del enfermo". Mrs. Farrar recomendó una dulce voz, manos suaves y limpias y alegre sonrisa. Ella también previno contra un exceso de delicadeza femenina. Todo eso estaba bien para una señorita en la sala pero no para el trato atento con el enfermo. Las sanguijuelas, por ejemplo, eran consideradas como "una pieza curiosa de un mecanismo... sus rayas ornamentales de ben recomendarlas aún para el ojo y sus servicios valiosos a nuestros sentimientos". Y siguió adelante calmadamente para discutir su uso. Tampoco las mujeres iban a evadir la terminología médica ya que "si ustedes cultivan visiones correctas de la estructura maravillosa del cuerpo, ustedes estarán tan dispuestas a hablar a un médico de los intestinos como del juicio de su paciencia".<sup>68</sup>

El asistir a los enfermos, particularmente a los enfermos varones, no solo hizo sentirse a una mujer útil y realizada sino que aumentó su influencia. En una muestra de humor tosco, un hombre confesó en Godey's que algunas mujeres solo eran felices cuando sus esposos eran enfermizos y podían tener la alegría de asistirlos para que se recuperaran, "complaciendo así la vanidad médica y su amor por el poder haciendolo más dependiente de ellas".<sup>69</sup> En una manera similar un esposo a veces sospechaba que su esposa "casi me desea muerto -por el placer de ser totalmente insoluble".<sup>70</sup>

En el hogar las mujeres no eran solo el máximo adorno de la civilización, también se supuso que se mantendrían ocupadas en tareas moralmente edificantes. Afortunadamente la mayor parte de los quehaceres domésticos, si se miran en una verdadera manera femenina, pueden ser considerados como edificantes. Mrs. Sigourney elogió sus virtudes: "La ciencia del manejo de la casa proporciona ejercicio para el juicio y la energía de la diestra memoria y la paciente serenidad que son las características de una mente superior".<sup>71</sup> De acuerdo con Mrs. Farrar, hacer las camas era un buen ejercicio, la repetición de las tareas diarias inculcaban paciencia y perseverancia y el manejo propio del hogar era un arte sorprendentemente complejo "Hay más para ser aprendido acerca de verter el café y el té que lo que la mayoría de las señoritas están dispuestas a creer".<sup>72</sup> Godey's llegó hasta sugerir afectadamente, en "Learning vs. Housewifery", que los dos eran complementarios, no opuestos: la química podía ser utilizada para cocinar, la geometría en dividir la tela y la frenología para descubrir el talento de los niños.<sup>73</sup>

Las mujeres estaban para dominar toda la variedad de bordado, ya que como señaló Mrs. Sigourney, "el bordado en todas sus formas de uso, elegancia y adorno, ha sido siempre la ocupación propia de la mujer".<sup>74</sup> El bordado mejoraba el gusto, el tejido fomentaba la serenidad y la economía.<sup>75</sup> Otras formas de artesanía fina para sus momentos de ocio incluían pintura sobre vidrio o terciopelo, trabajo Poonah, (pintar flores y pájaros en un estilo del oriente), marcos para su propio punto de aguja o acuarelas, pies para jacintos, brazaletes para el pelo o canastas de plumas.<sup>76</sup>

Se esperaba que tuviera afinidad especial con las flores. Para los editores de The Lady's Token, "Una mujer nunca parecía más verdaderamente en su esfera que cuando dividía su tiempo entre sus ocupaciones domésticas y el cultivo de las flores."<sup>77</sup> Ella podía escribir cartas, una actividad particularmente femenina ya que tenía que hacerlo con las efusiones del corazón,<sup>78</sup> o practicar sus habilidades de salón de canto o tocar un instrumento, y hasta podía leer.

En este punto afrontó un complejo conjunto de consejos. La mujer era peligrosamente adicto a las novelas, de acuerdo con la literatura del período. Debía evitarlas ya que interferían con su "seria religiosidad". Si ella simplemente no podía resis-

tir y de todos modos las leía, debía escoger las edificantes de autores moralmente aceptables. Debía estudiar historia puesto que "mostraba la depravación del corazón humano y la naturaleza maligna del pecado". En general, "era mejor la biografía religiosa".<sup>79</sup>

Las mismas revistas femeninas podían ser leídas sin ninguna pérdida del interés por el hogar. Godey's prometió al esposo que encontraría a su esposa "no menos asidua en su recibimiento ni menos sincera en darle la bienvenida a su regreso" como un resultado de leer su revista.<sup>80</sup> The Lily of the Valley ganó el derecho de ser admitido en el saloncito de la señora confesando que era "como su homónimo, sumisa y sencilla, pero es todavía pura y, nosotros confiamos, libre de imperfecciones morales".<sup>81</sup>

No importa lo que afirmaron después las autoridades, el siglo XIX supo que las jóvenes podían ser arruinadas por un libro. Los relatos de las seducciones consideran "los libros excitantes y peligrosos" como causas contribuyentes del desastre. El hombre sin intenciones honorables siempre proporciona a la inocente doncella libros semejantes como un preludio al asalto sobre su virtud.<sup>82</sup> Los libros que atacaban o parecieron atacar el lugar aceptado de la mujer en la sociedad eran considerados como igualmente peligrosos. Un crítico de Society in America de Harriet Martineau deseó excluirla de las manos de la mujer norteamericana. Ellas eran muy susceptibles a la persuasión con sus "naturalezas dulces y complacientes" que pueden escuchar "los atrevidos desvaríos de las facciones duras de su propio sexo". El resultado temido: tal lectura les alteraría el verdadero puesto y actividades, y echaría al mundo nuevamente atrás, a la confusión.<sup>83</sup>

El debate sobre la educación de la mujer formuló la pregunta de si una educación "completa" disminuiría la práctica de las artes domésticas. Otra vez probó ser un caso de semántica, ya que la educación de la verdadera mujer nunca estaba "completa" hasta que era instruida en la dulce ciencia del ama de casa.<sup>84</sup> Helen Irving escribiendo sobre "Literary Woman", dejó muy claro que si las mujeres llamaban a la musa, era como un genio de la lámpara de doméstica. "Si las necesidades de su posición le imponían en sus manos estas obligaciones, ella las desempeñará, no obstante, alegremente porque ella se sabe capaz de cosas superiores." La mujer letrada debe someterse a las mismas normas de cualquier otra mujer: "Que su hogar sea hecho un lugar bello de descanso y alegría y comodidad para aquellos que son muy queridos por ella, será el primer deseo en el corazón de una mujer verdadera"<sup>85</sup> Mrs. Ann Stephens dijo a las mujeres que escribía que no sacrificaran ninguna obligación doméstica "Como por talento, hazla una planta doméstica. Permite a sus raíces penetrar profundo en tu casa..."<sup>86</sup>

El temor a las "medias azules" (término de burla en el siglo dieciocho para las mujeres educadas o letradas) no necesitó persistir en los hombres norteamericanos del siglo XIX. Las revistas presentaban diálogos ficticios en los cuales los solteros eran convencidos de su error en temer a las esposas educadas. Uno de tales diálogos tuvo lugar entre un hombre joven y su prima. Ernest desaprobaba a las damas instruidas ("Una mujer es mucho más adorable que una filósofa") pero Alice lo rebatió con el brillante ejemplo de su tía Bárbara, quien "aunque ha cometido el horrible crimen de escribir una media docena de libros" sigue siendo un modelo "del espíritu de la bondad femenina". Avivada su memoria, ¡por Dios!, Ernest reconoce que ella había sido una mujer: "Cuando tuve un resfrío ultimamente ella me hizo una botella de jara-be para la tos, pero cuando me quejé de no tener nada nuevo para leer, se sentó a trabajar y escribió unas veinte estrofas sobre el catarro."<sup>87</sup>

Las revistas estaban llenas de tragedias domésticas en las cuales jóvenes engraidas aprendieron que la pintura francesa y china no eran muy útiles cuando había un hombre hambriento que alimentar. De acuerdo a estas muchas historias el matrimonio es arriesgado porque la esposa no ha aprendido a cuidar su casa. Harriet Beecher Stowe escribió un alegre fragmento de experiencia personal para Godey's, ridiculizando su propio mal manejo de la casa como novia. Ella utilizó el mismo tema en una historia, "The Only Daughter", en la cual la belleza mimada aprende las realidades de la vida doméstica de una fuente más difícil, su suegra. Mrs. Hamilton le dice a Caroline en la forma más dulce posible que trabaje mejor en la cocina, guardando su reproche para su hijo: "Tú eres su esposo --su guía-- su protector-- ahora mira que puedes hacer", le amonesta. "Dale confianza en cada esfuerzo, trata sus faltas con ternura, estimula y elogia siempre que puedas y dependiendo de eso, verás a otra mujer en ella". El es adecuadamente doméstica y en pocos meses Caroline está haciendo salsa sin grumos y tiene terminado el zurcido. La tranquilidad doméstica ha sido restablecida y la joven esposa saca la moraleja: "Crie a la joven para sentir que ella tiene una parte responsable que cargar en promover la felicidad de la familia y al mismo tiempo crea un ser reflexivo en ella y remueve la ligereza y frivolidad de carácter que la hace huir de los estudios más importantes".<sup>88</sup> Estas historias terminan con la heroína secándose las manos en su delantal y prometiendo solemnemente que su hija será educada adecuadamente en hacer concha de pastel así como en trabajo Poonah.

Las academias femeninas estaban siempre listas a defenderse contra cualquier sospecha de interferencia con el papel que la naturaleza de Dios había asignado a las mujeres. Ellas esperaban extender y profundizar ese papel pero no cambiar su medio. En el Young Ladies' Seminary and Collegiate Institute en Monroe City, Michigan, el catálogo admitió que pocas de sus graduadas probablemente iban a "llenar las profesiones eruditas". Sin embargo, estarían llamadas a "otras escenas de utilidad y honor". La mujer promedio está para ser "el genio dirigente del amor" en el hogar, donde ella está para "dar un correcto y elevado gusto literario a sus hijos y para asumir ese influyente sitio que ella debe poseer como la compañera de un hombre educado".<sup>89</sup>

En la famosa escuela de Miss Pierce en Litchfield las estudiantes aprendían que ellas habían "alcanzado la perfección de sus caracteres cuando podían combinar sus habilidades elegantes con un volver a las sólidas virtudes domésticas".<sup>90</sup> Mt. Holyoke pagó un piadoso tributo a sus habilidades domésticas: "Permita a una señorita desdeñar esta rama de los deberes --e una mujer y ella desdeñará los oficios de su existencia". Dios, la naturaleza y la Biblia "ordenan esas obligaciones sobre el sexo y ella no puede violarlas con impunidad". Así prevenida, la señorita tendría que buscar el conocimiento de estas obligaciones en otra parte debido a que no estaba en el curriculum de Mt. Holyoke. "No tomaremos este privilegio de la madre".<sup>91</sup>

Una razón para conocer su sitio en torno a la cocina era que Estados Unidos era una tierra de fortunas precarias, como lo señaló Lydia María Child en su libro The Frugal Housewife: Dedicated to Those Who Are Not Ashamed of Economy. El capítulo de Mrs. Child, "How to Endure Poverty" prescribió una combinación de devoción y conocimiento -- el tipo de conocimiento encontrado en la educación de una verdadera mujer, "una educación religiosa útil de principio a fin".<sup>92</sup> Una mujer que tenía sirvientes hoy, mañana, por una depresión o un pánico, podría ser obligada a hacer su propio trabajo. Si eso sucedía, ella sabía como actuar, puesto que estaba para ser la misma alegre confortadora de su esposo, lo mismo en una cabaña que en una mansión.

Un ensayo de Washington Irving, muy citado en los anuarios de regalos, discutía el valor de una esposa en caso de reveses en los negocios: "He observado que un hombre casado cayendo en el infortunio está más apto para alcanzar el éxito en la situación

en el mundo, más que uno soltero... está hermosamente ordenado por la Providencia, que la mujer, que es el ornamento del hombre en sus horas más felices, debe ser su apoyo y consuelo cuando es afectado por una súbita calamidad"<sup>93</sup>

Una historia titulada simple pero elocuentemente "The Wife" versaba sobre el callado heroísmo de Ellen Graham durante el salto de su esposo de la fortuna a la pobreza. Neil Graham decía de ella: "Las palabras son demasiado pobres para decirle lo que le debo a esa noble mujer. En nuestros momentos más oscuros de adversidad, ella ha sido un ángel de consuelo -olvidándose completamente de sí y ansiosa solo de confortarme y apoyarme". Por supuesto ella tuvo un poco de ayuda de la "fiel Dinah que rechazó absolutamente dejar a su amada señora", pero aún así Ellen no hizo más de lo que se esperaba de cualquier mujer verdadera.<sup>94</sup>

La mayor parte de este consejo estaba dirigido a la mujer como esposa. El matrimonio era el estado adecuado para desempeñar sus virtudes domésticas. "True Love and a Happy Home", un ensayo en The Young Ladies' Oasis pudo haber sido tallado en el baúl del ajuar de toda joven.<sup>95</sup> Pero aunque el matrimonio era lo mejor, no era absolutamente necesario. Las revistas de mujeres intentaban quitar el estigma de ser una "solterona". Aconsejaron la soltería como una mejor opción a un matrimonio infeliz o a más que uno concertado por motivos egoístas.<sup>96</sup> Sus historias ponían como ejemplo a damas solteras como servidoras generosas de los enfermos, maestras de los jóvenes o preceptoras morales con sus plumas, amadas por todo el pueblo. Usualmente la vida de una soltera feliz era el resultado de la muerte prematura de un prometido o escogida a través de la fidelidad de alguna elevada misión. Por ejemplo, en "Two Sisters", Mary se dedica a Ellen y a sus niños abandonados, renunciando a su propia oportunidad de matrimonio. "Su devoción a la felicidad de su hermana ha encontrado su recompensa en la consciencia de haber realizado una obligación sagrada".<sup>97</sup> Muy rara vez, una "mujer de talento" era absuelta de la necesidad del matrimonio, siendo tan extraordinario que ella no necesitara de la seguridad o status de ser una esposa.<sup>98</sup> No obstante, con más frecuencia, si las jóvenes resultaban ser "difíciles", el matrimonio y una familia eran considerados como un remedio.<sup>99</sup> Se podría contar con la "cualidad sedante" de un hogar para dominar aún a los espíritus más inquietos.

George Burnap veía el matrimonio como "esa esfera para la cual fue originalmente destinada la mujer y para la cual está tan exactamente capacitada para adornarla y bendecirla, como la esposa, la señora de la casa. el consuelo, la ayuda y el consejero de él; el mundo tiene consecuencia para ella solo en beneficio de él"<sup>100</sup>. Samuel Miller predicó un sermón sobre las mujeres:

Cuán interesantes e importantes son los deberes recaídos sobre las mujeres como esposas... la consejera y amiga del esposo; quien hace su diligencia diaria para aliviar las preocupaciones de él, mitigar sus dolores y aumentar sus alegrías; quien como un ángel guardián vigila sus intereses, le previene contra los peligros, lo conforta durante sus tribulaciones y su comportamiento piadoso, asiduo y atractivo, constantemente se esfuerza en presentarse a él más virtuosa, más útil, más honorable y más feliz.<sup>101</sup>

Todo el interés de la mujer debía centrarse en su esposo, pagándole a él "aquellas innumerables atenciones a las que los franceses dan el nombre de petit soins y las cuales sabe pagar muy bien la mujer que él ama... ella no debe considerar como trivial nada que podría ganar una sonrisa de aprobación de él".<sup>102</sup>

El matrimonio no era visto solo en términos de servicio sino como un aumento en la autoridad de la mujer. Burnap concluyó que el matrimonio mejora el carácter femenino

no "no solo porque la pone bajo la mejor enseñanza, la de los afectos y proporciona campo de acción a sus activas energías, sino porque le da sus metas más altas y una posición más digna".<sup>103</sup> The Lady's Amaranth vió esto como un balance de poder. "El hombre tiene el gobierno sobre la persona y la conducta de su esposa. Ella tiene gobierno sobre sus inclinaciones: el gobierna por ley; ella por persuasión... El imperio de la mujer es un imperio de suavidad... sus órdenes son caricias, sus amenazas son lágrimas".<sup>104</sup>

La mujer debía casarse, pero no por dinero. Ella debía escoger solo el camino pleno del amor y no someterse servilmente a los valores de una sociedad materialista. Una historia, "Marrying for Money" (la sutileza no fue el punto fuerte de las revistas de damas), describe a Gertrude, la heroína, lamentando el día que hizo su torpe escogencia: "Es una cosa terrible vivir sin amor. ... Una mujer que se atreve a casarse por alguna cosa en vez del más puro afecto llama a los justos juicios del cielo sobre su cabeza".<sup>105</sup>

El corolario del matrimonio, con o sin verdadero amor, era la maternidad, que agregaba otra dimensión a su utilidad y su prestigio. También la sujetaba aún más firmemente al hogar. "Mi amiga", escribió Mrs. Sigourney, "si al convertirse en madre, usted ha alcanzado el climax de su felicidad, usted también ha tomado un lugar más alto en la escala del ser... usted ha ganado un aumento de poder".<sup>106</sup> El Reverendo J.N. Danforth suplicó en The Ladies' Casket, "Oh, madre desempeñate bien en tu humilde esfera, ya que podrías afectar el mundo".<sup>107</sup> Naturalmente una verdadera mujer amaba a sus hijos; sugerir lo contrario era monstruoso.<sup>108</sup>

Estados Unidos dependía de sus madres para levantar una generación completa de estadistas cristianos que pudieron decir "todo lo que soy se lo debo a mi angelical madre". Las madres debían realizar el inculcamiento de la virtud, puesto que los padres, ¡qué pena!, estaban demasiado ocupados persiguiendo el dólar. O como lo dijo más efusivamente The Ladies' Companion, el padre "fatigado con el calor y la carga del día de verano de su vida, o pisoteando con su renuente pie las hojas podridas del otoño de su vida, ha olvidado las simpatías del alegre tiempo de primavera de la vida... La adquisición de riqueza, el progreso de sus hijos en el honor mundano -esas son sus tareas asumidas por sí mismo. Fue su esposa quien formó "la mente del niño como todavía no contaminada con el mal... como arcilla bajo la mano creativa de su madre".<sup>110</sup>

The Ladies' Wreath ofreció un premio de cincuenta dólares a la mujer que presentara el ensayo más convincente sobre "How May an American Woman Best Show Her Patriotism" (como la mujer norteamericana puede mejor mostrar su patriotismo). La ganadora fue Elizabeth Wetherell, que se proveyó con un esposo en la respuesta. La esposa en este ensayo por supuesto preguntó la opinión de su esposo. Primero trató con unos pocos chistes -"llama a tu hijo mayor George Washington", "No hables francés, habla norteamericano"- pero luego pasa a decirle en una verdad solemne, lo que las mujeres podían hacer por su país. El derecho a votar no sería en beneficio de ella, ya que solo resultaría en un gran aumento de la confusión y los gastos sin afectar en menor grado el resultado. Además, continuó este oráculo, "mirando a su hijo", si "nosotros fuéramos a ir un paso más adelante y le permitimos votar a los niños, su primer acto será votar porque sus madres se queden en casa. No hay comentario sobre esta lógica masculina abrumadora y continúa: "la mayor parte de las mujeres seguirá la guía de sus padres y esposos" y otras que "se saldrán por la tangente de la influencia del círculo familiar se compensarán mutuamente".

La esposa responde obediente. "Veo todo eso . Nunca antes lo entendí tan bien". Estimulada por su pronta perfección femenina, la señora de la casa resuelve la cues-

ción: una mujer norteamericana muestra mejor su patriotismo quedándose en el hogar, donde ella lleva su influencia para relacionarse "con el lado correcto del bienestar del país". El no tiene duda que esa mujer instintivamente va a escoger el lado correcto. Además de su "refinamiento natural y cercanía a Dios" ella tiene la "ventaja bendita de una vida tranquila", en tanto que el hombre está expuesto al conflicto y al mal. Ella se queda en casa con "su Biblia y su mente bien equilibrada" y cría a sus hijos para ser buenos norteamericanos. Los jueces se regocijaron con esta conclusión y pagaron el dinero del premio alegremente, señalando que "ellos lo consideraron barato en el precio".<sup>111</sup>

Si alguna mujer preguntaba por el campo de acción mayor de sus talentos las revistas eran severamente críticas. Semejantes mujeres estaban alterando la sociedad, socavando la civilización. Mary Wollstonecraft, Frances Wright y Harriet Martineau fueron condenadas en el lenguaje más fuerte posible -fueron expulsadas del sexo. Ellas solo fueron medio-mujeres, hermafroditas mentales. El Reverendo Harrington consideró que las mujeres de Estados Unidos probablemente no podían aprobar tales perversiones y fue a algunas esposas y madres a preguntar si deseaban "una esfera de interés más amplia" como reclamaban esas no-mujeres. Su respuesta fue tranquilizadora. "¡No!" exclamaron simultáneamente. Dejemos a los hombres cuidar de la política, "¡nosotros cuidaremos de los niños!". De nuevo el descontento femenino resultó solo en una falta de entendimiento: las mujeres no eran subordinadas, más bien "recipientes escogidos". Miradas en este luz, la conclusión fue inevitable: "Noble, sublime es la tarea de la madre norteamericana".<sup>112</sup>

"Los derechos de la mujer" significarán una cosa para los reformadores, pero completamente otra para la verdadera mujer. Ella conoció sus derechos,

El derecho a amar a quienes otros desprecian,  
 El derecho a consolar y llorar,  
 El derecho a derramar nueva alegría sobre la tierra,  
 El derecho a sentir el valor elevado del alma

Tales son los derechos de la mujer y Dios bendecirá  
 y coronará con éxito a sus defensores.<sup>113</sup>

La mujer norteamericana tenía su elección -podía definir sus derechos a la manera de las revistas de mujeres y asegurarlos en la práctica de las virtudes indispensables, o podía salir del hogar buscando otras retribuciones más que amor. Era una decisión sobre la cual, se le dijo, dependía todo en su mundo. "Tuyo es para decidir", solemnemente advirtió desde el púlpito, el reverendo Mr. Stearns, "si el bello orden de la sociedad continuará como ha estado" o si "se romperá y se convertirá en un caos de elementos desarticulados y desagradables".<sup>114</sup> Si escogía escuchar las otras voces en vez de la de sus propios mentores, buscar otros sitios en lugar de los de su hogar, perdía su felicidad y su poder -"ese poder casi mágico, el cual, ahora ejerce sobre los destinos del mundo, en su propia esfera".<sup>115</sup>

Pero aún cuando las revistas de mujeres y la literatura relacionada fomentaron el ideal de la mujer perfecta, en el siglo XIX estuvieron trabajando fuerzas que obligaron a la misma mujer a cambiar, a desempeñar un papel más creativo en la sociedad. Los movimientos de reforma social, la migración al oeste, la actividad misionera, las comunidades utópicas, el industrialismo, la Guerra Civil -doto originó en la mujer respuestas que diferían de aquellas en que fue educada para creer que eran suyas por decreto natural y divino. Por otra parte, la misma perfección de la verdadera feminidad, llevó dentro de sí misma las semillas de su propia destrucción. Ya que

si la mujer era poco menos que los ángeles, seguramente debía tomar una parte más activa en la dirección del mundo, especialmente porque los hombres estaban haciendo semejante lío de las cosas.

Las mujeres reales con frecuencia sentían que ellas no cumplían con el ideal de la verdadera feminidad: algunas de ellas se culpaban, algunas desafiaban la norma, otras trataron de conservar las virtudes y aumentar el campo de acción de la feminidad. De una u otra manera a través de esta mezcla de desafíos y aceptación, de cambio y continuidad, la verdadera mujer evolucionó hacia la nueva mujer -una transformación tan sorprendente en su forma como la abolición de la esclavitud y la llegada de la etapa del maquinismo. Y todavía el estereotipo, la "mística", si se quiere, de lo que la mujer era y debía ser persiste, trayendo culpabilidad y confusión en medio de la oportunidad.<sup>117</sup>

Las revistas de mujeres y la literatura relacionada habían tenido esta verdadera dislocación de los valores y confusión de los roles. Con una manipulación cuidadosa y una interpretación, buscaron convencer a la mujer de que ella tenía lo mejor de ambos mundos -poder y virtud- y que el orden estable de la sociedad dependía de su permanencia en su lugar tradicional en ella. Con ese fin fue identificada con todo lo que era bello y santo.

¿Quién puede encontrar una mujer valiente? fue preguntado frecuentemente desde el púlpito y las páginas editoriales. Solo hubo un lugar para buscar por ella -en casa. Clara y confidencialmente estas autoridades proclamaron a la verdadera mujer del siglo XIX para ser la mujer valiente de la Biblia, en cuyo corazón se regocija su esposo y cuyo precio era superior al de los rubíes.

<sup>1</sup> Los autores que emprendieron el tema de la mujer a mediados del siglo diecinueve usaron esta frase tan frecuentemente como los escritores sobre la religión mencionaron a Dios. Ningun grupo sintió necesario definir sus términos favoritos; simplemente asumieron -- con cierta justificación -- que los lectores intuitivamente entenderían exactamente que significaban. Con frecuencia lo que la gente de un período dió por sentado es más sorprendente y revelador para el investigador de otro. En un sentido este análisis de la mujer ideal de mediados del siglo XIX es un examen de lo que los escritores de ese período realmente quisieron decir cuando usaron tan confiadamente la frase imprecisa verdadera feminidad.

<sup>2</sup> Las conclusiones alcanzadas en este artículo están basadas en un estudio de casi todas las revistas de mujeres publicadas por más de tres años durante el período 1820-1860 y una muestra de aquellas publicadas por menos de tres años; todos los libros de regalos citados en Ralph Thompson, American Literary Annuals and Gift Books, 1825-1865 (New York, 1936), depositados en the Library of Congress, the New York Public Library, the New York Historical Society, Columbia University Special Collections, Library of the City College of the University of New York, Pennsylvania Historical Society, Massachusetts Historical Society, Boston Public Library, Fruitlands Museum Library, the Smithsonian Institution y the Wisconsin Historical Society; cientos de versículos y sermones religiosos en la American Unitarian Society y la Galatea Collection of the Boston Public Library; y la gran colección de libros de recetas de cocina del siglo diecinueve en la New York Public Library, la Academy of Medicine of New York. La evidencia corroborativa no citada en este artículo fue encontrada en diarios, memorias, autobiografías y documentos personales de mujeres, así como en todas las novelas de mujeres que vendieron más de 75,000 copias durante este período como las citadas en Frank Luther Mott, Golden Multitudes: the Story of Best Sellers in the United States (New York, 1947) y H. R. Brown, The Sentimental Novel in America, 1789-1860 (Durham, N.C., 1940). Esta última información también indica el efecto del culto a la verdadera femineidad en las interesadas más directamente.

<sup>3</sup> Como en "The Bachelor's Dream," en The Lady's Gift: Souvenir for All Seasons (Nashua, N.H., 1849), p. 37.

<sup>4</sup> The Young Ladies' Class Book: A Selection of Lessons for Reading in Prose and Verse, ed. Ebenezer Bailey, Principal of Young Ladies' High School, Boston (Boston, 1831), p. 168.

<sup>5</sup> A Lady of Philadelphia, The World Enlightened, Improved, and Harmonized by Woman!! Una conferencia, dictada en la ciudad de New York ante la Young Ladies' Society for Mutual Improvement, sobre la siguiente pregunta, planteada por la sociedad con la oferta de \$100 por la mejor conferencia que debía ser leída ante ello sobre el tema propuesto: ¿Cuál es la fuerza e influencia de la mujer en el moldeamiento de los modales, lo moral y los hábitos de la sociedad civil? (Philadelphia, 1840), p. 1.

<sup>6</sup> The Young Ladies' Book: A Manual of Elegant Recreations, Exercises, and Pursuits (Boston, 1830), p. 29.

<sup>7</sup> Woman as She Was, Is, and Should Be (New York, 1849), p. 206.

<sup>8</sup> "The Triumph of the Spiritual over the Sensual: An Allegory," en Ladies' Companion: A Monthly Magazine Embracing Every Department of Literature, Embellished with Original

Engravings and Music (New York), XVII (1842), 67.

<sup>9</sup>Lecture on Some of the Distinctive Characteristics of the Female, dictada ante la clase del Jefferson Medical College, enero 1847 (Philadelphia, 1847), p. 13.

<sup>10</sup>"Female Education," Ladies' Repository and Gatherings of the West: A Monthly Periodical Devoted to Literature and Religion, I (Cincinnati), 12.

<sup>11</sup>Woman, in Her Social and Domestic Character (Boston, 1842), pp. 41-42.

<sup>12</sup>Second Annual Report of the Young Ladies' Literary and Missionary Association of the Philadelphia Collegiate Institution (Philadelphia, 1840), pp. 20-26.

<sup>13</sup>Mt. Holyoke Female Seminary: Female Education. Tendencies of the Principles Embraced, and the System Adopted in the Mt. Holyoke Female Seminary (Boston, 1839), p. 3.

<sup>14</sup>Prospectus of the Young Ladies' Seminary at Bordertown, New Jersey (Bordertown, 1836), p. 7.

<sup>15</sup>Catalogue of the Young Ladies' Seminary in Keene, New Hampshire (s.l., 1832), p. 20.

<sup>16</sup>"Report to the College of Teachers, Cincinnati, Octubre, 1840" en Ladies' Repository, I (1841), 50.

<sup>17</sup>Woman's Record: or Sketches of All Distinguished Women from 'the Beginning' Till A.D. 1850 (New York, 1853), pp. 665, 669.

<sup>18</sup>"Female Irreligion," Ladies' Companion, XIII (mayo-oct. 1848), 111.

<sup>19</sup>The Lady's Book of Flowers and Poetry, ed. Lucy Hooper (New York, 1842), tiene un "diccionario floral" queda los significados simbólicos de las ofrendas florales.

<sup>20</sup>Ver por ejemplo, Nathaniel Hawthorne, The Blithedale Romance (Boston, 1852), p. 71, en el cual Zenobia dice: ¿Cómo puede ello ser feliz, después de descubrir que el destino le ha asignado un único evento, en el cual ello debe ingenierse para hacer la esencia de toda su vida? Un hombre tiene su alternativa en innumerables eventos."

<sup>21</sup>Mary R. Beard, Woman as Force in History (New York, 1946), hace este punto un poco largo. De acuerdo con el derecho consuetudinario, una mujer no tenía existencia legal una vez que se casaba y por lo tanto no podía administrar propiedades, iniciar juicios en la corte, etc. En las décadas de 1840 y 1850 en varios estados se aprobaron leyes para corregir esta situación.

<sup>22</sup>Excellency of the Female Character Vindicated: Being an Investigation Relative to the Cause and Effects on the Encroachments of Men Upon the Rights of Women, and the Too Frequent Degradation and Consequent Misfortunes of the Fair Sex (New York, 1807), pp. 277, 278.

<sup>23</sup>By a Lady (Eliza Ware Rotch Farrar), The Young Lady's Friend (Boston, 1837), p. 293.

<sup>24</sup>Girlhood and Womanhood: or, Sketches of My Schoolmates (Boston, 1844), p. 140.

<sup>25</sup>Emily Chubbuck, Alderbook (2nd ed.; Boston, 1847), II, 121, 127.

<sup>26</sup>Woman and Her Era (New York, 1864), p. 95.

- <sup>27</sup>"The Two Lovers of Sicily," The Lady's Amaranth: A Journal of Tales, Essays, Excerpts - Historical and Biographical Sketches, Poetry and Literature in General (Philadelphia), II (enero, 1839), 17.
- <sup>28</sup>The Young Man's Guide (Boston, 1833), pp. 229, 231.
- <sup>29</sup>Female Influence: and the True Christian Mode of Its Exercise; a Discourse Delivered in the First Presbyterian Church in Newburyport, July 30, 1837 (Newburyport, 1837), p. 18.
- <sup>30</sup>W. Tolles, "Woman the Creature of God and the Manufacturer of Society," Ladies' Wreath (New York), III (1852), 247.
- <sup>31</sup>Prof. William M. Heim, "The Bloomer Dress," Ladies' Wreath, III (1852), 247.
- <sup>32</sup>The Young Lady's Offering: or Gems of Prose and Poetry (Boston, 1853), p. 283. La joven norteamericana, cuya inocencia con frecuencia fue asociada con la ignorancia, fue el antepasado espiritual de la heroína de Henry James. Daisy Miller, como Lucy Dutton, vió que la inocencia la llevó a la tragedia.
- <sup>33</sup>The Mother's Book (Boston, 1831), pp. 151, 152.
- <sup>34</sup>Mrs. L. H. Sigourney, Whisper to a Bride (Hartford, 1851), en el cual el enfoque de la señora Sigourney está resumido en esta cita: "¡Hogar! Novia feliz, tú estás a punto de entrar en este santuario y convertirte en una sacerdotisa en su altar!", p. 44.
- <sup>35</sup>S. R. R., "Female Charms," Godey's Magazine and Lady's Book (Philadelphia), XXXIII (1846), 52.
- <sup>36</sup>Charles Elliott, "Arguing with Females," Ladies' Repository, I (1841), 25.
- <sup>37</sup>Ladies' Companion, VIII (enero 1838), 147.
- <sup>38</sup>The Young Lady's Book (New York, 1830), American edition, p. 28. (Este es un libro diferente de uno del mismo título y fecha de publicación citado en la nota 6.)
- <sup>39</sup>Sphere and Duties of Woman (5th ed., Baltimore, 1854), p. 47.
- <sup>40</sup>Woman, p. 15.
- <sup>41</sup>Letters to Young Ladies (Hartford, 1835), p. 179.
- <sup>42</sup>Lecture, p. 17.
- <sup>43</sup>The Young Ladies' Friend, p. 313.
- <sup>44</sup>Maria T. McIntosh, Woman in America: Her Work and Her Reward (New York, 1850), p. 25.
- <sup>45</sup>Poems and a Memoir of the Life of Mrs. Felicia Hemans (London, 1860), p. 16.
- <sup>46</sup>Letter "To an Unrecognized Poetess, June, 1846" (Sara Jane Clarke), Greenwood Leaves (2nd ed.; Boston, 1850), p. 311.
- <sup>47</sup>"The Sculptor's Assistant: Ann Flaxman," en Women of Worth: A Book for Girls (New York, 1860), p. 263.

- 48 Mrs. Clorissa Packard (Mrs. Caroline Howard Gilman), Recollections of a House-keeper (New York, 1834), p. 122.
- 49 Recollections of a Southern Matron (New York, 1838), pp. 256-257.
- 50 The Lady's Token: or Gift of a Friendship, ed. Colesworth Pinckney (Nashua, N.H., 1848) p. 119.
- 51 Harvey Newcomb, Young Lady's Guide to the Harmonious Development of Christian Character (Boston, 1846), p. 10.
- 52 "Rules for Conjugal and Domestic Happiness," Mother's Assistant and Young Lady's Friend (Boston, III (Abril 1843), 115.
- 53 Letters to Mothers (Hartford, 1838), p. 199. En los diarios y cartas de las mujeres que vivieron durante este período, la muerte de un hijo firmemente pareció ser la cosa más difícil de soportar y motivar más angustia y rebelión que cualquier otro acontecimiento en sus vidas.
- 54 "A Submissive Mother," The Ladies' Parlor Companion: A Collection of Scattered Fragments and Literary Gems (New York, 1852), p. 358.
- 55 "Woman," Godey's Lady's Book, II (agosto 1831), 110.
- 56 Sphere and Duties of Woman, p. 172.
- 57 Ralph Waldo Emerson, "Woman," Complete Writings of Ralph Waldo Emerson (New York, 1875), p. 1180.
- 58 Como en Donald Fraser, The Mental Flower Garden (New York, 1857). Quizá el exponente más famoso de esta teoría es Edgar Allan Poe, quien afirma en The Philosophy of Composition: que "lo muerte de una mujer bella es indiscutiblemente el tema más poético en el mundo...."
- 59 "Domestic and Social Claims on Woman," Mother's Magazine, VI (1846), 21.
- 60 Woman, p. 173.
- 61 The Young Ladies' Class Book, p. 166.
- 62 T. S. Arthur, The Lady at Home: or, Leaves from the Every-Day Book of an American Woman (Philadelphia, 1847), pp. 177, 178.
- 63 Caspar Morris, Margaret Mercer (Boston, 1840), citada en Woman's Record, p. 425.
- 64 Estos títulos particulares vienen de: The Young Ladies' Oasis: or Gems of Prose and Poetry, ed. N. L. Ferguson (Lowell, 1851), pp. 14, 16; The Genteel School Reader (Philadelphia, 1849), p. 271; y Magnolia, I (1842), 4. Un poema popular en forma de libro, publicado en Inglaterra, expresó plenamente este concepto de la mujer como confortadora: Coventry Patmore, The Angel in the Home (Boston 1856 y 1857). Patmore expresó su devoción a la verdadera feminidad en líneas tales como:

La esposa tierna que engalana su mesa  
y hace que su día no tenga noche  
cuyos deseos sirven a su Señor  
que encuentre el suyo en el deleite de él. (p. 94)

- 82 Por ejemplo, "The Fatalist," Godey's, IV (enero 1834), 10, en el cual Somers Dudley tiene a Catherine leyendo estos libros peligrosos hasta que su vida se convierte en "un sueño confuso ...; oh pasión que pervertidora horrible de la razón eres tú!"
- 83 Revista de Society in America (New York, 1837) en American Quarterly Review (Philadelphia) XXII (Set. 1837), 38.
- 84 "A Finished Education" Ladies' Museum (Providence), I (1825), 42.
- 85 Helen Irving, "Literary Women," Ladies' Wreath, III (1850), 93.
- 86 "Women of Genius," Ladies' Companion, XI (1839), 89.
- 87 "Intellect vs. Affection in Woman," Godey's, XVI (1846), 86.
- 88 "The Only Daughter," Godey's X (marzo 1839), 122.
- 89 The Annual Catalogue of the Officers and Pupils of the Young Ladies' Seminary and Collegiate Institute (Monroe City, 1855), pp. 18, 19.
- 90 Chronicles of a Pioneer School from 1792 to 1833; Being the History of Miss Sarah Pierce and Her Litchfield School, compilado por Emily Noyes Vanderpoel; ed. Elizabeth C. Barney Buel (Cambridge, 1903), p. 74.
- 91 Mt. Holyoke Female Seminary, p. 13.
- 92 The Frugal Housewife (New York, 1838), p. 111.
- 93 "Female Influence" The Ladies' Pearl and Literary Gleaner: A Collection of Tales, Sketches, Essays, Anecdotes and Historical Incidents (Lowell), I (1841), 10.
- 94 Mrs. S. T. Martyn, "The Wife," Ladies' Wreath, II (1848-49), 171.
- 95 The Young Ladies' Oasis, p. 26.
- 96 "On Marriage," Ladies' Repository, I (1841), 133, "Old Maids," Ladies' Literary Cabinet (Newburyport), II (1822) (microfilm), 141; "Matrimony," Godey's, II (Sep. 1831), 174; y "Married or Single," Peterson's Magazine (Philadelphia), IX (1859), 36, todos expresan la creencia de que en tanto el matrimonio es deseable para una mujer, no es esencial. Este intento por reclamar un status para la mujer soltera es un ejemplo del tipo de cruzada apacible que algunas veces sostuvieron las revistas de mujeres. Otros ejemplos fueron las críticas contra una educación excesivamente remilgada y contra los melindres e provocaciones de los enfermos. En este sentido las revistas fueron realmente conservadoras porque no se opusieron a todo cambio sino solo a aquellos que hacían daño a alguna tradición estimada. Las reformas que apoyaron, se si pusieran en práctica, harían a la mujer aún más la perfecta mujer y acrecentarían el ideal de verdadera femjinidad.
- 97 Girlhood and Womanhood, p. 100. Mrs. Graves cuenta las historias en el libro en la persona de una "solterona" y sus conclusiones son que "la vida de soltera también tiene su felicidad", debido a que una mujer soltera "puede disfrutar de todos los placeres de la maternidad sin sus dolores y molestias" (p. 140). En otro de sus libros, Woman in America (New York, 1843), Mrs. Graves da su opinión aun más enfáticamente en favor de una "soltera feliz" más bien que un "matrimonio sin amor e infeliz." (p. 130)

- 65 Las revistas de mujeres llevaron adelante una cruzada contra las ceñidas ataduras y lamentaron más bien que estimularon, la mala salud generalizada de la mujer norteamericana. Ver, por ejemplo, An American Mother, Hints and Sketches (New York, 1839), pp. 28 ff., para un ensayo sobre la necesidad de una mente sana en un cuerpo sano para ser en mayor grado un buen ejemplo para los hijos.
- 66 La mejor colección individual de libros de recetas de cocina del siglo diecinueve está en la Academy of Medicine of New York Library, aunque algunos de los remedios más interesantes están en libros de recetas de cocina escritos a mano, encontrados entre los papeles de mujeres que vivieron durante el período.
- 67 Sarah Josepha Hale, The Ladies' New Book of Cookery: A Practical System for Private Families in Town and Country (5th ed.; New York, 1852), p. 409. Evidencia similar sobre la importancia de las habilidades de toda mujer para cuidar enfermos se encuentra en libros de consejos tales como el de William A. Alcott, The Young Housekeeper (Boston, 1838) en el cual junto con un razonamiento por manzanas y baños fríos, Alcott dice: "Toda mujer debe ser instruida en el arte angelical de manejar correctamente al enfermo." p. 47.
- 68 The Young Lady's Friend, pp. 75-77, 79.
- 69 "A Tender Wife," Godey's II (julio 1831), 28.
- 70 "My Wife! A Whisper," Godey's II (octubre 1831), 231.
- 71 Letters to Young Ladies, p. 27. El exponente más grande de las alegrías mentales y morales del manejo del hogar fue el Lady's Annual Register and Housewife's Memorandum Book (Boston, 1838) que dió consejos prácticos sobre planchado, rizado de pelo, hacer un presupuesto y hacer las compras, darle forma a los puños - todas las actividades que contribuyeron a la "belleza de la utilidad" y a la "alegría de la perfección" que deseó toda mujer (I, 23).
- 72 The Young Lady's Friend, p. 230.
- 73 "Learning vs. Housewifery", Godey's, X (August 1839), 95.
- 74 Letters to Young Ladies, p.25. W. Thayer, Life at the Fireside (Boston, 1857), tiene una idílica ilustración de la mujer de la casa remendando los vestidos de los niños, la abuela tejiendo y la niña pequeña tomando sus primeros puntadas, todo a la luz del hogar doméstico.
- 75 "The Mirror's Advice", Young Maiden's Mirror (Boston, 1850), p. 263.
- 76 Mrs. L. Maria Child, The Girl's Own Book (New York, 1833).
- 77 The Lady's Token, p. 44.
- 78 T.S. Arthur, Advice to Young Ladies (Boston, 1850), p. 45.
- 79 R.C. Waterston, Thoughts on Moral and Spiritual Culture (Boston, 1842), p. 101. El Young Lady's Guide de Newcomb también aconsejó la biografía religiosa como la mejor lectura para las mujeres (p. 111).
- 80 Godey's I (1828), 1. (Repetido con frecuencia en los editoriales de Godey's)
- 81 The Lily of the Valley, n.v. (1851), p. 2.

<sup>98</sup>Una historia muy inusual es la de Lela Linwood, "A Chapter in the History of a Free Heart", Ladies Wreath, III (1853), 349. La heroína, Grace Arland, es "sublime" y vive "en perfecta luz mientras que nosotros luchamos todavía con las sombras." Ella rechaza el matrimonio y sus amigos lo lamentan pero dicen que su corazón "está regocijándose en su libertad." La historia termina con un estribillo quejumbroso:

Pero no es una cosa feliz,  
toda falta de cadenas y la libertad  
¿Cómo puede algún pájaro silvestre  
cantar alegremente, sobre el ala?

Pero aun en este cuento, la rareza inusual y casi sobrenatural del genio de Grace es enfatizada; ella no es ofrecida como un ejemplo para los seres más mortales.

<sup>99</sup>Horace Greely fue aún más lejos como para aplicar este remedio a los "desagrados" de Margaret Fuller. En su autobiografía, Recollections of a Busy Life (New York, 1868) el dijo que "noble y grande como fue ella, un buen esposo y dos o tres bebés rollizos la habrían emancipado de mucha mojigatería y necesidad." (p. 178).

<sup>100</sup>Sphere and Duties of Woman, p. 64.

<sup>101</sup>A Sermon: Preached March 13, 1808, for the Benefit of the Society Instituted in the City of New-York, for the Relief of Poor Widows with Small Children (New York, 1808), pp. 13-14.

<sup>102</sup>Lady's Magazine and Museum: A Family Journal (London), IV (enero 1831), 6. Esta revista está incluida en parte porque sus redactores la anunciaron como "de interés para la dama de habla inglesa en el hogar y en todas partes" y en parte porque muestra que la preocupación por la verdadera feminidad de ninguna manera estuvo restringida a los Estados Unidos.

<sup>103</sup>Sphere and Duties of Woman, p. 102.

<sup>104</sup>"Matrimony," Lady's Amaranth, II (Dic. 1839), 271.

<sup>105</sup>Elizabeth Doten, "Marrying for Money," The Lily of the Valley, n.v. (1857), p. 112.

<sup>106</sup>Letters to Mothers, p. 9.

<sup>107</sup>"Maternal Relation," Ladies' Casket (New York, 1850?), p. 85. La importancia del papel de la mujer fue enfatizado en el extranjero tanto como en Estados Unidos. Godey's recomendó el libro sobre la educación de las madres del autor francés Aimée-Martin, para "ser leído cinco veces", en el original si era posible (XIII, dic. 1842, 201). En este libro son defendidos los más altos ideales de la verdadera feminidad. L. Aimée-Martin, De l'Education des mères de famille ou de la civilisation du genre humain par les femmes (Bruselas, 1857).

<sup>108</sup>Maternal Association of the Amity Baptist Church: Annual Report (New York, 1847), p. 2: "tolerar a los niños pequeños que vienen dentro de mi y no excluirlos, es y debe ser sin mandato sagrado para la mujer cristiana."

<sup>109</sup>Por ejemplo, Daniel Webster, "The Influence of Woman," en The Young Ladies' Reader (Philadelphia, 1851), p. 310.

- 110 Mrs. Emma C. Embury, "Female Education," Ladies' Companion, VIII (enero 1838), 18. Mrs. Embury subrayó el hecho que la mujer norteamericana no era "mero juguete de pasión" sino que fue educada estrictamente para ser "la madre de los estadistas."
- 111 "How May an American Woman Best Show Her Patriotism?" Ladies Wreath, III (1851), 313. Elizabeth Wetherall fue el seudónimo de Susan Warner, autora de The Bride World y Chueechy.
- 112 Henry F. Harrington, "Female Education," Ladies Companion, IX (1838), 293, y "Influence of Woman-Past and Present," Ladies' Companion, XIII (1840), 245.
- 113 Mrs. E. Little, "What Are the Rights of Women?" Ladies' Wreath, II (1848-49), 133.
- 114 Female Influence, p. 18.
- 115 Ibid., p. 23.
- 116 Aun las reformadoras femeninas fueron propensas a usar imágenes domésticas, por ejemplo "limpia la cocina del Tío Sam" y "ordena la casa de nuestro país".
- 117 El "Animus and Anima" de Jung viene a ser casi un catálogo de las características masculinas y femeninas del siglo diecinueve y de las mujeres histéricas que Freud vio que tenían mucha de la misma educación de la mujer norteamericana del siglo XIX. Betty Fridan, The Feminine Mystique (New York, 1963) desafía el concepto total de verdadera feminidad porque dificulta la "realización" de la mujer de siglo XX.

LA SOCIEDAD URBANA EN LA FRONTERA, 1790-1815'(+)

Richard C. Wade

En el cuarto de siglo siguiente a la Revolución Americana fue levantada la cortina de selva inhabitada del Valle del Ohio. Los puestos fronterizos de colonización pasaron más allá de Louisville y se movieron en dirección al Mississippi, donde St. Louis albergaba la frontera de la creciente población. La transformación fue asombrosa en alcance y rapidez. En 1810 Henry Marie Brackenridge describió Cincinnati como "una bella ciudad pequeña en medio de una tierra muy cultivada", a pesar de que trece años antes "estaba cubierta con el bosque natural, a excepción de un espacio ocupado por un tosco campamento". Joseph Charless, el editor del Missouri Gazette, recordaba en su primer viaje al Oeste en 1795, las orillas del Ohio eran "una selva monótona, el lugar predilecto de los salvajes despiadados", sin embargo dos décadas después las encontré "salpicadas con pueblos" vanagloriándose de "establecimientos de hilado y tejido, molinos de vapor, manufacturas de varios metales, cuero, lana, algodón y lino", y "academias de educación dirigidas por profesores excelentes". Esta gran transformación conmovió a un bardo de Cincinnati para escribir orgullosas coplas:

Aquí donde tan tardío el pasmoso sonido  
de los gritos salvajes, los bosques resuenan  
Ahora la risueña Ceres agita su gavilla  
y las ciudades se levantan con vigorosa ayuda.

El viaje por las aguas del oeste, anteriormente una empresa arriesgada, se hizo rutinario y viajes programados unieron los principales puertos fluviales. Nada destaca tanto los enormes cambios como el desarrollo de los medios de transporte. En 1793 una compañía de Pittsburgh inició un servicio regular a Cincinnati con embarcaciones construidas especialmente para el comercio. Cada una llevaba seis piezas de artillería en tanto que paredes altas encerraban el barco entero, dejando ranuras para disparar rifles contra ataques indios (1). Hacia 1815 el peligro había pasado. Nuevos barcos de vapor, abiertos por todos lados, anunciaban las atracciones escénicas del viaje y proporcionaban comodidades casi lujosas para los pasajeros. Estas naves fueron, según Timothy Flint, "pueblos móviles", y las piezas de artillería, en otro tiempo tan importantes en la defensa de los viajeros, ahora saludaban a los poblados a lo largo de la vía, sin embargo las comunidades más grandes pronto prohibieron la práctica como "perturbadora de la paz". (2)

Los cambiantes paisajes de los pueblos resaltaron el crecimiento del Oeste. En el espacio de una generación los fuertes y las factorías se convirtieron en los centros comerciales de la frontera del territorio y en focos de una crecientemente y rica vida social y cultural. Samuel Brown, cuyo Western Gazetteer fue la biblia del inmigrante, en el curso de su vida adulta, fue testigo de esta transformación. En 1797, cuando visitó Lexington, el había encontrado cincuenta casas, "parcialmente construidas y troncos labrados, con chimeneas por fuera", y los lotes del pueblo se vendían por \$30 cada uno. Regresando menos de veinte años más tarde, exclamó. "¡Cómo cambió el paisaje! Todo había tomado una nueva apariencia". Las cabañas de troncos habían desaparecido y "en su lugar se levantaban costosas mansiones de ladrillos bien pintadas y circundadas por los bellos jardines revelando ... buen gusto y riqueza" (3).

(+) De Richard C. Wade, The Urban Frontier: Pioneer Life in Early Pittsburgh, Cincinnati, Lexington, Louisville, and St. Louis (Chicago: University of Chicago Press. 1959), p 101-128.

El desarrollo fue el mismo en todas partes. Timothy Flint, mirando Cincinnati desde Kentucky en 1816, la recordó como "un pueblo grande y compacto" con "bellas construcciones que se levantaban en la ladera de la ribera opuesta" y "fábricas de vapor, lanzando hacia arriba sus columnas de humo". "Todo este cuadro en movimiento de riqueza, densidad de población y actividad", reflexionaba, "ha surgido de la selva en el espacio de cuarenta años". Y Henry Marie Brackenridge, quien estuvo yendo y viniendo de Pittsburgh por casi medio siglo, observó que "tal ha sido el crecimiento extraordinario de esta ciudad, que cada diez años produce un cambio tal como para convertir en casi un extraño a la persona que ha estado ausente durante ese período".

Este florecimiento urbano impresionó particularmente a los viajeros ya que la actividad y movimiento de los pueblos contrastaba agudamente con la vida más estática del campo. En efecto, las descripciones de los visitantes cada vez más medían al Oeste por sus ciudades, describiéndolas en detalle y centrando su narración alrededor de sus residencias urbanas temporales. Andando el tiempo las comodidades y refinamientos de estos centros fronterizos fueron tan bien conocidos en el este y Europa como las penurias de la vida rural. Para la segunda década del siglo diecinueve su reputación creó imágenes que los observadores trajeron como ideas preconcebidas del nuevo territorio. "Yo estaba medianamente preparado, por información previa, para la vida de Lexington", escribió John Melish, "pero ella superó mis esperanzas". No todos estuvieron tan complacidos, y algunos como Gorham Worth, no encontraron los pobladores "iguales a el cuadro que mi imaginación había dibujado" (5). Pero cerca de 1815 los viajeros ya no "descubrieron" ciudades en la selva; en lugar de ello planearon sus itinerarios para incluir todo pueblo de tamaño considerable.

Las narraciones de los visitantes no solo subrayaron la importancia estratégica de las comunidades urbanas, sino que mostraron un creciente interés en la vida social e intelectual de los pueblos. Este énfasis nuevo es significativo porque las descripciones más tempranas generalmente se concentraron en el crecimiento de la población y en la expansión comercial e industrial. Así, Flint observó que "Lexington ha adoptado el tono de un lugar literario" demandando ser la "Atenas del oeste", mientras Cincinnati estaba "esforzándose por convertirse en su Corinto". "Nuestros progresos en la instrucción, como en toda otra clase de mejoramiento, son enteramente asombrosos", se regocijaba un editor de Pittsburgh en 1813, hablando del oeste en conjunto. "Nosotros vemos todos los días el establecimiento de nuevas escuelas para la educación de la juventud; nuestros pueblos rebosan de periódicos ... ; el número de nuestras librerías e imprentas está creciendo incesantemente, bibliotecas públicas son creadas, están surgiendo sociedades ... y las Musas hasta tienen sus dignos y exitosos partidarios fervientes" (6).

Este progreso social y cultural es sorprendente en parte porque se manifestó tan pronto y en parte porque ocurrió a pesar de condiciones tan desalentadoras. Las ciudades no solo eran jóvenes sino que su gente venía de ambientes muy diferentes, y los valores comerciales predominaron en todas partes. Aún los defensores del oeste carecían de confianza. Por ejemplo, Daniel Drake advirtió en 1810 que "una población proveniente de lugares tan distantes y tan recientemente reunida debía necesariamente mostrar mucha ... diversidad moral", la cual demoraría el crecimiento pleno de la sociedad hasta que "las costumbres, maneras y leyes" produzcan "la cohesión necesaria" (7).

Además el incesante flujo de la migración continuó trayendo nuevos elementos a las nuevas y aún no formadas sociedades, complicando el proceso de desarrollo de la comunidad. Puesto que los recién llegados constituyeron el elemento vital de los pueblos jóvenes, nadie quería desalentar la inmigración, pero la continua introduc-

ción de personas con diferentes antecedentes, actitudes y culturas dificultó la asimilación. Pittsburgh, escribió un editor literario en 1813, "exhibe ... un grupo incongruente cuyas partes componentes lejos de fundirse en una masa común, están aún en muchos casos separados por las hostiles barreras de un prejuicio casi invencible" (8). La mayor parte de los observadores locales en tanto que creían que los nuevos residentes finalmente enriquecerían la vida de las ciudades, esperaban un período de desorganización antes de que el terreno pudiera estar preparado para el progreso social.

Por añadidura, el carácter mercantil que dominaba los centros fronterizos pareció militar contra el rápido desarrollo cultural. Los comerciantes, aunque no necesariamente opuestos a las cosas mejores, se inclinaron a considerarlas menos importantes que otros asuntos. Henry Mc Mustrie escribió que en Louisville ellos tuvieron "un único propósito en perspectiva, el de obtener dinero". "Absortos en la gran tarea de juntar dólar con dólar", los comerciantes no dedicaban, "tiempo a la literatura o a la adquisición de estas agraciadas naderías, las cuales sin valor por sí mismas, constituyen sin embargo uno de los grandes encantos de la sociedad culta. Louisville no fue única en este respecto. "esta eterna hambre y sed por el dinero, la exclusión de casi toda otra actividad no es ... peculiar a este lugar", observó, "pero es más bien un rasgo general en el carácter de todas las ciudades comerciales recientemente formadas". "Curtius" de Cincinnati no fue menos duro cuando habló del "complejo desprecio de nuestras clases más acomodadas por tales cosas como el cultivo de la literatura y las artes" (9). Estas acusaciones probablemente fueron demasiado fuertes, pero indudablemente la atmósfera mercantil de las comunidades del oeste retardó el crecimiento de una sociedad bien desarrollada.

A pesar de estos obstáculos las ciudades produjeron una vida sorprendentemente rica y diversificada para sus ciudadanos, ofreciendo oportunidades en muchos campos, similares a aquellas de los centros urbanos del este. En una sola generación, personas venidas de todas partes de la Unión y de muchos lugares de Europa se juntaron, construyeron hogares, se procuraron medios de subsistencia, erigieron iglesias, escuelas y teatros, organizaron clubes sociales y sociedades científicas, y hasta colocaron los cimientos para las universidades. "La sociedad es refinada y educada", expresó de Lexington, con cierto asombro, el Niles' Register, "y sus bailes y reuniones son dirigidos con tanta gracia y desenvoltura como en cualquier otra parte, y los vestidos en las fiestas son de buen gusto y elegantes. Cosas extrañas estas en las "regiones remotas". (10)

Las sociedades que produjeron esta cultura fueron sofisticadas en muchas maneras. Los propagandistas locales hablaban mucho sobre la igualdad en el oeste, pero la práctica urbana contradecía la teoría. Los límites sociales se desarrollaron muy rápidamente y a pesar de que nunca fueron trazados tan marcadamente como en las ciudades del este, indicaban distinciones significativas. Los agrupamientos fueron básicamente económicos, no obstante que las clases profesionales fueron colocadas aparte por su interés e instrucción y los negros por su color. Ningún límite inflexible dividió a esas clases y el movimiento a través de ellas fue constante. Sin embargo existieron diferencias, la gente las sintió y los contemporáneos las consideraron importantes. En este respecto es sugestivo que el primer gran producto literario del oeste, Modern Hivalry, satirizó la noción de igualdad y que su autor fue uno de los ciudadanos principales de Pittsburgh.

En realidad las divisiones sociales evolucionaron tan rápidamente en las primeras décadas del siglo XIX que algunos grupos concretaron su posición en la sociedad. Una

los "asientos superiores", demandando saber "¿quién estableció sus sociedades privilegiadas y compañías, sus privilegiados bailes y reuniones de las cuales el mecánico, no obstante respetable por su virtud y laboriosidad, está excluido?" Luego trazó el ascenso de esta aristocracia, relatando melancólicamente el fin de Arca dia e invitando al agricultor e igualmente al trabajador para recobrar las "libertades" del pueblo. (14)

Aun en los pueblos más pequeños apareció esta división. En Louisville "hay un círculo, pequeño es verdad", escribió Mc Murtrie, "pero dentro de cuya mágica esfera abunda todo placer que la riqueza, regida por el gusto, puede producir u otorgar la urbanidad. Allí el "red heel" (petimetre) de Versailles puede imaginarse en el emporio de distinción y mientras guía a una mujer hermosa a través de la confusión del baile, olvida que está en la selva de Estados Unidos". El testimonio de Gorham Worth en Cincinnatti fue parecido. "Conversación de las regiones remotas ! ¡me dije a sí mismo después de cenar con Mr. Kilgour ...! Yo nunca he visto nada al este de las montañas para ser comparado con los lujos de esa mesa!, el costoso servicio de mesa de la cena, -el espléndido cristal cortado-, los ricos vinos... " Thomas Ashe tuvo una experiencia semejante en "Ciudad de la Reina" (Cincinnatti), reconocido que su grupo dominante "sería respetado en los principales círculos de Europa". En St. Louis los comerciantes norteamericanos prósperos se unieron con las antiguas familias francesas gobernantes para mantener "el orgulloso, aristocrático espíritu" y la "inclinación a la ostentación" de los tiempos coloniales (15).

Estos comerciantes estuvieron firmemente arraigados en sus comunidades. La mayoría de ellos vinieron al oeste con poco capital y crecieron con sus ciudades. Mientras los establecimientos fueron jóvenes la tierra fue barata y los negociantes prósperos rápidamente adquirieron propiedades. Otros, que vinieron después, arriesgaron la expansión del pueblo comprando en las afueras o en las tierras de los alrededores. Para principios del siglo XIX los mejores lotes habían pasado a manos de unos pocos escogidos. Este proceso centralizador tuvo lugar en cada comunidad excepto en St. Louis. Aun allí comerciantes como Gratiot, Sarpy, los Chouteaus, Lucas, Mullanphy y O'Fallon, acumularon grandes propiedades adyacentes al pueblo pero en el interior existió una considerable dispersión.

El liderazgo social de los comerciantes descansó sobre su visible preeminencia económica, medida por la propiedad o los niveles de vida. Los documentos de avalúo de la ciudad, cuando están disponibles, destacan la riqueza de la comunidad negociante. En Lexington en 1808 más de un tercio del valor total de más de un millón de dólares pertenecía a dieciséis hombres, todos ellos comerciantes o industriales. Además las declaraciones incumplidas del año siguiente, muestran que los comerciantes habían acrecentado sólidamente su posición. Por ejemplo, el avalúo de William Leavy subió de \$25.817 a \$46.710, mientras que el de George Trotter de \$61.564 saltó a \$100.300. La fortuna de Henry Clay dió un buen giro en los mismos doce meses, aumentado de \$6.000 a \$32.180, incluyendo la última cifra cuatro casas, tres lotes, una oficina y al menos una gran parte de dos hoteles (16).

Los documentos de Cincinnatti señalan la misma tendencia. En 1805 solo 198 personas pagaron un impuesto al ayuntamiento, en una población de cerca de 2.000 y 14 de ellos -casi todos comerciantes- pagaron más de un tercio del total. Trece años después, de más de 8.000 residentes, 39 tuvieron tasaciones superiores a \$10.000, una de las cuales fue de más de \$130.000. Una gran parte de esta propiedad comprendió terrenos en el pueblo y mejoras y reveló los intereses comerciales como rentistas así como comerciantes. John Piatt, con treinta y una casas en 1818, era el propietario más importante de la ciudad, en tanto que Nicholas Longworth poseía catorce y muchas otras cobraban renta de más de media docena de viviendas (17).

gran diversidad de asociaciones fueron creadas para manifestar la exclusividad de sus miembros. Por ejemplo la Sociedad St. Cecilia se convirtió en una especie de "Junior League" para las mejores damas jóvenes de Cincinnati, quienes se reunían mensualmente para chismear y escuchar recitales de piano. Los solteros acomodados de Pittsburgh formaron la Sociedad Quintilian en 1815 con el aparente propósito de promover la literatura y las ciencias, pero las cartas de sus miembros hablan más de el matrimonio del "hermano Alexander", el cual "hizo algún ruido en P' G" (Pittsburgh) que de problemas de erudición" (11). Además alrededor de 1815 las esposas de los comerciantes importantes y hombres profesionales habían establecido en cada ciudad, asociaciones caritativas femeninas para ayudar a los pobres a través de asistencia y religión, usando un vocabulario que oía a noblesse oblige (12). Este proceso no estuvo restringido a los estratos superiores, ya que cada centro urbano tuvo su Sociedad de Mecánicos, la cual permitió a los trabajadores unirse para darle dignidad a su ocupación. El impulso por un status, tan fuerte en las comunidades viejas, apareció muy temprano en las nuevas.

Los comerciantes encabezaron esta estructura social que se estratificaba tan rápidamente. Les seguían en influencia los abogados, los clérigos, los doctores y los periodistas, quienes si bien tenían menos ingreso que los líderes comerciales, con frecuencia tenían el mismo prestigio como ellos. Debajo de ellos vivían la mayoría de las personas - trabajadores calificados y no calificados, empleados de oficina y tenderos - "los trabajadores respetables". Aún más abajo en la jerarquía estuvieron los habitantes transitorios y los no arraigados - carreteros, hombres del río, parásitos y holgazanes - que nunca tuvieron conexiones estables con la comunidad pero cuyas actividades formaban una parte importante de su vida. Los negros esclavos y libres, ocuparon el último peldaño de la escala, desempeñando las tareas más humildes y excluidos de la sociedad blanca por la costumbre y por la ley.

La supremacía de los comerciantes reflejaba su poder económico. Su liderazgo fue establecido muy tempranamente puesto que la mayor parte de los pueblos surgieron originalmente de establecimientos de intercambio. Cuando Thomas Wilson y su esposa fueron a Pittsburgh en 1804 para establecer una sucursal del Banco de Pennsylvania, no llevaron cartas de presentación "porque muy justamente consideraron que la simple consignación a su cuidado de tal vez medio millón de dinero, fue en sí misma prueba de su elevada posición en Philadelphia". Sin embargo, las esposas de los Directores se negaron a visitar a los recién llegados que "que vinieron aquí en tan extraña manera". Tarleton Bates, un residente antiguo, mirando sarcásticamente esta maniobra, comentó "nuestras damas son de un origen demasiado elevado, tienen sangre demasiado pura en sus venas para mezclarse con nadie excepto con patricios". Fortescue Cuming observó la misma arrogancia unos pocos años después y explicó que "la riqueza adquirida de repente generalmente actúa sobre los ignorantes para hacerlos desear parecer como si siempre hubieran estado en la misma posición ... esto explica (su) olvido de que algunos entre ellos no pueden decir quines habían sido sus antepasados en la segunda generación" (13).

Más afamada que la clase alta de Pittsburgh fue la de Lexington, cuyo encanto, hospitalidad y "superioridad consciente" fascinaba a los visitantes. Thomas Ashe, quien lamentaba el igualitarismo de las partes más antiguas del país, estaba entusiasmado con este "pequeño grupo de ciudadanos ricos" que trataban de "apartarse de la multitud, o trazar una línea de distinción entre ellos mismos como gens comme il faut y el canaille".

Un "aventurero temprano", que había venido al oeste antes que muchas de las primeras familias de Lexington, censuró la presunción de estas personas que exigían

Los documentos de St. Louis son igualmente concluyentes. Las tasaciones totales del pueblo en 1811 fueron de \$134.516, de las cuales \$82.774 fueron poseidos por seis hombres. William Clark encabezó la lista con \$19.930 y seguía William Christy con \$16.000, en tanto los siguientes cuatro, Augusto Chouteau, John O'Fallon, J.B. C. Lucas, y Henry Von Phul, poseyeron propiedades valoradas en \$15.664, \$12.450, \$10.555 y \$8.175, respectivamente. En resumen seis líderes comerciales y propietarios pagaron por más de la mitad de la valoración estimada en la ciudad (18).

Los niveles de vida demostraron la supremacía mercantil aun más gráficamente. Stoddard en 1804 encontró a los comerciantes franceses en St. Louis viviendo "en un estilo igual a aquellos de las grandes ciudades portuarias", y Christian Schulz estimó el precio de "dos o tres casas grandes" en "veinte a sesenta mil dólares". Hasta en Louisville, la ciudad fronteriza más primitiva, Mc Murtrie pensaba que las casas mejores "sufrirían poco siendo comparados con cualquiera de los edificios privados más elegantes de Philadelphia y New York". Cuando Flint visitó Cincinnati también se sintió impresionado por la opulencia y bienestar de los acomodados. "La elegancia de las casas, el desfile de sirvientes, la ostentación de los muebles y más que todo, el lujo de sus recargadas mesas, se compararían con las mejores casas en las ciudades atlánticas" (19).

Sin embargo, en ninguna parte del oeste los ricos vivieron en más opulencia que en Lexington, donde los comerciantes prósperos y los miembros del cuerpo de abogados destacaron su éxito adquiriendo residencias campestres. En 1816 Samuel Brown contó "entre cincuenta y sesenta quintas" en los alrededores. La más famosa fue la Chaumiere du Praire del Coronel David Meade, "donde no menos de treinta trabajadores" estaban ocupados en "trazar, plantar, sembrar, rastrear y segar sus céspedes y senderos". El Coronel siempre estaba "vestido para la cena" y casi todas las noches agasajaba a quince o veinte personas. La mayoría de los propietarios mantuvo estas fincas con los ingresos urbanos, ciertamente William Leavy, que conoció a casi todos ellos, dijo que John Hunt fue el "único agricultor que yo he sabido que hizo que la inversión de su finca le produzca un buen interés". Pero los retiros rurales no fueron la única muestra de riqueza en Lexington. En 1806 Cuming observó treinta y nueve carruajes de dos ruedas valorados en más de \$5000 y más de veinte de cuatro ruedas con valor de casi \$9.000. "Esto puede transmitir alguna idea del gusto por la ostentación y el gasto el cual invade esta región" (20).

Colocadas de este modo aparte del resto de la gente del pueblo, las familias comerciantes fueron el centro de un bullicioso ajeteo social. La "temporada" estuvo tachonada con bailes, fiestas y "reuniones". Los profesores de baile, quienes encontraron mayores estímulos que los profesores "... de ciencia literaria", llevaron el "City Cotillion ... de New York, Philadelphia y Baltimore" a los pueblos fronterizos. Agudas competencias entre los hombres mantenían activas las cosas, pero si el paso se retrasaba, la práctica tradicional del año bisiesto autorizaba la acometida femenina. A pesar de que la mayor parte de la diversión tenía lugar en las casas, las mejores tabernas compitieron para la preferencia. Por ejemplo, en Lexington el hotel de moda fue Postlethwait's pero su rival, Bradley's estaba "perpetuamente atestado" y en la primavera tenía fiestas "cada día durante varios días ... donde asitían por encima de 60 caballeros y más de 40 damas" (21).

Las esposas y las hijas de los comerciantes ricos formaron la única clase ociosa del oeste. Llevando una vida protegida, ordinariamente se libraron del trabajo fuera del hogar antes del matrimonio y con frecuencia también después. John Wrenshall, un comerciante próspero y predicador, levantó algunas cejas en la sociedad de Pittsburgh a principios del siglo, por permitir a su hija trabajar como dependiente en su tienda. "Muchos de nuestros vecinos ricos lanzarán alusiones indirectas" acerca de su ayuda detrás del mostrador, "como si tal empleo fuera impropio para las damas jóvenes". En los meses de verano los acomodados se retiraban a la "armonía ininterrumpida y al refinado intercambio social" de lugares de recreo como Olympian Spring en Kentucky, Yellow Springs en Ohio o Jeffersville en Indiana. Aunque establecidos ori

ginalmente con propósitos de salud, estos retiros pronto fueron para "divertir a aquellos que buscaban descanso de las actividades ordinarias de la vida" (22).

El lado masculino de la vida mercantil mostró más vigor y menos frivolidad. Los comerciantes tomaron su ocupación muy seriamente, levantándose temprano, trabajando tarde y con frecuencia viajando extensamente. Aunque dispuestos a unirse a las damas en el comedor o en el salón de baile, ellos preferían las discusiones políticas de los cafés o tabernas y el lenguaje espontáneo de los juegos de cartas, los billares y las carreras de caballos. Como el grupo más rico y articulado de la ciudad, tomaron la iniciativa en el establecimiento de bibliotecas y escuelas y en la construcción de iglesias y edificios públicos. Con un ojo siempre puesto sobre una posible ganancia, los comerciantes también invirtieron en mejoras locales como carreteras, puentes o proyectos para abrir un canal cerca de las cataratas del Ohio. A pesar de que muchos hombres de negocios se convirtieron en figuras conocidas en New Orleans y los círculos comerciales del este, ellos nunca perdieron sus estrechas conexiones con sus propias comunidades y siempre estaban dispuestos a presidir las reuniones del pueblo, a servir en comités oficiales o a ocupar un lugar en el ayuntamiento.

Esta posición social y económica dominante preparó el camino para el liderazgo político. Los comerciantes, desde muy temprano, surgieron como los voceros del federalismo en el oeste. (23) Aún después de la virtual desaparición del partido a nivel nacional, sus seguidores siguieron siendo poderosos en las ciudades fronterizas. Efectivamente, en Pittsburgh no fue sino hasta 1810 que los Republicanos Demócratas ganaron una elección del municipio. Todavía dos años después John Woods, postulándose para el Congreso como "un amigo de la paz" en protesta contra la guerra con Gran Bretaña, ganó la ciudad y el condado por casi dos a uno. Más lejos en el oeste, donde el Partido Federalista nunca encontró apoyo firme, los intereses comerciales se enrolaron bajo diferentes banderas aunque predicaban las mismas ideas. Más tarde cuando los Whigs refaccionaron las ideas Hamiltonianas, ellos reclutaron cerca del 75 por ciento de los comerciantes del oeste (24). Sin embargo, hasta ese momento, la comunidad mercantil influyó sobre casi todos los partidos y fracciones, no experimentando un desafío real a su supremacía urbana.

La clase profesional -los doctores, abogados, ministros, maestros y periodistas- estuvo relacionada estrechamente con los comerciantes, pero separada de ellos por el origen socioeconómico y la educación. Estas personas no tenían una comunidad de intereses fácilmente indetectable y pocas veces actuaban en acuerdo; sin embargo todos tuvieron posiciones de preferencia en las sociedades urbanas jóvenes. Su status descansaba sobre el servicio y no estaba asociado con el ingreso. Efectivamente, para la mayor parte de ellos esta importancia social compensó las escasas retribuciones financieras, solo los abogados disfrutaron de una situación económica en proporción a su posición pública. Muchos fueron graduados universitarios, algunos habían cursado estudios de posgrado en universidades del este y casi todos mostraban una instrucción y refinamiento que los distinguió del resto de la gente del pueblo.

Los abogados encontraron en los comerciantes sus clientes más lucrativos, y en el período anterior a la educación financiada públicamente, los maestros descubrieron que los ricos pagaban la mayor parte de las cuotas que mantenían abiertas las puertas de las escuelas. Aun los ministros, con frecuencia presidiendo en congregaciones pequeñas, dependieron de los hombres de negocios para donaciones importantes con las cuales construir iglesias y pagar salarios. Muchos doctores manejaron farmacias para complementar su ingreso y de este modo ellos mismos eran comerciantes. Como un grupo estos hombres compartían la perspectiva social de los intereses comerciales, aunque siempre hubo excepciones notables. Por ejemplo, el doctor William Goforth en Cincinnati se convirtió en un republicano tan entusiasta que muchos de sus pacientes más acomodados lo abandonaron (25).

Sin embargo, los hombres profesionales desde la época más temprana ejercieron una influencia social mucho más grande de lo que se justificaba por su número. Estratégicamente situados a través de las avenidas de opinión -la prensa, el púlpito y el estado- ellos tenían contacto directo y continuo con la mayor parte de la gente. Además, se sentaban en los consejos de gobierno locales, fundaban asociaciones religiosas y culturales, ayudaban a las escuelas y universidades y generalmente personificaban la consciencia cívica de los centros urbanos. Educados, de fácil expresión y activos, disfrutaban de la confianza de la comunidad negociante así como la de la gente del pueblo, ellos pulieron los bordes más asperos de la sociedad de la frontera. Cada lugar tuvo sus hombres de ciencia, refinamiento y gusto, a quienes los viajeros singularizaron cada vez más y que suavizaron sus opiniones más severas sobre el oeste.

De estos líderes culturales ninguno fue más famoso que el Dr. Daniel Drake de Cincinnatti cuyos talentos y versatilidad le dieron el derecho de ser llamado el "Franklin del oeste". Aunque su reputación científica descansó sobre varios tratados relacionados a enfermedades de los valles del Mississippi y del Ohio y sobre Picture of Cincinnatti, Drake, fue mejor conocido por sus visitantes e igualmente para la gente de la ciudad, su estatura, su imponente cuerpo, su modo de andar flexible, casi elástico y su contagiosa amabilidad parecieron tan parte de la ciudad como sus colinas y el edificio de los tribunales. El ayudó en la fundación del Lyceum, una biblioteca circulante, de la Escuela de literatura y las artes, del Lancastrian Seminary, del Western Museum y de numerosas asociaciones para debate y discusión erudita. Como un regidor de la ciudad luchó por mejorar la salud pública e incrementar las precauciones contra las epidemias. Su farmacia no solo poseía el mejor surtido de medicinas, sino que también introdujo el agua de soda en la ciudad. Como un comerciante próspero compartió el punto de vista de los intereses comerciales y se unió a ellos en la traída a Cincinnatti de una sucursal del Banco de los Estados Unidos, de la cual se convirtió más tarde en uno de los directores. Esta lista incluye solo una pequeña parte de su trabajo porque ningún segmento de la vida urbana parecía escapar a su mano conductora.

En Lexington, John Bradford, el editor de la Kentucky Gazette, cariñosamente llamado "Vieja Sabiduría", desempeñó un papel comprable. Habiendo venido al Blue Grass en 1786 con la segunda imprenta al oeste de las montañas, él ejerció una influencia moldeadora en la vida de la ciudad por cuatro décadas. No solo sirvió más tiempo que ningún otro hombre en el ayuntamiento de la ciudad, sino que hubo pocas comisiones que no consideraron su participación esencial para el éxito. En las asambleas de la ciudad invariablemente se le eligió presidente y la legislatura del estado lo reconoció como un vocero para la metrópoli. Su reputación como un impulsador lo hizo secretario de la Sociedad de Emigración de Lexington y su profundo interés en la educación lo llevó más de una vez a la presidencia de los miembros del directorio de la Universidad de Transylvania. Aunque esencialmente conservador hizo algunas travesuras juveniles en la Sociedad Democrática de Kentucky en la década del noventa y siguió siendo un ferviente jeffersoniano. Sus amigos más cercanos fueron comerciantes, fabricantes y abogados, a quienes se unió en la promoción de varios proyectos, incluyendo la Compañía Aseguradora de Kentucky y una sociedad episcopal conocida como "la iglesia de los caballeros". Bradford fue el candidato de Lexington para el título de "El Benjamín Franklin del oeste" y sus credenciales compitieron con aquellos de su vecino y amigo el Dr. Drake(26).

No obstante que los miembros de todas las profesiones participaron extensamente en la vida de la ciudad, ninguno de ellos fue más activo que los abogados, cuyo éxito en su ocupación dependió no solo de sus logros en la sala del tribunal sino en el cul

tivo de clientes en perspectiva. Esta necesidad los llevó a servir en varias condiciones en los asuntos públicos. Fortescue Coming, poco amigo del gremio legal, mencionó que "por toda la región" ellos "ocupan todos los puestos respetables en el gobierno así como en la legislatura". Efectivamente, casi todos los voceros principales del oeste en la escena nacional -como Clay o Benton- fueron abogados urbanos que empezaron como prominentes figuras en la ciudad. A pesar de que la mayor parte de los abogados compartieron los valores predominantes de sus ciudades, algunos siempre pudieron ser encontrados en todo aspecto de cada cuestión. A diferencia de los miembros de otras profesiones ellos nunca fueron escasos y su distinción con frecuencia produjo hostilidad. Los críticos los acusaron de que ellos mostraban "un cierto aire de superioridad" y se atribuyeron "a sí mismos el título o epíteto de esquire (señor), el cual les asigna la mayor parte de la gente ignorante"(27). No importa cuanto exactas fueron las quejas, la mayoría de los abogados llevó a las ciudades una educación y unos gustos considerablemente más desarrollados que aquellos de sus compañeros vecinos de la ciudad.

Si el oeste pareció estar lleno de talento legal, nadie se quejó de un exceso de médicos. Sin embargo, en realidad desde el período más temprano de la colonización la proporción de profesionales médicos, con respecto a la población en los pueblos, fue relativamente alta. Por ejemplo, en 1810 Cincinnati con escasamente más de 2500 personas, ostentaba ocho doctores, mientras unos pocos años antes Cuming encontró cuatro en Pittsburgh -"todos de considerable práctica, experiencia y reputación"- y cinco en Lexington. En St. Louis ocho médicos se anunciaron en el Missouri Gazette entre 1809 y 1815 y la mayoría de ellos se quedó permanentemente en ese lugar, en tanto que Mc Murtrie contó veintidos en Louisville en 1819, cuando la población apenas excedía los 4.000 (28). Su preparación varió grandemente en alcance y calidad. Aunque la escuela médica de la Universidad de Pennsylvania en Philadelphia, suministró al nuevo país con sus principales doctores, varios de los primeros aprendieron su oficio en el empleo de practicantes locales o con el ejército. Cuando su número creció se agruparon en asociaciones para discutir problemas científicos y establecer normas profesionales.(29) Al igual que otros hombres de esta clase, los médicos prefirieron los contactos sociales amplios a los estrechos intereses técnicos y la mayoría participó en varias fases del desarrollo urbano.

Probablemente el segmento más influyente del grupo profesional fueron los ministros. Disfrutaban de un status único siendo predicadores del evangelio y estando entre los ciudadanos mejor educados. La mayor parte eran hombres serios y dedicados, sumamente respetados por la comunidad, que dedicaron ilimitado tiempo y energía al mejoramiento ciudadano. No solo sirvieron en juntas públicas y comités sino que también guiaban a sus congregaciones por senderos provechosos. Debido a que los salarios bajos muchos complementaban su ingreso con otro empleo. Unos pocos se convirtieron en comerciantes pero la mayoría abrió escuelas, enseñaban en academias o después ocupaban cátedras en las universidades. A pesar de que sus contactos eran amplios y que los miembros de la iglesia estaban mezclados socialmente, las conexiones más naturales e íntimas de los ministros eran con los sectores más educados de la sociedad y las personas distinguidas, que eran los líderes laicos de sus organizaciones religiosas.

Los asalariados -artesanos, mecánicos, empleados de tiendas y pequeños tenderos- constituían la masa de la sociedad urbana en el oeste así como en el este. Entre estos elementos se daban diferencias, especialmente entre la mano de obra calificada y la no calificada; sin embargo, compartieron similares condiciones económicas y status social. Hasta la depresión de la posguerra, la demanda de trabajadores excedió mucho a la provisión de ellos, de ahí que este grupo generalmente disfrutó de buen salario y empleo pleno. Aun los no calificados merecieron consideración -al menos al norte del Ohio donde los esclavos no pudieron competir por los empleos. Con

frecuencia la escasez se hizo tan aguda que los empleadores reclutaron hombres en el este, prometiéndoles mayores salarios y mejores oportunidades en el nuevo territorio. Los matrimonios tempranos mantuvieron a las mujeres fuera del mercado de trabajo y hacían aún de las sirvientas un artículo escaso y apreciado. La entusiasta carta de Thomas Carter de 1813 desde Cincinnati a su hermano en Nueva Inglaterra resumía las perspectivas ofrecidas por las ciudades jóvenes. "Esta ciudad... es un lugar excelente para mecánicos; los carpinteros y albañiles pueden... hacer de cinco a diez dólares por día; los albañiles ganan hasta \$3.50 el millar de ladrillos, colocados... Los mecánicos pueden hacer aquí su fortuna en cuatro o cinco años"(30).

Aunque los empleos abundaban en las comunidades fronterizas, el suministro de vivienda era escaso. En ningún lugar la construcción creció al ritmo con la población en expansión y la aglomeración de viviendas caracterizaba a casi toda ciudad. Drake estimó que en promedio diez personas vivían en cada casa en Cincinnati en 1815, un número que "trascendía grandemente los límites que prescribirían la salud y la comodidad". En St. Louis, Brackenridge narró que "cada casa está atestada, los alquileres son altos y es sumamente difícil conseguir una habitación en cualquier condición"(31). Además, los inmigrantes constantemente aumentaban la presión sobre estas escasas oportunidades, manteniendo altos los alquileres y los costos de construcción.

La necesidad urgente de nuevas viviendas llevó a construir mal y a la carrera, muchas casas nunca fueron puntadas y algunas hasta carecieron de inodoros adecuados. Sin embargo con el tiempo los residentes permanentes encontraron un refugio apropiado y muchos trabajadores asalariados se mudaron a casas de ladrillo. No obstante, no fue sino hasta que llegaron los malos tiempos que se desarrolló alguna movilidad. Probablemente la mayoría de los trabajadores finalmente tuvieron sus propios hogares, aunque un gran número continuó alquilando. Los pequeños jardines y "los grandes espacios" entre las construcciones, que caracterizaron a la mayor parte de las ciudades en la época temprana del siglo, desaparecieron en una proporción alarmante, aunque esta tendencia fue especialmente combatida en St. Louis(32). La calidad de las viviendas para trabajadores generalmente fue mejor en las ciudades del oeste que en las del este, pero alrededor de 1815 la construcción endeble y el mantenimiento inadecuado habían creado áreas peligrosas.

Los trabajadores habrían podido proporcionarse hogares mejores si hubiera habido algunos disponibles, ya que ellos participaron generosamente de la prosperidad del período. Pocos observadores dejaron de comentar sobre su prosperidad. En 1810 Zadock Cramer observó a "los ingenieros y activos trabajadores" de Pittsburgh ir a casa "de una mañana, cargados con pavos, aves, res gorda, mantequilla fresca, etc. etc.", lo cual era una prueba "clara" de que "ellos no solo vivían sino que vivían bien". Unos pocos años después Thomas Hulme prestó atención a "los buenos modales y riqueza de los tenderos y mecánicos en Lexington, varios de los cuales se movilizan en sus propios carruajes"(33). Estos niveles generalmente altos disimulaban algunas fluctuaciones importantes en el empleo, pero hasta el final de la guerra estas ciudades proporcionaban tantas oportunidades para los trabajadores como ningún lugar en el país.

La remuneración elevada y las buenas condiciones de trabajo se derivaban fundamentalmente de una escasez crónica de mano de obra, pero algunos trabajadores asalariados se rehusaban a confiar en esto y establecieron sindicatos para mantener su posición. Solo fueron afectadas unas pocas ocupaciones, pero resultaron suficientemente fuertes para fijar escalas de salario y ocasionalmente llamar a huelgas efectivas. Cada ciudad vio alguna actividad, los zapateros, tejedores, sastres, cordobaneros y carpinteros fueron los más exitosos. Estas asociaciones sostuvieron una guerra de dos frentes: contra los empleadores y contra los trabajadores no calificados. Es

significativo que la primera huelga vino después de que "los caballeros empleadores" intentaron mejorar la situación de los aprendices. La organización dió a estos oficios control sobre la admisión de nuevos trabajadores y creó la unidad necesaria para combatir a los patronos. Sin embargo, la mano de obra sindicalizada representó solo una pequeña porción, hasta de los trabajadores calificados. De 97 clases, de artesanos expertos en Pittsburgh en 1807, solo un reducido número estaba organizado(34).

Los trabajadores asalariados no eran una clase estática a pesar de que eran el elemento más numeroso en las ciudades del oeste. La inmigración constantemente aumentó sus números, en tanto que algunos trabajadores ascendieron a un status más alto y otros cayeron en uno más bajo. En una sociedad estructurada sin cohesión, las fronteras entre los grupos nunca fueron rígidas y muchos las cruzaron fácilmente. Anthony Doyle, que vino a St. Louis de Irlanda, observó entre sus compatriotas este movimiento de dos vías. "Algunos irlandeses... están 20 años aquí en harapos y no valen un dólar", pero añadió "otros que son hombres de buena conducta... son ricos y respetables". El movimiento hacia arriba siempre es más fácil de investigar que el fracso y las esperanzas rotas, pero el éxito fue común en estas ciudades y claramente constituyó la tendencia dominante. El mismo Doyle vino a St. Louis sin recursos. y en unos pocos años pudo afirmar que "yo soy dueño de la mitad de una tienda de abarrotes... Tengo \$700 más invertidos en una cantera de piedra caliza", y espero hacer \$1.000 este año en la venta de pieles en New York, si eso "complace a Dios". "Los oficiales industriosos", obsrvó John Melish, "muy pronto se convirtieron en maestros" y la mayoría de los vidrieros existosos en Pittsburgh comenzaron como artesanos en el taller(35).

La mayor parte de los trabajadores logró alimentar, vestir y dar abrigo a sus familias, pero no todos. Alrededor de 1815 la cantidad de asociaciones caritativas y las quejas por la elevación del impuesto de pobres proporcionan una clara evidencia del creciente problema de la beneficencia pública en las comunidades del oeste (36). "En todas las ciudades manufacutreras", escribió filosóficamente "H" a la Pittsburgh Gazette, "hay una gran proporción de personas que escasamente pueden mantener a sus familias en salud" y quienes enferma<sup>s</sup> se convierten en "una carga para la ciudad". Pero considerando intolerable la situación local, solicitó el ayuntamiento ayudar a "estas infortunadas personas... diseminadas alrededor de los sucios callejones... obligadas a respirar aire insalubre, mal alojados (y) burdamente alimentadas". En Cincinnati, en 1815, la Sociedad Caritativa reconoció que estaba agobiada y pidió con inisistencia la construcción de una casa de beneficencia. Tan temprano como en 1806 la Sociedad Musical de Kentucky patrocinó conciertos para recoger dinero adicional para la atención de "la buena gente" necesitada de Lexington. Por lo tanto, aún antes de la llegada de los tiempos difíciles en 1819, todas las ciudades fronterizas tuvieron que luchar contra el problema del creciente número de menesterosos(37).

Los trabajadores asalariados, siendo residentes permanentes, ansiosamente echaron raíces en sus comunidades, afiliándose a las iglesias, algunas veces enviando a sus hijos a la escuela y tomando una parte creciente en la vida de la ciudad. En contraste, el grupo de los habitantes transitorios -carreteros, boteros, aventureros y holgazanes- que vivieron por lo menos parte del tiempo en las ciudades, desarrolló pocos contactos estables. Rudos, bulliciosos, con frecuencia ebrios, usualmente peleando y maldiciendo, sin familias o parientes, algunas veces abusando de los extraños, ellos parecieron haber sido barbarizados por la selva del nuevo territorio. Cuando estaban en el pueblo frecuentaban los hoteles baratos y las posadas de mala muerte a lo largo de la zona de los muelles, jugaban y parrandeaban en cantin, tabernas y burdeles y aumentaban la tasa de actividad criminal. Irónicamente, estos hombres fueron los primeros contactos que la mayoría de los viajeros establecían con el oeste, un hecho que sustentó la mala reputación de la frontera.

El folclore, la leyenda y el cuento corto de Morgan Neville acerca de Mike Fink han sido benévolos con los boteros, echando un velo caritativo sobre su vida y transformando una serie de dudosos rufianes en Robin Hoods anfibios(38). Pero los boteros más exactamente se describieron como mitad-lagarto, mitad-caballo y guarnecidos con tortuga mordedora. Aunque diestros en extremo en el agua y absolutamente esenciales para la economía del oeste, ellos contenían un elemento perturbador en la sociedad urbana. Llegaban a la ciudad con inquietante regularidad, gastando todos sus ingresos en unos pocos días, parrandeando, con frecuencia comprometiendo a los residentes en batallas campales y luego embarcándose otra vez. En 1820 la Western Navigation and Bible Tract Society estimó que había 20.000 boteros en el Ohio, la mayor parte de los cuales eran "desconsiderados, libertinos y depravados cuya influencia, dondequiera que van y dondequiera que paran, tiene el más nocivo efecto sobre todos con quienes se asocian." El análisis de la asociación fue más realista que su remedio que comprendió la distribución de la Biblia y folletos religiosos tales como "El botero feliz" y "El espejo del bebedor" entre los boteros(39).

A pesar de que los carreteros eran un componente inestable de las sociedades urbanas en el oeste, nunca fueron tan numerosos o explosivos como las cuadrillas del río. El viaje por tierra los llevó todas las noches a tabernas y hoteles, evitándoles los largos períodos de aislamiento que caracterizaban la vida de las tripulaciones de los Keelboats (bote con guilla y cubierta) y de los lancheros. Sin embargo, ellos también eran personas sin rumbo fijo, sin contactos establecidos y con pocos vínculos. Ocasionalmente algunos cansados del camino y sacando provecho de su experiencia mercantil, abrieron tiendas y desaparecieron dentro de la rutina de la vida de la comunidad(40). Pero más frecuentemente siguieron viviendo caóticamente, bebiendo sus ingresos, molestando a los hoteleros, ampliando los léxicos de los respetables viajeros y animando la vida nocturna de las ciudades.

No importa cual fuera su impacto sobre la vida estable del oeste, los carreteros y boteros desempeñaron un papel decisivo en el comercio de la nueva área. Sin embargo, no mucho de esto puede ser dicho para otra clase transitoria, la cual fue descrita por el alcalde de St. Louis como compuesta por "los aventurados, temerarios y disolutos". Ellos venían "en búsqueda de placer y... cualquier cosa menos lo que es legal y honorable". Cada ciudad tuvo esta clase de población flotante. Al principio fue alimentada desde afuera, pero el desarrollo temprano de pandillas -algunas de adolescentes- sugiere que las ciudades alimentaban y atraían a los desarraigados. "En un lugar tan nuevo", observó sabiamente un editor de Cincinnati "cuya ciudad nía está formada de todas las nacionalidades,, colores y lenguas, apenas puede esperarse que la pura flor y nata de la humanidad pueda acumularse-, o en el mejor de los casos, que algunas escorias indecentes no debieron haber venido a contaminar la mezcla"(41).

Esta vida baja estuvo concentrada en las cantinas, tabernas y burdeles localizados en las calles y callejones cerca de la zona de los muelles. Allí los criminales y otros elementos transitorios se mezclaron disfrutando de abundante bebida, mucho juego y un algo de tiempo con mujeres alegres. Mucho de esto fue solo una disipación abierta donde los hombres caídos recibían un empujón pero cada vez más estas barriadas se convirtieron en depósitos de vicios e ilegalidad, los cuales fluyeron hacia el resto de la ciudad, produciendo parrandas nocturnas, asaltos brutales, robos con allanamiento y destrucción de propiedades. No obstante, más nefastamente estas áreas de diversión se convirtieron en centros de crimen parcialmente organizado, el cual operó por toda la ciudad, con frecuencia estableciendo contacto con las mejores clases.

Ninguna comunidad escapó. Por ejemplo, en 1805 las autoridades de Cincinnati descubrieron una camarilla de ladrones de caballos que incluía a "muchas personas que siempre habían sido consideradas como respetables" y tres meses después disolvieron una banda de falsificadores que operaba de un extremo a otro de la región central del valle. En 1814 extorsionistas incendiarios aterrorizaron a los habitantes de

Pittsburgh con cartas exigiendo dinero para evitar que sus propiedades fueran quemadas. Una ola de robos con allanamiento confundió a la policía de St. Louis por algunos meses en 1812 hasta que encontraron que "varios caballeros ligeros de dedos" estaban trabajando juntos en varias partes de la ciudad(42). Más significativa aún fue el célebre caso de Charles Valtier de Cincinnati, cuyo cómplice, el mulato Charles Britton, se hizo sirviente de la casa del Receiver of Public Monies (Recibidor de los dineros públicos) para robar \$47.000. Su juicio reveló que Vattier poseía un imperio de juego, incluyendo tabernuchas, burdeles y bares. Su prestigio social y financiero era tan grande que no tuvo problemas en reunir \$20.000 de fianza y en contratar los servicios legales de Nicholas Longworth. Después de su condena, más de una docena de ciudadanos sobresalientes exitosamente pidieron al gobernador suspender parte de la sentencia y mientras estuvo en la cárcel recibió un trato muy cortés(43).

Estos ejemplos revelan solo una pequeña parte de la temible capa de vicio, crimen e ilegalidad que existió en la temprana sociedad urbana. Ninguna clase tuvo un monopolio sobre la delincuencia, pero la gran mayoría de ella brotó de la vida sin objeto e incierta de los flotantes. Varias localidades incrementaron sus fuerzas policiacas para refrenarlos, en tanto que las asociaciones morales y religiosas buscaron una reforma más esencial. Las iglesias, las escuelas dominicales y las organizaciones benéficas trataron de llegar a ellos y fracasaron. En algunos lugares la preocupación llegó casi hasta el pánico. Al final de la guerra, los habitantes principales de Pittsburgh sintieron que "la anomalía y el vicio" se habían desarrollado tan rápidamente que hasta amenazaron los cimientos mismos de la sociedad. Llamando a los ciudadanos a actuar para conservar el orden, solicitaron apoyo a su Sociedad Moral, declarando, "Nosotros no hacemos innovaciones -no nos estamos aventurando en un experimento nuevo- no estamos estableciendo nuevas normas morales -no tratamos despóticamente la consciencia del hombre- solamente estamos a la defensiva"(44). Pero ni las medidas públicas ni las privadas pudieron llegar al corazón del problema y conforme crecieron y prosperaron las ciudades igualmente lo hicieron sus clases peligrosas.

Los más bajos en la jerarquía social del oeste urbano eran los negros, esclavos y libres, que constituían la clase servil. En las ciudades del sur realizaban casi todo el trabajo no calificado y en los pueblos del norte como Pittsburgh y Cincinnati difícilmente les iba mejor. Aunque eran excluidos de cualquier participación real en la vida del pueblo, sin embargo ejercieron una influencia enorme pero impalpable en estas sociedades. Debido a que los negros hacían mucho del trabajo pesado, muchos blancos rehúan el trabajo manual, esto dió un status especial al empleo que requería habilidad o mejor aún, ningún esfuerzo físico. En las ciudades sureñas la existencia de la esclavitud contribuyó a hacer más severas las distinciones a lo largo de toda la estructura social. En un grado menor esto también fue verdad en el norte. "Los males del sistema de esclavitud no están restringidos a las partes del país donde existe el trabajo involuntario", observó Timothy Flint, "sino que los alrededores están contaminados. Ciertas clases de trabajo eran despreciados por ser el trabajo de los esclavos"(45). En los pueblos del sur la posesión de esclavos se convirtió en un símbolo conveniente de status y el retiro a una hacienda en el campo rodeada por negros fue a coronación del éxito.

Hasta la década de 1820 la población negra urbana en el oeste vivió al sur del río, teniendo las ciudades del norte pocos residentes de color. El censo de 1810 contó solo 185 negros libres en Pittsburgh y menos de 100 en Cincinnati. Aunque la cifra aumentó en ambos lugares, nunca constituyó más del dos por ciento de toda la gente de la ciudad(46). Por otro lado los negros en Lexington, y Louisville sumaban casi un tercio de la población total y su crecimiento numérico en las primeras décadas del siglo igualó al de los blancos. En Louisville el número de negros subió de 77 en 1800 a casi 500 en 1810, en Lexington, de 462 a 1.594 (47). No están disponibles las

cifras oficiales para St. Louis antes de 1810, pero en ese año Brackenridge calculó "cuatrocientas personas de color" en una ciudad de cerca de 1.400 (48). En estas localidades la abrumadora mayoría de los negros fueron esclavos, siendo libres menos del uno por ciento, excepto en St. Louis donde fue un poco más alto.

A pesar de que algunos blancos urbanos poseyeron más de una docena de negros, la tenencia de esclavos estuvo mucho más esparcida en las ciudades que en el campo. En 1810 cerca de la mitad de las cabezas de familia en el condado Fayette poseían esclavos, mientras que en Lexington la cifra fue casi del 75 por ciento. Algunos ciudadanos tuvieron amplias posesiones. John Bard, por ejemplo, tuvo 71 negros, Richard Higgins inscribió 55 y los hermanos Barr dieron cuenta de 62 entre ellos, en tanto que otros treinta y uno poseyeron más de 10. Pero generalmente la población urbana de color estuvo dividida en pequeñas unidades, con unos pocos negros viviendo detrás de la casa del dueño, en una cabaña mirando hacia un callejón trazado con las chozas de otros esclavos(49). El sistema de plantación no tuvo contraparte en la ciudad y aún los grandes propietarios no tuvieron espacio para apartar a sus negros del resto del vecindario.

La mayor parte de los esclavos en el Kentucky urbano trabajaban como sirvientes domésticos y creados para tareas diversas. "Casi todo el trabajo es desempeñado por esclavos", mencionó James Mc. Bride en Lexington "ellos son los únicos mozos y muy poca de la gente blanca puede servirse en la más pequeña cuestión". En Falls City servían como cargadores en el transbordo, y trabajaban en los muelles y desembarcaderos, cargando y descargando los fletes del río. También en ambas ciudades, ellos construyeron la mayoría de las calles, puentes y canales y los reparaban en la primavera. Cuando estos lugares iniciaron su transformación en centros manufactureros, las fábricas utilizaron negros en tareas no calificadas o en trabajos donde las técnicas sencillas eran aprendidas fácilmente. M lish encontró "un número de negros empleados diligentemente" en "varias cordelerías", y Mc Bride visitó una empresa que "empleaba cuarenta o cincuenta muchachos negros". El éxito en la utilización de negros en trabajos con fibra de cáñamo llevó a la creencia de que ellos podían ser adaptados a varios ramos industriales. En 1810 cuando Richard Steele y su hermano planearon construir una fundición de hierro, escogieron Louisville como el sitio por "la ventaja que tendrían trabajando con esclavos"(50).

Excepto por unas pocas fábricas y hoteles grandes, no hubo forma de utilizar grandes cantidades de negros en la ciudad. En consecuencia, los grandes propietarios de esclavos alquilaron sus negros a personas que necesitaban mano de obra adicional. La mayoría de estos contratos estuvieron en vigencia por un año, aunque algunos comprendieron un trabajo específico o continuaron por un lapso irregular. Pronto este sistema se formalizó y fueron uniformados los salarios y los períodos. En realidad, muchos grandes propietarios del campo encontraron la práctica tan lucrativa que enviaron sus negros a la ciudad para trabajar en cordelerías, molinos, y fábricas.

Las condiciones urbanas y la costumbre de alquilar a los negros causó severas tensiones en la estructura de la esclavitud, cuyas instituciones básicas se habían formado en un ambiente rural. El control de los negros que nunca fue fácil, aún en las plantaciones aisladas, resultó más difícil en la ciudad, donde los negros vivían como vecinos y con frecuencia trabajaban juntos, lejos de la vista de su dueño. En muchos casos el esclavo alquilado virtualmente se convirtió en libre, llevando a casa mensualmente su paga, pero adquiriendo los hábitos de un asalariado. Algunas veces esta independencia creció hasta tal grado que los negros se empleaban, haciendo sus propios convenios con los patronos y pagando mensualmente al amo. En tales casos la servidumbre fue nominal y la relación fue más como la de un propietario y

y un arrendatario. Los mismos contemporáneos reconocieron que el ambiente de la ciudad debilitó la estructura de la esclavitud y amenazó con disolver la red de prohibiciones sobre la cual descansó la institución(52).

Como resultado la gente de la ciudad mostró una continua preocupación. Desde los primeros días del gobierno local los ciudadanos pidieron con insistencia a sus funcionarios estrechar los controles sobre los negros. En 1800 la vigilancia de Lexington, la cual habría tenido un horario parcial, fue prolongada para cubrir la noche del sábado y el domingo para dispersar "las grandes asambleas de negros" que se han "hecho fastidiosas". En ese mismo año "numerosas quejas" llegaron a los síndicos de la ciudad acerca de esclavos que "se les permitió emplear se y mantener casas, que perturban la paz y tranquilidad de la sociedad". Dos años después, una petición mencionó que los negros en el sur "están fuertemente dispuestos a la insurrección" y exigió estricta ejecución de los códigos de la ciudad(53). A pesar de que las leyes de Kentucky prohibieron a los esclavos emplearse, el problema se hizo tan serio que Louisville y Lexington aprobaron decretos dando firmeza a las disposiciones estatales y ordenando a la policía hacerlas cumplir "con el máximo vigor"(54). Sin duda, las condiciones urbanas alteraron la histórica relación de los esclavos con los dueños y la comunidad, y los documentos de la ciudad revelan el esfuerzo desesperado de los gobiernos locales por encontrar los medios apropiados para mantener el sistema.

Al sur del Ohio, la sociedad blanca rehuyó y temió a los pocos negros libres, de quienes muchos pensaban que causarían intranquilidad entre los esclavos. La actitud del norte hacia la gente de color estaba aun sin ponerse a prueba, pero en ciudades como Pittsburgh y Cincinnati la respuesta fue una mezcla de compasión y reserva. Esta ambivalencia en ninguna parte quedó mejor demostrada que en la constitución adoptada por Ohio en 1803. Allí al negro le fue otorgada su libertad tanto de la esclavitud como de la servidumbre pero también fue consignado a un status claramente inferior. No podía votar, tener un puesto en el gobierno o servir en la milicia. En la Asamblea Constituyente los delegados de Cincinnati, tomando una perspectiva liberal sobre estos asuntos, apoyaron nueve a uno, una moción para extender el sufragio a los ciudadanos de color y se opusieron fuertemente a otra para privarlos de todos sus derechos civiles. Sin embargo generalmente los negros libres ocuparon el peldaño más bajo de la escala social. "disciplinados para ocupaciones laboriosas", ellos crecientemente fueron aislados de los otros ciudadanos, viviendo aparte y encontrando cada año más barreras para su participación en los asuntos religiosos, educacionales y cívicos(55).

En el espacio de una generación las ciudades del oeste desarrollaron sociedades estratificadas, cuyos límites, aunque nunca tan bien definidos como en las secciones más antiguas del país, representaron distinciones que los contemporáneos consideraron importantes. Debido a que las comunidades urbanas todavía eran jóvenes y sus estructuras sociales aun flojas, el movimiento hacia arriba y abajo de la jerarquía tuvo lugar constantemente. Pero esta movilidad no disminuyó el fuerte impulso por un status que caracterizó a la gente de la ciudad. Provenientes de lugares donde las diferencias tenían importancia, los habitantes de la ciudad desde muy temprano trataron de recrear tanto como fuera posible, el panorama social familiar que habían conocido. Para los visitantes esto pareció realmente extraordinario. Fortescue Cuming comentó que eso fue una "cuestión de burla y diversión para una persona de la menor filosofía"(56). Sin embargo para los ciudadanos del oeste, ansiosos de hechar raíces en tierra nueva, estas distinciones fueron significativas y conforme crecieron las ciudades, las fronteras se hicieron más severas.

NOTAS

- 1.- H.M. Brackenridge, Recollections of Persons and Places in the West (2nd. edn, Philadelphia, 1868), 185; Missouri Gazette, julio 13, 1816; Liberty Hall (Cincinnati), junio 11, 1815.
- 2.- Cincinnati, Ordinances, marzo 9, 1825.
- 3.- Brown, Western Gazetteer, 91.
- 4.- Flint, Recollections, 37-8; Brackenridge, Recollections, 61.
- 5.- Melish, Travels, II, 184; G. Worth, Recollections of Cincinnati, Historical and Philosophical Society of Ohio, Quarterly Publications, XI (1916), 27.
- 6.- Flint, Recollections, 63, 48, Mercury (Pittsburgh), noviembre 25, 1813.
- 7.- Drake, "Notices", 30.
- 8.- Mercury (Pittsburgh), noviembre 25, 1813.
- 9.- Mc. Murtrie, Sketches of Louisville, 119, 125; Liberty Hall (Cincinnati), febrero 26, 1816.
- 10.- Niles Register, junio 11, 1814.
- 11.- Liberty Hall (Cincinnati), abril 29, 1816; A.B. Bolles a S. Bolles, octubre 12, 1820, Samuel Bolles Letters, Wilson Collection (University of Kentucky Library, Lexington).
- 12.- Liberty Hall (Cincinnati), octubre 16, 1815. El primer informe de la Female Society of Cincinnati for Charitable Purposes está firmado por siete mujeres, todas esposas de prominentes comerciantes o ministros.
- 13.- E.M. Davis, "The Letters of Tarleton Bates 1795-1805", Western Pennsylvania Historical Magazine, XII (1929), 48; Cuming, "Sketches of a Tour", Thwaites, ed, Western Travels, IV, 86.
- 14.- J. Mc. Bride, "Journey to Lexington, Kentucky, 1810", Historical and Philosophical Society of Ohio, Quarterly Publications, V (1910), 25; Ashe, Travels, 193; Kentucky Reporter, julio 29, 1809.
- 15.- Mc Murtrie, Sketches of Louisville, 119; Worth, "Recollections", 38; Ashe, Travels, 203; Marshall, Bates, I, 239-241.
- 16.- Town of Lexington, Tax Assessment Book, 1808, 1809.
- 17.- Town of Cincinnati, Duplicate of Corporation Tax for the Year 1805, Torrence Collection.
- 18.- J. Lionberger, "Glimpses of the Past: St. Louis Real Estate- In Review", Missouri Historical Review, IV (1937), 125.
- 19.- A. Stoddard a Mrs. Bemham, junio 16, 1804, MS, Stoddard Papers (Missouri Historical Society, St. Louis); Schultz, Travels, II, 40; Mc Murtrie, Sketches of Louisville, 117; Flint, Recollections, 52.

- 20.- Leavy, "Memoir", Kentucky Hist. Soc. Register, XLI (1943), 251; 260; Cuming, "Sketches of a Tour", Thwaites, ed., Western Travels, IV, 187-88.
- 21.- Cumong, "Sketches of a Tour", ibid., 189; Western Spy (Cincinnati), noviembre 19, 1799; diciembre 19, 1804; R. Bradley a W. Lytle, mayo 17, 1804, MS, William Lytle Collection (H.P.S.O., Cincinnati).
- 22.- John Wrenshall (1761-1821), MS journal (Pittsburgh Conference Methodist Historical Collection, Western Pennsylvania Historical Society Library, Pittsburgh), IV, 114, V, 2; Kentucky Gazette, abril 2, setiembre 10, setiembre 17, 1805; agosto 25, 1806.
- 23.- "En este período, con muy pocas excepciones", recordaba Henry Marie Brackenridge, "los hombres profesionales, personas de riqueza y educación y aquellos en los cargos públicos, estuvieron del lado federal". Recollections, 70.
- 24.- Pittsburgh Gazette, marzo 23, 1810; octubre 23, 1812; L. Atherton, Pioneer Merchants in Mid-America (Columbia, Missouri, 1929), 24
- 25.- D.D. Shira, "Sidelights on Two Famous Pioneer Physicians", Ohio State Medical Journal, XXIV (1938), 911.
- 26.- Bernard Mayo, Henry Clay, Spokesman of the New West (Boston, 1937), 121. Este término fue aplicado a varias figuras cívicas importantes en las ciudades nuevas y generalmente indicó una versatilidad en los asuntos públicos que no estuvo relacionada con ninguno de los talentos específicos de Franklin.
- 27.- Cuming, "Sketches of a Tour" en Thwaites, ed., Western Travels, IV, 87.
- 28.- Sutbbs, Ohio Almanac, 1810, sin paginar; Cuming, "Sketches of a Tour", en Thwaites, ed., Western Travels, IV, 87, 187; Missouri Gazette, enero 11, octubre 19, diciembre 21, 1809, abril 26, 1810, diciembre 28, 1811, julio 25, 1812, octubre 21, 1814; Mc Murtrie, Sketches of Louisville, 133.
- 29.- Lexington, Cincinnati y Pittsburgh, todos tuvieron asociaciones antes de 1815, usualmente como parte de un sistema estatal. En 1803 Kentucky adoptó la práctica de estados más antiguos tales como Maryland, New York, New Jersey y Delaware, al formar la Sociedad Médica de Kentucky. Kentucky Gazette, agosto, 16, 1803. La disposición de Ohio fue la más detallada y efectiva; ver J. Forman, "The Beginnings of the Licensing of Physicians in Ohio", Ohio State Medical Journal, XXXII (1936), 5-6.
- 30.- Cabot, "The Carters in Early Ohio", 350.
- 31.- Drake, Statistical View, 170; Missoure Gazette, marzo 21, 1811.
- 32.- Pittsburgh, Borough Papers, setiembre ?, 1803; Drake, Statistical View, 134; Melish, Travels, ii, 128; Michaux, "Travels", en Thwaites, ed., Western Travels, III, 156.
- 33.- Cramer, Cramer's Almanack, 1810, 52; T. Hulme, "A Journal Made During a Tour in the Western Countries of America", en Thwaites, ed., Western Travels, X, 66.

- 34.- Pittsburgh Gazette, diciembre 21, 1804; Zadok Cramer, The Navigator, Containing Directions for Navegating the Monongahela, Allegheny, Ohio and Mississippi Rivers (Pittsburgh), 1808.
- 35.- A (nthony) Doyle to A (ndrew) Doyle, mayo 31, 1819, Missouri History Papers (Missouri Historical Society, St. Louis); Melish, Travels, II, 188.
- 36.- Tan temprano como 1800 "Filantropía" en Cincinnati se quejó de los elevados impuestos de pobres, Western Spy (Cincinnati), octubre 23, 1800. Para una discusión similar ver Commonwealth (Pittsburgh), diciembre 16, 1811; Pittsburgh Gazette, mayo 14, 1813.
- 37.- Pittsburgh Gazette, diciembre 8, 1818; Liberty Hall (Cincinnati), noviembre 21, 1815; Kentucky Gazette, julio 8, 1806.
- 38.- M. Neville, "The Last of the Boatmen", 107-122.
- 39.- Para un buen análisis de los boteros, ver Balduvin, The Keelboat Age, 85-116; Liberty Hall (Cincinnati), mayo 17, 1820.
- 40.- Cramer mencionó que algunas veces los boteros también dejaron el agua. "El se establece en alguna ciudad o villa como un comerciante al por mayor, droguista o boticario, médico practicante o abogado o algo más que lo vuelva respetable a los ojos de sus vecinos" y asiduamente encubría sus orígenes. Cramer, Navigator, 1814, 33.
- 41.- St. Louis, Minutes, enero 14, 1829; Liberty Hall (Cincinnati), abril 1, 1816.
- 42.- Western Spy (Cincinnati), enero 30, 1805; abril 17, 1805; Pittsburgh Gazette, abril 15, 1814; Missouri Gazette, febrero 22, 1812.
- 43.- Para una discusión sobre este fascinante caso, ver Two Gentlemen of Law Knowledge", The Trial of Charles Vattier (Cincinnati, 1807). Ver además Liberty Hall (Cincinnati), marzo 24, abril 28, julio 14, agosto 3, noviembre 3, 1807.
- 44.- Este fue el programa de la Sociedad Moral de Pittsburgh, la cual había sido organizada en una época tan temprana como en 1799. Pittsburgh Gazette agosto 20, 1816.
- 45.- James Flint, Letters From America (Edinburgh 1822), 218.
- 46.- United States Census, 1810, 44, 62.
- 47.- United States Census, 1800, 29, AP; United States Census, 1810, 71a, 72a. En 1816 un censo local en Lexington contó 1.845 esclavos en una población total de 5.448. Lexington, Trustees Book, junio 6, 1816.
- 48.- H.M. Brackenridge, Views of Louisiana (Pittsburgh, 1814), 222.
- 49.- United States Census, 1810; MS, Lexington Public Library, Lexington; Leavy, "Memoir", Kentucky Hist. Soc. Register, XLI (1943), 323.
- 50.- Mc Bride, "Journey to Lexington", 25; Melish, Travels, II, 186; Mc Bride, 24; R. Steele to W. Lytle, diciembre 15, 1810, MS, William Lytle Collection (Historical and Philosophical Society of Ohio, Cincinnati).
- 51.- Kentucky Gazette, noviembre 20, 1804; enero 3, 1809; enero 8, 1811, noviembre 22, 1813.

- 52.- Existe abundante evidencia de que la esclavitud en las ciudades produjo una clase de negro diferente al de la plantación. Tan temprano como en el siglo dieciocho un visitante en Carolina del Sur describió los esclavos rurales como "contentos, sobrios, modestos, humildes, corteses y serviciales", contrastándolos con el esclavo de Charleston que era "rudo, mal educado, insolente y desvergonzado". Citado en C. Bridenbaugh, Myths and Realities: Societies of the Colonial South (Baton Rouge, 1953), 63.
- 53.- Lexington, Trustees Book, julio 7, 1800; julio 25, 1800; junio 22, 1802.
- 54.- Louisville, Trustees Book, marzo 9, 1809. El nuevo decreto de Lexington incluyó 10 latigazos para esclavos "vagando en las calles, esquinas... fuera del terreno de su propietario o arrendadores" o "paseándose alrededor de la ciudad".
- 55.- Drake, Statistical View, 172; R.C. Wade, "The Negro in Cincinnati, 1800-1830", The Journal of Negro History, XXXIX (1954), 43-57.
- 56.- Cuming, "Sketches of a Tour", en Thwaites, ed., Western Travels, IV, 87.

22 - Existe un estudio exhaustivo de que la esclavitud en las ciudades productoras de azúcar de caña durante el siglo XVIII. En particular, se menciona el estudio de la esclavitud en las ciudades de Carolina del Sur durante el siglo XVIII. Este estudio se encuentra en "The Journal of Negro History", vol. 45, no. 1, pp. 1-15. Este estudio se encuentra en "The Journal of Negro History", vol. 45, no. 1, pp. 1-15.

23 - "The Journal of Negro History", vol. 45, no. 1, pp. 1-15. Este estudio se encuentra en "The Journal of Negro History", vol. 45, no. 1, pp. 1-15.

24 - "The Journal of Negro History", vol. 45, no. 1, pp. 1-15. Este estudio se encuentra en "The Journal of Negro History", vol. 45, no. 1, pp. 1-15.

25 - "The Journal of Negro History", vol. 45, no. 1, pp. 1-15. Este estudio se encuentra en "The Journal of Negro History", vol. 45, no. 1, pp. 1-15.

